ESPECIES

POR FRANCISCO GONZÁLEZ DÍAZ

AÑO 1912

LAS PALMAS.-TIP. DEL "DIARIO", BUENOS AIRES 36

ST P.R.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G.C.
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
Nº Documento 33030
Nº Copia 943936
Nº Copia

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

DONACIÓN
Angelina
Hernández
Millares

Mil 1, 25 A
2-A
19

ESPECIES

POR

FRANCISCO GONZÁLEZ DÍAZ

S.U.L.P.G.C.

LAS PALMAS
—
Tip. del "Diario", Buenos Aires 36.
1911

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

629

GONZALEZ DIAZ (Francisco).- Especies.
4º 308 + IV pags. Las Palmas 1911.

Ptas. 125

Esta obra es un conjunto de trabajos ~~rea~~ de Prensa: crónicas rápidas, impresiones notas, comentarios humorísticos, etc. T dos estos trabajos son, al decir del Aut " La Caballería ligera de mi ejército!."

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Los "perfectos"

I

Así como hay en la región limitada de «los iguales», región culminantísima donde el genio mora y donde los grandes espíritus pueden alcanzar con su vuelo la misma suprema altura, aunque para alcanzarla emprendan distintas y aun opuestas direcciones, hay la región ilimitada de «los desiguales», donde ningún ser se asemeja á otro ser, ningún carácter á otro carácter. Esto sucede en una esfera inferior, extraña por completo á las manifestaciones intelectuales, y aquéllos que se emparejan volando hacia el ideal, se distancian y diferencian enormemente persiguiendo en la tierra los fines humanos. Al tocar el suelo, se les caen las alas.

Quiero decir que las almas privilegiadas, verdaderas aves de altanería, cuándo descienden hasta rozar la superficie de la realidad material, se hacen *domésticos*, se humanizan, pierden el equilibrio de las excelsitudes, y entonces su naturaleza se nos aparece viciada y pervertida. Entonces los «perfectos» pasan á ser «imperfectos», «los iguales» dejan de serlo para confundirse en la des-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

gualdad y en la variedad, caracteres principales del mundo. Se disuelve la Cámara de los Pares.

Sólo el pensamiento, que abstrae, iguala. Lo demás establece entre los hombres diferencias irreductibles. En la región de los sentimientos y de las pasiones reina el desórden. Queremos tantas cosas con deseo tan vehemente que no podemos perseguirlas sin chocar unos contra otros, empujarnos, derribarnos y herirnos. En cambio, cuándo nos mueve el amor de la idea pura, las amplias trayectorias que seguimos para llegar á ella, se juntan en un punto; desde allí divisamos lo absoluto bajo a forma del bien, de la verdad ó de la justicia. Las águilas nunca ascienden solas, sino que llevan prendidos de sus alas numerosos viajeros de los espacios espirituales, incapaces de elevarse por sí mismos. Esas ascensiones las hemos hecho muchas veces con Homero, con Dante, con Shakespeare, con Hugo. Ellos nos han acercado á la Belleza, cuya irradiación magnífica nos ha dejado momentáneamente ciegos. El peso y el vigor de las alas protectoras á cuyo amparo subíamos, nos ha aplastado. La cumbre de la perfección nos ha envuelto en su sombra, y en el descenso hemos sentido como nunca la pesadumbre de nuestra pequeñez. Caíamos, caíamos...

Intrusos en la región de «los iguales», que es la región de las ideas imperecederas, cuando bajábamos á la nuestra, que es la región de las desigualdades irreparables, encontrábamos la huella impura de nuestros conductores. Ninguno de esos gigantes fué en el obrar tan perfecto como en el pensar. Algunos fueron rematadamente malos, y los sublimes pensamientos ardieron en ellos como llamas sobre escorias. Dios, la mayor águila, les tocó con sus alas, del mismo modo que ellos nos tocaron con las suyas; pero el contacto divino no les redimió de la humana miseria.

Lo perfecto en lo imperfecto, la lumbre celeste en

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

frágiles vasijas de barro. ¿Cual será ante la mirada del Eterno Juez la perfección verdadera?

II

Con frecuencia pasan á nuestro lado seres aparentemente regulares y correctos que, sin embargo, adolecen de espantosas deformidades internas. No se les ve, por ejemplo, la joroba; pero la llevan, la cargan. No se les nota la cojera; pero cojos son, y ciegos y sordos, y mancos y tullidos. Sus imperfecciones no tienen remedio: más fácil sería allanar los montes que extirpar las protuberancias invisibles. Para los espíritus jibosos, contrahechos, la ciencia carece de medios curativos. Sólo Jesucristo, que rectificaba la naturaleza física dando palabra á los mudos, vista á los ciegos, movimiento á los paralíticos, pudo rectificar la naturaleza moral enderezando sus torceduras. Tampoco hay una ortopedia que corrija ó supla, con invenciones de una particular industria, deficiencias tamañas.

¡Cuán inmensa Corte de los Milagros! Por toda la extensión del ancho mundo anda esparcida. Los deformes se mezclan á los leprosos, á los pestíferos; los que no ven dan la mano á los que no oyen, y los inválidos se apoyan en los patizambos. La ceguera se ofrece como una agravación de la vizquedad, la mudez como una consecuencia de la tartamudez. Tales que disfrutan amplia y fácil dicción, *por dentro* tartamudean; tales otros que gozan buena vista, interiormente nada perciben,—ó aprecian las cosas invertidas. Pocos *mancos de Lepanto* entre esos «imperfectos» del espíritu: en cambio, muchos Quasimodos y muchísimos *bizcos del Borge*.

Por contraste raro, los imperfectos *aparentes*, los imperfectos corporales, suelen en lo interior ser buenos mozos, bellos y gallardos. Suelen tener un alma de ex-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

celente perfil que, si pudiera fotografiarse, nos daría una imágen purísima con reflejos divinos.

El guía de mis delirantes sueños, aquel conductor enigmático que me lleva á visitar nunca sospechados reinos donde residen el mal y el absurdo, me ha hecho ver algunos ejemplares de imperfectos-perfectos.

—Repara,—me decía señalándome uno de los seres evocados por su conjuro, en ése que se aproxima á nosotros arrastrándose sobre el costado izquierdo. Parece un pollo á quién le han cortado un ala. Es un joven cojo que anda derecho. Tiene el cuerpo torcido, pero muy rectos el pensamiento y la conciencia. Futuro imperfecto por fuera, futuro perfecto por dentro.

Este otro, un viejo jorobado, lleva la jiba llena de buenas intenciones. Es un pretérito imperfecto que á sí propio se conjuga como plusquam-perfecto...

Mira ahora á esos otros *perfectos* de apariencia, y aprende á conjugarlos cómo imperfectos.

Así rectifica mi excéntrico cicerone la gramática humana. Y los dos nos pasamos la vigilia en el ejercicio de conjugar al revés. Pero la tarea es árdua; tarde aprenderé *mis conjugaciones*.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Los sonrientes

La sonrisa es, por lo general, una espontánea dilatación del rostro, correspondiente á una luz que se enciende en el alma. Parte de los labios como un reflejo y, físicamente, cabe compararla á la onda que recorre la superficie de un lago tranquilo. La risa, en cambio, es la tempestad de la alegría. Con respecto á la sonrisa, representa la turbulencia y el desórden.

Llega en algunos hasta la convulsión dislocadora. Hay quién se muere, materialmente, de risa.

¡Feliz manera de morirse!

Los dos grandes maestros de risa que ha habido en el mundo, han sido Rabelais y Cervantes.

La sátira es la risa violentamente falsa y envenenada.

Voltaire rió destrozándose las entrañas. Nuestro *Fígaro* rió como un loco ó como un enfermo, en espantosas crísis, é interrumpió de pronto su hilaridad para lanzar sobre la vida una maldición y suicidarse.

*
* *

Reir así daña y perturba al que ríe, aunque ciertas carcajadas inmortales suenen de contínuo en nuestros

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

oídos cual advertencias ó lecciones de infinito alcance humano. Pero sonreir por sistema, sonreir sin cesar, sonreir siempre, sonreir á cuánto se vé, á cuanto se oye, sonreir lo mismo ante una tunantería que ante una acción hermosa, sonreir *indefinidamente*, esto apenas se concibe.

Y ello es que hay muchos risueños de permanencia y de resistencia asombrosas. Sonríen al dar un pésame con igual expresión que al dar una enhorabuena. La sonrisa en sus rostros es una eterna mueca agradable...

¿Agradable he dicho? Para mí, no. Yo detesto esa sonrisa estereotipada, obsesionante, perseguidora. Yo la odio. Me ataca los nervios y, cómo me cuesta tanto trabajo sonreir, admiro pero aborrezco á los que sonrien siempre, ora sea delante del dolor, ora delante de la dicha, el júbilo ó el placer.

Además, no ceso de preguntarme: ¿Cómo es eso posible? ¿Tienen los eternos sonreidores especiales músculos para producir á cada momento su sonrisa imbécil, ó llevan una trágica máscara de regocijo como *el hombre que ríe*, el estrafalario héroe creado é inmortalizado por Víctor-Hugo? ¿Son filósofos ó impulsivos? ¿Se burlan de nosotros ó aspiran á halagarnos y tenernos contentos? ¿Son unos alegres ó unos tristes disfrazados, ó sencillamente unos tontos que nunca saben porque sonrien, como no lo sabemos nosotros que les vemos sonreir?

Sean lo que fueren, declaro que me revientan.

Muchas veces, viéndome perseguido por la sonrisa implacable de alguno de ellos, he huído y, al huir, me he dicho:—A este hombre lo mato yo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Un diálogo

Qué es usted?—me preguntó un curioso impertinente á quién acababan de presentarme.

—Periodista,—le respondí con la mayor humildad.

—Poca cosa, sobre todo en este país donde tan poco caso se hace de la prensa,—añadió mi interlocutor á guisa de comentario. Aquí el periodismo no se ha constituído todavía en institución, y los periodistas no obtienen el respeto que logran en todas partes á cambio de no lograr provechos efectivos.

—¿Qué quiere usted? Yo soy periodista por no saber ser otra cosa mejor, convencido de la razón que tuvo Larra cuando dijo que eso, el escribir en papeles públicos, no era una profesión sino una desgracia. Desgracia enorme, querido señor mío, si no se tiene otro *modus vivendi*, ni se toma el oficio como medio de llegar á algún fin ventajoso. Usted está en lo firme y en lo verdadero al afirmar que aquí los periodistas son muy poca cosa.

No pelechamos y, en cambio, hemos de satisfacer á todo el mundo. Todo el mundo dispone de nosotros; nosotros no disponemos de nadie. Escribir con sinceridad

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

perfecta nos expone á mil disgustos y percances, porque aquí la verdad ha de ser siempre dulce para ser aceptada; si es amarga, ¡desdichado del que la escribe! Hay que golpear el bombo hasta romper el parche, hay que aplicar magistralmente los adjetivos halagüeños y almibarados, hay que llamar discretos á los necios, sabios á los ignorantes, buenos á los malos, genios á los imbéciles...

—Cultive usted, cultive usted plátanos.

—No sé cultivar más que mi jardín, cómo Cándido, después de haber probado el amargor de todas las desdichas y de todos los sinsabores. No sé convertir mi jardín en huerto.

—Hágase hombre político.

—¡Vade retro, Satanás! Desde la escuela empecé á tomar la política en aversión. Andábamos entonces los escolares divididos en dos bandos que se llamaban Roma y Cartago; yo era entonces cartaginés, y desde que un día me descalabró un romano...

—Pues entonces no sirve usted absolutamente para nada.

—*Tu dixiste, magister.*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

La originalidad

Preguntábame hace poco tiempo un aprendiz de literato:—¿Qué debo procurar ser ante todo?

Y como yo sabía que el tal aprendiz no tenía dedos para organista, ó lo que es igual, que por el camino de las letras sólo iría á estrellarse, le respondí:

—Usted, amiguito, anda muy errado. Sálgase pronto del *impasse* en que se ha metido, y váyase derecho en busca de una heredera con buena dote que ya van que dando pocas, ó tome un arrendamiento de tierra de llevar plátanos. Esa es la senda recta y segura que conduce á la sana felicidad burguesa; pero no piense en hacerse escritor, porque están verdes para usted.

El escritor, dígase lo que se quiera, no se hace, sino que nace y luego se perfecciona con el estudio. Usted ni ha nacido desde ese punto de vista, ni estudia, ni tiene nervios, ni sabe ver las cosas. Además, cuando escribe solo acierta á decir vulgaridades, perogrulladas y majaderías. Y finalmente—detalle y toque que remata la prueba de su incapacidad,—al escribir no lo hace con la pluma de los escritores verdaderos, más ó menos personales, sino con el instrumento de su oficio. ¿Usted es carpintero? Pues escribe con la garlopa. ¿Es zapatero?

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Pues escribe con la lezna. ¿Es cirujano? Pues escribe con el bisturí. Continúa en el terreno de la literatura, manejando conceptos archivados y lugares comunes, su prosáica labor cotidiana. Desengáñese usted.

—Desengañado estoy, aunque me duela el desengaño. Yo me había propuesto ser escritor, y escritor original...

—¡La originalidad! Una friolera. Hágame Vd. una criatura, y hágamela bonita. Comprendo que los que escriben deben aspirar á la posesión de esa cualidad preciada; pero no basta querer, es necesario poder, y usted, amiguito, no puede...

Usted dirá: Seré escritor y seré original, aunque reviente. Reventará, pero no logrará ver cumplido su propósito. La originalidad, como la elegancia, no se compra ni se vende. Se dá desde un principio, *ab initio*. Créame á mí. Busque una heredera con buena dote ó arriende una tierra de llevar plátanos. Y entonces no será original, pero será rico. Y tendrá la mejor de las originalidades.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

"No le digo"

Decid niño, ¿cómo os llamáis?
—*Pues no le digo.*

Esta pregunta y esta respuesta pueden corresponder á un maestro de escuela y á un alumno que por primera vez se encuentran frente á frente.

El maestro desea averiguar el nombre del borriquillo que le llevan para desasnarlo, curiosidad muy puesta en razón, me parece.

El *no le digo* del pequeñuelo significa que no sabe efectivamente como se llama, aunque sabe como le llaman los otros.

La estupefacción infantil es en este caso un símbolo de toda una barbarie legendaria. El chico no sabe de veras si se llama como le llaman los demás.

Y emplea esa fórmula que aquí, en los labios del bajo pueblo, sobre todo del pueblo campesino, corta en seco todas las interrogaciones.

Pues no le digo; ó, lo que es igual, no sé decirle, no sé contestarle. La ignorancia suma toma apariencia de grosería, de rebeldía.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Y no hay más que eso: suma ignorancia.

Hay aquí gentes tan ignorantes que hasta ignoran el significado de la palabra bribón.

—Es usted un bribón?

—*Pues no le digo.*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El independiente

Muchos sujetos alardean de independencia viviendo en contínua y multiforme servidumbre. Son como el ciego que pensaba que *veía*, como el tonto lleno de vanidad intelectual, empeñado en hacernos creer que piensa y comprende.

Esos indivíduos viven esclavos porque no pueden ser libres. No hacen sino cambiar de esclavitud; caen fatalmente en cadenas. Les esclavizan sus propias pasiones, su carácter, la pequeñez de su espíritu y la limitación de su entendimiento. Nada les pertenece; creen pensar por cuenta propia, y piensan con ideas ajenas. Hasta el gesto más insignificante lleva en ellos la marca de los muchos y varios *señores* que les poseen, que les dominan.

No teniendo en rigor nada propio, pertenecen á todo el mundo; pertenecen á la primera influencia recibida desde afuera, desde el medio social. Hasta cuando se alegran y cuando bailan, lo hacen por mandato.

Vedles en un duelo, en una fiesta, en una procesión, en un mitin, en un teatro, en un paseo, en un incendio, en un bautizo... En todas partes donde los encontréis, su palabra, su ademán, su sonrisa, os dirán que ellos no

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

están allí más que para ostentar su sello. Siervos del mundo, siervos de la sociedad, siervos de la multitud, siervos de sí mismos, no gozan ni un momento de autonomía... Dependen ilimitadamente, y se figuran que son libres.

Lo son como pueden serlo las ruedas de un vasto engranaje. Las ruedas voltean, se agitan, vienen y van en un movimiento coordinado; parece que andan solas, y un impulso extraño, poderoso, las empuja.

Si una rueda se declara independiente, la lógica brutal de un mecanismo la reduce á dependencia y cooperación dentro del sistema. La correa está allí para hacerla sentir el yugo.

Los hombres absolutamente independientes tienen que salirse de la maquinaria social. Y aún así...

No hay independencia; sólo hay grados de dependencia.

El tipo á quién me refiero corresponde al último grado, y le cuadra la definición famosa del marqués de Albaida. Queda en último análisis reducido á *ente*.

Y, por serlo, mejor dicho, por ignorar que lo es, grita á cada momento: ¡Soy in-de-pen-di-ente!

Lo grita de este modo, con balbuceo de niño ó de imbécil.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El topo y la estrella

El amor no reza, indudablemente, con los topos. Para sentirlo, es necesario levantar la cabeza sobre la tierra, mirar al cielo, ver algo más allá del horizonte sensible, y el topo no ve nada porque está enterrado y pone empeño en enterrarse. Su casa es su tumba; incapaz de divisar perspectivas ideales ni de tener *aspiraciones*, se sepulta vivo, como muchos hombres de quienes no se sabe porque nacieron.

Pero puede haber *un topo* que desmienta las características de la especie y que, por excepción, aspire y ame. Así, entre los hombres que no aman ni aspiran, alguno, excepcionalmente, abre alguna vez los ojos dirigiéndolos hacia lo alto. Y entonces ve durante un momento lo que ven las águilas.

Un topo emancipado de la servidumbre humillante de su raza *vió* cierto día, á cierta hora, una estrella engarzada allá arriba en el manto negro de la noche; una estrella que le enviaba una sonrisa y un beso. Sintió algo extraño que su inconsciencia no supo definir; quiso enterrarse de nuevo para buscar la calma perdida en el seno de la tierra maternal, pero enterrado siguió sintiendo el deslumbramiento del astro, la mirada del lucero.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Volvió á salir á la superficie y, desenterrado y despierto, presa de extraña inquietud, *esperó*.

Un topo que espera es un topo que se supera y se salva; un topo que ya no es topo.

Esperó, y vió una cosa divina y única: ¡el sol!

Hasta el sol le había elevado, desde el sumo anonadamiento, *su* estrella.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

¡Venga la tarjeta!

Venga la tarjeta, sí; pero la auténtica, la que debería hacernos conocer las calidades morales, la historia *interna* del hombre presentado, no la que nos disfraza su verdadera índole bajo títulos *exteriores* y señalamientos falsos.

En vez de engañarnos con esos motes y garambainas, cada indivíduo debería escribir en su cartulina de presentación:—Fulano de Tal, tonto consumado, ó pillo de sietesuelas, ó candidato á presidio, en los casos peores; en los más benignos, Fulano de Tal, furioso, iracundo, pendenciero, mentiroso, farsante, mal intencionado, etcétera., etc., según la inmensa variedad de los defectos humanos. También se harían constar excepcionalmente las virtudes excepcionales y certificadas.

Así sabríamos todos á que atenernos; porque á mí no me importa saber, si un sujeto cualquiera es Excelentísimo Señor porque tiene una cruz; lo que me convendría averiguar es si merece el concepto de varón justo ó de tuno redomado.

Esas serían las únicas tarjetas de presentación realmente útiles. Distinguiríamos entre los malos, que son la mayor parte, y los buenos, que son un puñado. Y se podría consignar en los cartoncitos la verdad completa

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

respecto de cada prójimo: lo bueno y lo malo en las proporciones exactas que nos revela la diaria, la minuciosa observación del mundo.

Se podría escribir, por ejemplo:

Excelentísimo Sr. D. Fulano de Tal, Gran Cruz de la Estupidez, excelente padre de familia, aunque algo Tenorio; buen amigo en presencia de los amigos y perverso enemigo en ausencia; *por lo demás*, insuperable bellaco.

O, bien, en otro caso:

Mengano de Cual, devoto inflamable como los cirios, miembro de todas las cofradías; *oficialmente* muy virtuoso, pero en secreto, consumado hipócrita, capaz de todas las infamias.

Podrían variarse hasta lo infinito *las mezclas*, las combinaciones, y tendríamos la galería fotográfica de la humanidad *vista por dentro*.

Y los hombres se conocerían.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Un pescador de caña

Vengo del Muelle, donde he visto al señor de la humildad y paciencia (con minúscula, para que no se me tache de irreverente).

Allí está el hombre con la caña tendida esperando los peces que no llegan nunca á picar en su anzuelo. De rato en rato saca la caña lentamente y, al ver que su espera ha sido inútil, hace un gesto de resignación. Vuelve á tenderla y á esperar y á permanecer inmóvil como una estatua. Aquel buen sujeto parece la petrificación de la Fé que desafía el tumulto de las olas, el recelo de la fauna marítima, los cambios de tiempo, las burlas de los muchachos maleantes. Lo desafía todo, es superior á todo, porque está siempre esperando. Así debieron pescar muchas veces los santos pescadores de Galilea.

Quieto, mientras el oceano se agita en contínuo vaiven; sereno, mientras las aguas se conmueven bajo los halagos discretísimos de la brisa de la tarde; creyente en el milagro, mientras á su alrededor la turba marinera le lanza pullas sarcásticas. Humilde y pacienzudo, creyéramos que lleva siglos allí, pegado á la roca como un gran molusco; con la caña extendida al modo de una

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

sola y larga antena que se sumerge, escrutadora, en la onda movible...

¡Oh, firmeza de ánimo! ¡Oh, inconmovilidad de la convicción! Al fin los peces vendrán y picarán, porque la Fé, no sólo quebranta las piedras sino que atrae las cosas. Y, aunque no vengan, aunque no piquen, el pescador habrá cumplido su misión pasiva: esperar, esperar, esperar...

Sin desesperarse. Para esto sirve la Fé. El pescador impávido tiene una conciencia de buen juez, una conciencia verdaderamente *religiosa*. Quitará la carnada y dirá con la filosofía de la honradez:—*Aquí no se engaña á nadie: el que quiera picar, que pique; el que no, que lo deje.*

Aprended esta lección de tolerancia vosotros, los fanáticos, los intransigentes, los que os empeñáis en administrar por la vía del hierro y del fuego el alimento espiritual de las ideas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El hombre-átomo

Pasa la muchedumbre, y me pongo á contar cabezas hasta que me rinden la dificultad y la inutilidad del empeño.

Una, dos, diez, veinte, ciento, mil... Es el rebaño sin pastor; la masa gregárica, el agua corriente que discurre, no se sabe si hacia arriba ó hacia abajo. El oceano popular agita sus olas, y basta un vientecillo para conmoverlo. Cuando encuentra un obstáculo en su curso, se detiene, se arremolina y sigue corriendo...

Allá van con él arrebatados los cerebros y los corazones. Un pensamiento y un sentimiento poderosos determinan la traslación de aquella multitud que se enfurece como un mar en borrasca. Hé ahí una cosa augusta, omnipotente: se llama *la conciencia colectiva.*

Los seres humanos van en el conjunto como átomos pensantes. Cada uno de ellos es una afirmación individual de la soberanía total. Cada uno de ellos tiene, inconscientemente, el orgullo del poder del pueblo. Un ciudadano de la aglomeración inquieta y bizarra siéntese todo-poderoso al sentirse multiplicado por sus copartícipes.

Y, en gritos de triunfo, proclama su fuerza; en vivas y

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

en mueras estentóreos exhala su energía, desbordándose, evaporándose...

—¡Vivan los hombres honrados! ¡Mueran los bribones!

—¡Viva la patria! ¡Muera el despotismo!

Todos vocean como si, en efecto, llevaran un impulso inteligente.

Pero separad del conglomerado á una molécula social, á una unidad *hombre*, y exploradla é interrogadla.

Veréis que no sabe de donde viene ni adonde va. Frente á sí misma perderá la noción de sus derechos, de sus aspiraciones, y *se volatilizará*.

Los grandes ríos, los grandes torrentes que corren y gritan, parecen tener un alma; pero las gotas desprendidas del caudal impetuoso, caen al azar, temblando, sobre las riberas y confunden su insignificancia con la de las partículas de polvo.

Ved á lo que se reduce, individualizada, *la conciencia colectiva, la soberanía popular*.

¡Pulverización que va al aire!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Jacobito Percebe

¿Conocéis á Jacobito Percebe? Pues si no lo conocéis, deberíais conocerlo. Es un buen muchacho. Tiene al sastre por confesor; con la cabeza siempre en casa del sombrerero, el pié en casa del zapatero y la mano en casa del guantero, el excelente chico casi no vive más que para sus proveedores. Estos le veneran, mientras la sociedad le admira por la fachada.

¡Detrás de esa fachaba está el vacío! Pero como las líneas exteriores y superficiales son bellas, él no vé nada más, ni los otros tampoco. Sus ojos abiertos, nada dicen; expresan la inmovilidad de un pensamiento que se ha paralizado en la contemplación del yo estético. Su paso es el leve deslizarse de un sonámbulo que va pensando en sí mismo. No vé las chispas de inteligencia en la mirada agena, pero siente las moscas que, posándose en su corbata, la profanan.

Y sabe mucho. Ha leído á Barbey d'Aurevilly, definidor literario del dandysmo, y ha puesto en sus altares á Brummel, el famoso dandy inglés. Pero ignora que Brummel fué un elegante *por dentro*, con tendencias y perfecciones refinadísimas, con algo de Petronio y mucho de Alcibiades. Su elegancia, la elegancia de Jacobi-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

to, se reduce á una mueca de todo el rostro y á una contorción de todo el cuerpo. (1)

Conoce á los dandys célebres de todos los paises. Y los enumera así: en Francia, el príncipe de Sagan y el conde Boni de Castellane; en Inglaterra, el difunto rey Eduardo y el hermoso lusitano conde de Soveral; en Austria, el príncipe de la Tour y Taxis; en Italia, el príncipe Borghese; en España, Tamames y Medrano... ¡Digan ustedes que eso no es ciencia!

Percebe no se enojará porque le llamen feo, ni aun porque le digan pillo; pero si le prueban que su chaleco hace una arruga, será capaz de suicidarse cómo el gomoso del cuento. Sobre este punto, ¡caramba!, no transige; se pelearía hasta con su padre para demostrar la intachabilidad dogmática, absoluta, de su indumentaria.

Un poco filisteo, otro poco *rastaquoére*, entrega su cabeza al sombrerero, su pié al zapatero, su mano al guantero, su busto al sastre...

Y así va caminando Percebe hacia la eternidad.

(1) Por fortuna, este tipo, producto de las decadencias, no existe entre nosotros.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Los descalzos

Dáme *el pié, y te diré quién eres.* Yo creo en la exactitud de esta máxima que he concebido para mi uso particular en este país donde tanto abundan los descalzos.

Por el pié se conoce al hombre, no menos que por la cabeza. Según como mueve las extremidades inferiores, así es su carácter. Cada uno tiene su modo propio de caminar, su *estilo pedestre.* Un tonto no camina igual que un discreto, ni un soberbio igual que un humilde. Surgen así las diferencias características por la observación de los pies, á poco que sepamos distinguir el movimiento.

El que anda á grandes trancos, generalmente no va así porque lleve prisa, sino porque la aparenta: es un apresurado inconsciente que nos engaña respecto á sus condiciones de actividad. El que se traslada á saltitos, como un pájaro que no puede volar, suele ser impulsivo, nervioso, inquieto; pero su marcha menuda es también engañosa. Hace poco camino; no sigue un rumbo determinado. Sólo el que sostiene un paso firme, moderado y constante, está seguro de su fin.

Todas estas señales se observan en los pies, *que hablan.* Los pies, grandes ó pequeños, anchos ó angostos,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

normales ó irregulares, poseen una elocuencia. Mirando moverse el pedestal, percibimos la significación de toda la figura. De abajo arriba, la dominamos y la interpretamos.

Pero, ¿qué nos dicen los pies descalzos, tan numerosos en nuestra pobre tierra, hollada por ellos en todas direcciones, por ellos recorrida y medida en un eterno vaiven de angustia?

Nos dicen que esos pies se han proporcionado á la pesadumbre de una vida sobrecargada y abrumadora; que esos pies soportan valientemente su carga. Nos dan la fórmula superior de resistencia. Allí insiste todo el peso y allí se acumula la fuerza de la cimentación, aguantando la suma del hambre, las desgracias y los dolores.

Los pies descalzos, vistos con abstracción completa del resto del cuerpo, desarrollan un lenguaje conmovedor, desgarrador. Sobre las plantas desnudas parece que va á desplomarse una existencia demasiado amarga.

Contemplad á una de esas mendigas que, descalzas, llevan sobre los hombros ó junto al seno una criatura, un hijo desamparado, fruto de maldición. Contemplad á una de esas obreras que, descalzas, pregonan el horror infecundo del trabajo.

Aunque hayan caído en el vicio, en el pecado, se os aparecerán como *vírgenes y mártires*.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El sudario

Si bien se mira, toda nuestra labor humana consiste en tejer y coser nuestro sudario. Empezamos la tarea por la mañana, y empleamos hilos de oro. Tejemos una red maravillosa que parece hecha por manos de hadas; al través de la trama finísima pasa un aire suave, un aire sutil, cargado de efluvios primaverales. Nos envolvemos en ella como en un velo mágico y caminamos rápidamente, tejiendo y soñando...

Después la urdimbre leve se transforma en ruda vestimenta y los hilos de oro en hebras gruesas, semejantes á irritados nervios y vigorosos músculos. Nos vestimos nuestro traje de guerreros, fabricado por nosotros mismos y, hecho partículas, se lleva el viento nuestro primer tejido, la mortaja de la adolescencia... Ya no somos larvas...

Seguimos tejiendo, tejiendo. La tela se espesa, se endurece, se obscurece poco á poco. En nuestras manos se ven gotas de sangre, nuestro corazón precipita su ritmo, marca el compás de la tarea angustiosa. El velo milagroso de otro tiempo nos abruma como un manto fúnebre. En vez de tenderse como una ligerísima nube de crepúsculo matinal, se cierra y nos oprime como una

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

nube de ocaso, de tormenta... No nos sirve para entrever la vida, sino para ver con relieve aterrador la muerte. No tiene pliegues adorables en que ocultar la cabeza, cargada de ensueños...

Es *el sudario*; pero lo era desde el principio.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El entusiasmo popular

El pueblo, en su entusiasmo, ruge ferozmente; no se contenta con gritar, necesita desbordar su animalidad mal contenida bramando como una bestia en tortura.

Malo es que una muchedumbre se entusiasme porque no reconoce medida ni discreción para sus manifestaciones pasionales. Al principio levanta las manos, y aplaude; luego mueve los piés, y patea; más tarde se mesa los cabellos; seguidamente, rompe en gritos inarticulados, roncos, bárbaros; después, lanza al aire los sombreros; por último, quiere desnudarse, destrozarse la ropa, arrojarse á la pista ó al escenario. Un contagio de demencia frenética sacude á la masa humana y el instinto animal se enfurece en una orgía de desórden.

Este espectáculo nos retrotrae á la libertad primitiva, á la libertad sin domesticación, sin trabas ni leyes. Cada individuo pierde su parte de sentimiento de la disciplina, y tiende á desatarse, á desenfrenarse. Todos desatados, todos desenfrenados, gritan como demonios alegres.

Y así como no es posible permanecer en un manicomio sin que la cordura padezca el influjo de la proximi-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

dad de la locura, no hay manera de estar entre un concurso entusiasmado sin que la razón sufra las consecuencias del vértigo colectivo. Aunque no se quiera, se grita, se muje, se ruje, se ladra...

¡Cosa terrible el entusiasmo popular!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

La escuela... vacía

Hace poco visité una de nuestras escuelas. No había tal escuela, aunque me llevaron á recorrer un salón que llevaba ese nombre. No había maestro, aunque había maestro; no había niños, aunque había niños; no había textos, aunque había textos; no había bancos, aunque había bancos; no habia material de ninguna clase, aunque había material; no había nada de todas estas cosas, ni Cristo que lo fundó.

Pero no, Cristo que lo fundó, Cristo en la cruz, *herido, yerto, coronado de espinas, con la hiel en los labios*—¡Castelar me valga!—; Cristo estaba allí, presidiendo aquella desolación de las desolaciones. Y tenía derecho á presidir, porque—ya sé que me van á llamar retrógrado—el espíritu cristiano no debe desaparecer nunca de la Escuela.

Cristo que lo fundó, Cristo crucificado, era lo único que había allí vivo. La palidez cadavérica de Jesús muerto decía verdades sublimes eclipsando y haciendo callar á la palidez famélica del maestro infelíz.

—¿Pero quién frecuenta esta escuela?—le pregunté al pedagogo-mártir.

Me señaló la turba de chiquillos desarrapados, aburridos y distraídos.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

—Esos no son discípulos,—le repliqué,—ni usted es maestro.

—No sé en verdad lo que soy—me respondió con voz agonizante.

—¿Y quién barre la escuela?

—La ensucian las arañas y la barren las cucarachas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El sabor de la vida

La vida sabe comunmente á hiel, á rejalgar, á aceite de hígado de bacalao, á demonios; pero en ocasiones sabe á ambrosía, á gloria. Hay horas infantiles, horas juveniles en que se siente este sabor de boca paladeando la existencia humana. El néctar perfumado, además, tiene efluvios que saturan nuestra atmósfera y la convierten en atmósfera luminosa y olorosa de apoteósis.

A mí me sabe la vida, pero no á licor ambrosíaco; me huele, pero no á ámbar. Desde temprano, lo mismo que Flaubert, le tomé olor de cocina nauseabunda. ¿Qué es lo que se guisa en esa cocina? Más vale no saberlo, ni decirlo.

Hay días en que vivir es sufrir náuseas. El estómago se nos revuelve, nos suben á los labios alimentos corrompidos, rechazados por la imposible digestión.

Y, entonces, nos tocamos el vientre, como si buscáramos allí el mal que solo en lá vida averiada y envenenada reside. La emprendemos con el cocinero, en lugar de emprenderla con nosotros mismos y con la fatalidad. Lo mejor sería, lo más lógico, no emprenderla con nadie; callar y tragar nuestro condumio emponzoñado...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

¡Dichosos aquéllos á quiénes la vida no les estraga el paladar! ¡O aquéllos otros, la mayoría, que recurren á los excitantes para poder vivir!

—¿A V., á qué le sabe?

Algunos contestan diciendo:—Me sabe á mostaza, me sabe á pimienta.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Una cupletista

He ahí una señora que canta y, al mismo tiempo se da unas *pataítas* y se contorsiona.

Hace un ejercicio múltiple que, para ella será saludable, pero dudo que lo sea para los espectadores. Gargariza, mueve las caderas y los pies, levanta y sacude las manos, avanza, retrocede, se encoge... Ya parece una serpiente, ya una gallina que va á romper á cacarear...

Tiene la locura del movimiento. Sus ritmos voluptuosos trastornan los sentidos de la muchedumbre. Uno grita entre el concurso:

—¡Qué bien se mueve esa mujer!

Otro vocifera:

—¡Vaya un meneo más bonito!

Otro:

—¡Canta la canción de la pulga!

Y ella, la cantadora, frenética y febril, se olvida de que está enfrente de un público. Sus propias palabras la aturden, sus propias flexiones la perturban. No cabe en el escenario. Diríase que necesita campo libre, campo abierto, y en el campo la libertad del ave.

Agítase como una poseída. También se agitan los

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

hombres, que quieren comérsela con los ojos. Todo en el mezquino local es movimiento desbordado. Algunos se mueven hacia afuera escandalizados; pero la mayor parte se mueve hacia el proscenio.

La bestia avanza para donde la llaman con reclamos tan irresistibles. Los exaltados repiten furiosamente el grito en que se desata el instinto:

—¡Cómo se mueve esa mujer!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Sólidos, líquidos y gases

La ambición y la codicia son cosas sólidas; se apoyan firmemente en la tierra como grandes bloques y permiten mirar á las alturas sociales, pero no al cielo. El ambicioso tiene la vista clara para ver los objetos de su egoísmo, los blancos de su individualismo; el codicioso se encierra en su afán adquisitivo como en una espesa envoltura que tampoco le consiente divisar los grandes espacios donde brilla lo ideal con fulgores sublimes...

Todo eso es *solidez humana*. El hombre se petrifica ambicionando, codiciando, y primero sus alas pierden el polvo de oro, y después pierde las alas...

El amor es *líquido*. Hay una licuación en los enamorados; en el último período del amor, cuando se posee, cuando ya no se lucha para poseer, se liquidan las energías. Se convierten en algo fundido y diluído, en algo que huye... Amar mucho equivale á entregarse absolutamente, incondicionalmente, y entregarse así vale tanto como *liquidarse*.

En el *estado líquido* el hombre tiene la belleza de los ríos generosos que van á perderse en el mar con gemidos de vencimiento que parecen gritos de triunfo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El ensueño es fluído, vaporoso: brillantes nieblas iluminadas por nuestro sol interior, vapores fantásticos y divinos espejismos...

La belleza de este estado consiste en que entre esa fantasmagoría aparece y vuelve á aparecer *nuestro arco-iris*, y siempre guardamos la esperanza de que resurja.

Todo eso pasa fuera de la realidad, muy lejos de ella; pero es *lo más bello*, por lo mismo que es irreal.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

La prensa falsificadora

El industrialismo periodístico no se detiene ante ningún abuso. Para él no hay puertas cerradas ni caminos vedados; no hay secretos ni respetos. Un reporter á la moderna funda su orgullo en decir y en probar que *nada se le resiste.* Es el caballero sin miedo de nuestra época; es el hombre de naturaleza protéica y diabólica que cambia su disfraz á cada minuto. Es el confesor despreocupado de la opinión, para quien no existe lo sagrado del confesonario. Por la inversa, en sus revelaciones indiscretas pone su orgullo profesional.

Y vistiéndose y desnudándose en medio de la calle, este Frégoli de la publicidad levanta los techos como Asmodeo y se cuela en las antesalas, en las cocinas, en los comedores y en las alcobas. Se mete por el ojo de una aguja.

Representa *el poder de la letra* en una forma tan exclusiva que niega el espíritu. Su trono es un cajetín tipográfico, donde ese hombre que no tiene ningún carácter, juega por mano extraña con los *caracteres* y los hace cómplices de mil travesuras y engañifas.

Pero el reporter, el informador, el adulterador concienzudo de los hechos, constituye la principal columna

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

de un diario contemporáneo. El público, atentísimo á ese juego, se deja seducir por la habilidad reporticia y, desdeñando las ideas, se entretiene con los cuentos y las novelas de información.

Al folletinista ha sustituído el reporter. En cierto modo, este último también equivale al tamborilero que anuncia los espectáculos foráneos á la entrada de las barracas:

—Señoras y caballeros, entrad!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Postales electorales

(*Ad usum* de concejales)

I

Un pescador de votos echándole el anzuelo á un marinero de la costa:

—¿Tú sabes lo que es votar?

—Pos si no entendiera de eso, ¿qué había de entender? ¡mal rayo! Ya soy moro viejo, y ví botar la *Beatriz*, con que fegúrese... Cuando botaron el *Posible*, que se emplantanó, yo eché una manita...

—Para eso estás bueno tú, para tirar de un barco, ya que no tiras de una carreta.

II

—¿Y qué tengo que jacer? ¿Quiere su mercé icírmelo?

—Votar conmigo donde te mande...

—¡Rayo! Yo no voto sino con el mestre.

—Por ahora el mestre soy yo, que pago ó pego, según convenga.

—No diga más, nostramo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

III

—¿Cómo te llamas?

—Pancho Alquitrán me llaman.

—Ese no es nombre de persona. Tendrás otro.

—Alquitrán me motejaron dende chiquitín, y Alquitrán soy y seré jasta que me den sepoltura... No sé más tocante al aquél de mi endevíduo...

—Bueno, pues en un colegio te llamarás Alquitrán, en otro Brea y en otro Chapapote... Has de votar en tres colegios por lo ménos.

IV

—¿Colegio ha dicho su mercé? ¡Maldita sea la tarraya! ¡A buenas boras, pa dir á la colegiatura!

—Votarás bajo distintas especies, bárbaro. ¿Sabes escribir?

—Ni pizca, y en cuánto á leturanzas, no sé leer más que el nombre de mi bote y el de mi palibote; pero esos los sé de corrío...

—Con ello basta.

V

—Con que, estás aleccionado. En un colegio Alquitrán; en otro, Brea; en otro, Chapapote....

—¡San Telmito me socorra! ¿Y aluego, dispués?

—Después seguirás siendo tan animal como antes, á pesar de haber estado en tantos colegios.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El hombre frío

No puedo comprender, ni sé como tratar, á esa clase de hombres que parecen estatuas de hielo; seres incapaces de conmoverse ni de indignarse, de lanzar un grito ó un gemido.

Pasan por en medio de la vida cual espectadores impávidos. Diríase que no sienten el drama ó la comedia humana, insensibles para lo trágico y para lo cómico. Tienen *sangre fría*; están conservados en el hielo de su egoísmo, quizás de su indiferentismo.

Viven por encima ó, mejor dicho, por debajo de las pasiones. ¿Por qué no vibran? ¿Es que no sienten? ¿Es que no padecen? ¿Es que se han salido fuera de la realidad, fuera de la humanidad?

No se sabe. Me intrigan como un obscuro problema metafísico ó matemático. A veces su impavidez, su condición extraña de refractarios al sentimiento, de inimpresionables, reconoce por causa el exceso de trabajo cerebral que en ellos absorbe y mata las energías del corazón, pero también ocurre que así han sido desde el primer día, desde que nacieron.

No lloraron en la cuna; no gritaron en la escuela; no

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

corrieron en la infancia; no amaron en la juventud; no se desviaron jamás del sendero por donde marchan con rigidez de sonámbulos hacia la muerte. Apedreados y pinchados, no sintieron el choque de las piedras ni el punzamiento de las espinas.

¿Llevarán dentro algo que jamás nos dejan ver?

Yo he conocido un hombre así, á quién he arañado con la sátira, sin lograr sacudirle. Un día sentí una tentación diabólica, encontrándome cerca de él. Le hundí traidoramente una aguja en las carnes para obligarle á gritar, para convencerme de que vivía...

Movió sus ojos redondos y muertos de besugo; pero *no echó sangre.*

También era superior é inferior á la sangre. Y, en vez de irritarse, de quejarse, me hizo serenamente una disertación acerca de la utilidad de las agujas aplicadas á fines rectos. Díjome que eran buenas para coser, pero no para pinchar.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Los reyes destronados

Recordáis aquella melancólica novela de Daudet en que vagan como fantasmas dolorosos los destronados reyes de Iliria? Las coronas caídas dejaron en las frentes una señal que parece marca indeleble de hierro. La nostalgia del trono y del dominio les arranca lágrimas á cada instante. Sueñan con el *bien perdido* y arrastran por el destierro solitario cadenas de oro.

Tal es la suerte de los que caen, aunque caigan desde una altura abrupta é inhabitable sobre un terreno blando, aunque caigan desde el martirio en el reposo. Las alturas producen vértigos, pero alucinan y deslumbran con la visión de los grandes horizontes, de los grandes espejismos. Están llenas de asperezas, pero nos aproximan al cielo. De ahí la natural tendencia á ascender.

Los monarcas desposeídos difícilmente se resignan con su *capitis diminutio*. Al mirarse sin atributos mayestáticos, echan de ménos, antes que nada, los *chirimbolos* de la monarquía. Diéraseles un solio, una corona y dos docenas de vasallos en cualquier rincón del mundo, en cualquier lejana é insignificante islilla, y se consolarían invocando el caso de *fuerza mayor*, como se consoló Napoleón en la isla de Elba. La parodia de po-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

der les permitiría abrigar la ilusión consoladora de un restablecimiento imposible.

El bien perdido era para ellos, rigurosamente, un mal. Sin embargo, lo lloran y piensan á la contínua en cetro y corona, como el niño piensa en sus juguetes.

Los reyes no se divierten en la expatriación. Lo único que se las hace tolerable es el acatamiento voluntario de los cortesanos de los monarcas en desgracia. Hay muchas gentes que, por piedad, se sienten monárquicos cuando ven á la Magestad depuesta y desterrada, envuelta en andrajos de púrpura.

Quizás gritan *¡viva el Rey!* por llevarle la contraria á la revolución, ó porque el rey sólo se les aparece como un pobre hombre.

Y los pobres hombres, más aún que los hombres pobres, inspiran lástima.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Roedores del altar

Queréis conocer á los roedores del altar?

Hay que acercarse, acercarse mucho; quitar los manteles; desnudar á los santos; buscar entre las flores de trapo y de papel; escrutar por debajo de la madera, en los últimos escondrijos; recoger el polvo acumulado; dar con la frente en el suelo para encontrar el rastro de la ratonería desvastadora.

En esta faena inquisitorial *se destruye el misterio religioso.* Se advierte que las imágenes son unos simulacros que levantan hermosas cabezas y hermosos brazos sobre toscos maderos informes; que las moscas han manchado y profanado los rostros celestiales, las figuras angélicas; que las ropas de las aras están sucias; que se ha vertido el vino de los sacrificios; que la mano del sacristán y del monago, acostumbrados á la irreverencia por exceso de confianza, ha maltratado las reliquias...

Todo esto es necesario para descubrir la huella de los ratones que van devorando la madera del altar. Y en la investigación minuciosa, sufre muchas decepciones *prácticas* el espíritu del creyente.

No debemos aproximarnos mucho á los altares, ni aun para encontrar el rastro de los roedores.

Y este consejo lo sigue al pié de la letra la multitud

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

devota. Contempla desde lejos, doblada por la fé, el drama sacerdotal y las pompas litúrgicas, sin preocuparse de averiguar donde están, quienes son *los roedores de la Iglesia*.

Sería preciso penetrar muy adentro, levantar demasiado los grandes velos y los grandes mantos que cubren y envuelven la religión.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El peso del vacío

Hay hombres enormemente pesados que son para los demás verdaderas moles gravitantes, piedras monolíticas desprendidas no se sabe de donde, constituyendo un peligro que amenaza la seguridad y la tranquilidad del prójimo. Cuando están cerca de nosotros, con la presión abrumadora de su palabra nos oprimen; cuándo se interponen, nos cierran el paso y nos obligan á detenernos.

Aunque sean flacos, flaquísimos, hacen pensar en desmesuradas crasitudes y en gigantescas corpulencias, porque necesitamos dar una representación física á su pesadez moral. Pesan hablando, y no dicen nada; pesan por el afán con que desmenuzan en las conversaciones vulgares los más mínimos acaecimientos; pesan por el huero verbalismo con que nos agobian y por el pedantismo cursi con que nos acometen. Hacen larga historia documentada de cualquier suceso sin interés, y su incontinente charla se asemeja á la labor de sacar lustre á los guijarros. Si ven caer en la calle un burro cargado de leña, ya tienen asunto para una disertación minuciosa y fantástica que durará tres horas.

Sacarán la genealogía del burro, relatarán la biografía

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

del conductor, y hasta enumerarán los haces y las ramas de la leña que cargaba el infelíz animal caído. Emplearán respecto de un asno el rigor concienzudo de la crónica, cual si se tratara de un personaje histórico. En cambio, sentirán pasar la belleza, la poesía, el arte, la magestad de los grandes hechos, y no se conmoverán. Cronistas verbales de lo pequeño y lo transitorio, su lengua, aunque sea inofensiva, se convierte en un instrumento de mortificación. La mueven como una campana loca que produce sonidos sin concierto ni significado, que se agita en el vacío intelectual lanzada á todo vuelo solamente para mover ruído...

Estos hombres pesados, pero no dañinos por la lengua, son calamidades sociales que inspiran terror. Huímos de ellos y, sin embargo, los encontramos siempre en nuestro camino; nos persiguen con saña, nos atormentan, y no se reconocen satisfechos sino cuando, bajo sus chaparrones fraseológicos, advierten en nuestro semblante signos de pavorosa desesperación. Entonces, con inconsciencia cruel, en vez de callarse, precipitan el martirio.

—Prepárese V. para oir el fin de mi cuento,—dicen continuando un interminable relato de torturadoras minucias y de aplastantes majaderías. Lo bueno viene ahora.

Y hemos de prepararnos á recibir lo bueno, á esperar el final del tormento, que nunca llega. Este suplicio no figura en el catálogo de los dantescos, pero debería figurar.

En ciertos indivíduos la palabra es temible, no porque obedezca á malas intenciones ó á propósitos ruínes, sino porque suena, suena como una campana loca...

¡Qué pesado es Fulano!

Con el peso del vacío...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El salvaje

El tipo del salvaje no se encuentra sólo en los territorios del interior de Africa, cerrados para la comunicación con el espíritu moderno, ese gran fluido difuso en Europa y América.

Lo encontramos también en los países civilizados y se caracteriza por la no adaptación al medio europeo, por la rebeldía activa y demoledora contra todas las reglas, contra todos los convencionalismos consagrados.

A esta especie perteneció en la literatura francesa Julio Vallés, el autor de *Los refractarios*. El salvaje vive en medio de la civilización odiándola, maldiciéndola y desacreditandola. Vallés decía: ¡Al diablo los clásicos y los románticos, y los académicos, y los políticos, y los jurisconsultos, y los médicos, y todo el mundo! ¡Al diablo Grecia y Roma! ¿Qué me importa á mí todo eso? ¿Para qué me sirve?

Tales salvajes forman legión. Aunque llevan la librea de la cultura contemporánea, por dentro guardan intacto su salvajismo; se les conoce en la protesta, en esa protesta indefinida y continuada que elevan cómo un grito de execración contra el pasado, el presente y el porvenir.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

No quieren encender su lámpara. Camínan á oscuras y no perciben la claridad en que se destacan las figuras pálidas, borrosas, uniformes, de la aborrecible comparsería social. Se hacen fuertes en las tinieblas. Se abstienen, se inhiben y refunfuñan contra la farsa del progreso humano.

En el fondo, quizá sean unos fracasados, unos vencidos que disimulan su derrota proclamando la caducidad y la claudicación universales; pero desempeñan su papel admirablemente.

Se rascan el pellejo para quitarse el barniz culto, y, sin embargo, á cada minuto les hace traición el pensamiento que en ellos refleja la saturación intelectual de su época. Desbautizados y desnaturalizados voluntariamente, desde que piensan, piensen lo que piensen, se traicionan.

Los que participan del intelectualismo actual, serán rebeldes, serán insubordinados, pero no podrán ser salvajes.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Non cogito, sed sum...

En una de mis breves escapadas á la calle, en una de mis raras excursiones por el mundo exterior, tropecé con un inválido mental.

Ya sabemos como abunda aquí la clase. Hay legiones de seres humanos que parecen suministrarnos un argumento contra la creencia consoladora en la inmortalidad del alma.

Apenas nos ponemos en contacto con ellos, principia á atormentarnos esta duda:—Si el alma existe, ¿cómo es que esos individuos no la tienen? Si existe el pensamiento, ¿cómo es que esos seres pensantes no piensan?

Quiero contar el caso de mi hombre, quiero contar mi horrible decepción. Fuéme presentado. Fuíle presentado. Cambiamos tres ó cuatro palabras frías, y luego él calló largamente mientras yo le hablaba, pareciendo sumirse en una meditación profunda.

Cansado de hablarle sin que me respondiera, me resolví á preguntarle:—*¿En qué piensa usted?*

Volvióse el querido prójimo, sin romper su silencio, y, con mirarme, nada más que con mirarme, comprendí que mi pregunta había sido completamente ociosa.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El mejor libro

Disputaban varios literatos acerca de cual debía ser el mejor libro en consideración al fondo, al objeto.

Y uno de ellos opinó:—El mejor libro será el que nos enseñe á encontrar la felicidad.

Otro repuso:—La felicidad no existe. El primero rectificó entonces y dijo:—El libro mejor será el que nos enseñe á encontrar la verdad.

Nueva réplica de otro literato, nueva negación absoluta:—La verdad no existe.

El preopinante se rectificó otra vez y afirmó: - El mejor libro tiene que ser el que nos encamine á la consecución del bien.

Otro de los hombres de letras objetó:—El bien no existe.

Rectificación nueva del definidor, desorientado:—El que procure á los hombres reglas para recuperar el honor.

Y vuelta á negar el excéptico:—El honor perdido no se recobra.

Escépticos eran, sin excepción alguna, todos aquellos escritores, gastados y desengañados por su arte.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Lleno de desencanto, rendido de fatiga, dijo al fin el que se empeñaba en definir inútilmente *el libro mejor*:
—El mejor libro será un volúmen en blanco, sin una sola frase; un libro en cuya primera hoja se dibuje una X, la cruz de San Andrés en que todos los hombres estamos crucificados.

Y todos los presentes dijeron que sí.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El gesto

Tener un gesto propio, inconfundible: he ahí la cuestión. Así como los romanos de la gran época sabían morir en actitudes gallardas, académicas, el hombre moderno está obligado á tomar y mantener una *pose*.

Todos participamos, en más ó en mènos, de esta preocupación; todos pensamos en el fotógrafo que, con una instantánea, haya de transmitir nuestro rasgo, nuestro rictus, nuestro distintivo fisionómico ó corpóreo, á la posteridad. Hay que tener apariencias de grande hombre y hay que fijarlas en la fotografía.

Estamos en un momento histórico-fotográfico. La vida se ilumina hoy al magnesio; las posturas y las actitudes responden á la ambición de *interesar una placa*.

El exceso fácil de reproducciones gráficas estimula la tontería y la vanidad universales. Cada prójimo siente que sus extremidades, convertidas en piedra, transmutadas en mármol, se inmovilizan para *in æternum* en el pedestal de una estatua; los más modestos, aspiran á que su efigie, diferenciada y original, quede en un museo de fotografía ó, siquiera, en un simple cliché.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Y, apeteciendo esta honra, piensan constantemente en *el gesto*.

Los vanidosos de todas las castas lo ensayan ante los espejos confidentes; los tontos de la calle, los papanatas del arroyo, lo esbozan al paso ante los cristales de los escaparates; los hombres de pró lo detallan y perfeccionan en el primer plano de la escena pública, bajo las miradas admiradoras y las sonrisas excitadoras. Pero todos, absolutamente todos, quieren tenerlo como un privilegio personal.

Los grandes gestos de los grandes histriones, erguidos en lo alto, fomentan la fatuidad loca de los que en lo bajo copian y rehacen la acción escénica superior, Los imbéciles levantan las manos y se golpean el cráneo en ademán de conquista, por imitar á los intelectuales orgullosos que en una forma análoga afirman su orgullo satánico.

Y mientras á aquéllos les posee Luzbel en la montaña, éstos caricaturizan la soberbia en el subterráneo...

La humanidad marcha gesticulando hacia un manicomio que se le figura templo de gloria.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Cosas y personas

Muchas personas son evidentemente inferiores á las cosas, puesto que por nombres de cosas se las denomina y sin *cosas* no podríamos conocerlas.

Carecen de personalidad hasta tal extremo que, si les quitáis los aditamentos, nada restará de ellas. Como no hay modo de hablar de sus obras, hablamos de sus objetos favoritos; cómo no tienen cabeza, les damos por distintivo y señalamiento el puño de un bastón ó las vueltas de pieles de un gabán.

Y decimos: *la señora del abanico, el caballero del paraguas rojo, la niña de la boa,* porque, aunque quisiéramos, no podríamos decir: la señora Tal ó el señor Cual ó la señorita N. Si lo dijéramos, no sabría nadie á quienes queríamos referirnos.

Indudablemente la señora es inferior á su abanico, el caballero á su paraguas, la señorita á su boa. Por la misma causa, aunque el término de la comparación sea más elevado, cuando se dice: *el marido de la Téllez,* se quiere indicar que la Téllez se ha tragado por completo á su marido como una serpiente á una palomilla.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

No se trata ya de cosas aquí, sino de personas; pero siempre resulta que una de ellas no puede ser indicada más que bajo el nombre de la otra, en una dependencia que importa una absoluta anulación. El esposo de la Téllez desaparece bajo las enaguas triunfadoras y magníficas de su mujer.

Y llega á convertirse en *una cosa* para su adjunta y para los demás. Pero es cierto siempre lo que decíamos al principio, invirtiendo los términos, diciendo: *cosas, inferiores á personas.*

Las personas, en este ejemplo, aunque parezcan personas, son cosas; el marido de la Tellez, *cosa*, inferior á la Téllez, persona.

Lo propio ocurre cuando decimos: *el burro de mi tío, el perro de mi abuelo, la cotorra de mi suegra, el cerdo de mi cuñado...*

Una traducción libre, pero segura, establece que el tío es un burro, el abuelo un perro, la suegra una cotorra, el cuñado un cochino.

Y no suele equivocarse; porque cuando se emplean estos señalamientos, siquiera sea sin intención, compruébase fatalmente que los animales y las cosas son superiores á los hombres.

Lo verdaderamente difícil es separar de las cosas y los animales á la inmensa mayoría de los hombres. No los concebimos, en su tremenda inferioridad, sin animales y sin cosas que los dominen, que los aplasten...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Robo indirecto

Cabe que, en ciertas ocasiones, diga un hombre honrado, un pagador perfecto:—*No pago.*

Y aún que añada:--No pago, porque, en vez de venirme á cobrar, me vienen á robar.

Las cuentas falsas son robos disimulados, robos indirectos. Nadie tiene obligación de pagar lo que no debe, y suele ocurrir que el acreedor es el deudor y el deudor el acreedor.

A mí, por ejemplo, quieren cobrarme servicios que yo presté y que se me cargan como débitos siendo créditos. He servido con absoluta generosidad á muchas gentes; pero los favorecidos, no sólo niegan los favores, sino que los truecan en disfavores, en agravios, en cosas cobrables.

Yo debo decirles:—No os pago; pagadme vosotros. No os debo; vosotros me debéis.

En estos casos se trata de cometer un robo indirecto; se trata de convertir el debe en haber. Los acreedores de apariencia son deudores que intentan una estafa.

He realizado en este mundo todo el bien posible, aunque no todo el bien deseable. Me he quitado el pan de la boca para dárselo al prójimo menesteroso, y ahora

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

resulta que los beneficiados por mi caridad ciega, me dicen, no que les dé más, sino que *les debo*.

No les debo nada. Me quieren robar. Después de haberme robado el sosiego, pretenden arrebatarme el buen concepto de dadivoso.

Seamos caritativos á tontas y á locas; pero, después de haberlo sido con altruismo imprevisor, no permitámos que el egoísmo nos engañe y nos defraude.

Rechacemos los robos indirectos.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

La cometa

En la infancia, echamos nuestras cometas exploradoras al espacio azul. Las elevamos, las remontamos con el mismo impulso misterioso que abre nuestra alma al ensueño. Y algo de nuestra alma va con ellas. Tienen la blancura inmaculada de nuestro candor ó la mágica policromía de nuestras ilusiones.

Suben, revolotean, giran, mueven sus largas colas en una oscilación gallarda, y hacen caracolillo, y caen para volver á subir triunfantes y serenas. Seguimos su vuelo con más curiosidad que el vuelo de los pájaros; *son nuestros pájaros*, los que, creados y mantenidos por nosotros, alegran nuestra mañana.

Son el primer intento, inconsciente, de nuestra comunicación con lo infinito. Nuestra mano sujeta el cordel que va desenrollándose y *dando alas* al airoso juguete, perdido en las alturas de la atmósfera. Allá arriba parece hacernos señales cabalísticas y llamarnos y decirnos: *sube, sube*... Ya sabemos que hay águilas y palomas; ya sabemos que las primeras recorren la inmensidad como piratas y las segundas como dulces víctimas, amadas de Dios y de los hombres.

Y según sea la índole del niño, ve en su cometa una

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

paloma ó un águila. Los genios nacientes debieron ver en las suyas águilas enormes.

Yo sólo recuerdo que *mi cometa* me enseñó á levantar el pensamiento, á mirar alto. Y, aunque por seguirla en su ascensión caí algunas veces, y hasta me herí y me ensangrenté en la caída, por ella supe temprano, por ella adiviné que los espíritus vuelan y que los cuerpos caen.

¡Benditas sean las cometas exploradoras! Dejemos que los niños las echen á volar desde las azoteas. Convendría que ese ejercicio *despertador* formara parte de todo buen plan pedagógico.

Ningún maestro podrá decir al alma en formación de una criatura lo que le dice una cometa que se lanza al aire en son de conquista, va y viene, cae y se levanta...

Hay un momento en que de ese hilo á cuyo extremo se halla prisionero, aunque al parecer libre, *nuestro pájaro*, pende toda nuestra vida. Después el hilo se rompe, nuestra vida se esparce y, al esparcirse, se deprava.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El caballo vencido

Con la invención y la aplicación universal de los automóviles, la raza de los caballos aristocráticos ha venido á quedar destronada y cesante.

Los nuevos vehículos *á gasolina* convertirán dentro de poco los carruajes de lujo en reliquias arqueológicas, en vejeces curiosas, en curiosidades prehistóricas. El caballo ya apenas sirve para arrastrar y, privado de su más importante oficio, cae en una degeneración sin remedio. Noble por naturaleza, tiene que aplebeyarse y hasta, en ocasiones, encanallarse.

Pasa del uncimiento del coche al uncimiento de la carreta; baja espantosamente en la escala que mide la graduación jerárgica de su especie escogida. Y, acostumbrado á vencer el peso de la vanidad humana, soporta hoy sencillamente el peso combinado del trabajo y la esclavitud.

Se acostumbrará á su nuevo destino, como se acostumbra el hombre al descenso de categoría y de fortuna; sólo que en el caballo se da una evolución inversa de la que en el hombre se ha cumplido. Mientras el hombre se liberta y se refina, el caballo se hace cada vez más servil y se embrutece.

Dentro de poco, no quedará más que la plebe de la

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

raza. Reducidos y empequeñecidos los pesebres, los hermosos animales de otro tiempo vendrán á menos; perderán hasta el sentimiento de su decoro al perder la dignidad de sus funciones.

Y ocurrirá con ellos lo que ha ocurrido con los antiguos gentiles-hombres y fijos-dalgo, desnaturalizados por la trasplantación á medios sociales inferiores donde se les disuelve el espíritu.

Los corceles que tiraban del carro de Apolo, no tendrían hoy ocupación apropiada á su elegancia y su hermosura. Ya no hay carros de dioses ni carros de triunfo, sino simplemente carros.

Y los caballos elegantísimos que tiraban las carrozas en que se exhibían la opulencia insolente, el orgullo coronado, el vicio victorioso, tendrán que humillar su altivez unciéndose á una mala carreta, que no será la carreta de Tespis ni la de las Cortes de la Muerte, porque hoy los cómicos... también van en automóvil.

Les queda á los caballos el hipódromo, la guerra, las plazas de toros, la noria; pero todo eso desaparecerá. Todo eso es demasiado antiguo. El modernismo se representa triunfantemente en el automovilismo.

Y nuestro tiempo pertenece al caballo de vapor, que es *el sueño de la industria.*

¡Qué gran sueño!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

La ardilla y el cangrejo

Entre el cangrejo y la ardilla entablóse el siguiente diálogo:

—¿Por qué esa eterna inquietud?—preguntó el primero á la segunda. Tu movimiento desordenado y febril me aturde. Vas siempre apresurada como si estuvieses segura de conquistar el porvenir y es el caso que, después de tanto agitarte, no avanzas nunca un paso; permaneces en el mismo punto. Ni adelantas ni retrocedes.

—Pero tú retrocedes poco á poco—replicóle la ardilla. Tu marcha es inversa, tu marcha es una negación; andas en sentido contrario á la vida, y andas lentamente, cómo si, puesto á escoger entre lo pasado y lo futuro, eligieras de dos peligros, de dos miedos el menor. No tienes alientos para avanzar; pero tampoco los tienes para retroceder. Eres un inerte, un cobarde.

—Y tú una hembra nerviosa que se mueve sin finalidad.

—Sé adonde voy; pero el exceso de mi movimiento me extravía y me esteriliza. Tú, en cambio, no sabes adonde vas y tu objetivo es un engaño; el pasado no puede atraer, porque no atraen las cosas muertas. Eres

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

un desertor que se retira de espaldas, con los ojos cerrados para no ver el sol que nace.

—No veo nada y tú, que quieres verlo todo, nada ves.

—No llegarás nunca al pasado, aunque te canses de caminar para atrás.

—No llegarás nunca al porvenir, aunque te fatigues moviéndote como una loca, como una ciega.

—Somos dos absurdas negaciones; somos las dos caras del pesimismo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Degeneración de los símbolos

La fé ha perdido su venda y, al ver claro, no tiene ya la vista interior que la llevaba á afirmar como verdades incontrovertibles sus propias ilusiones. La caridad ha perdido su manto y, al repartir los fragmentos entre los pobres como San Martín repartió su capa, se ha quedado desnuda, con frío, y se llama filantropía universal. La esperanza ha perdido las alas angélicas, y por eso no vuela hacia las inmensidades azules, sino que ha caído para no levantarse. La justicia ha perdido la balanza, y no sabe pesar los actos humanos...

Han degenerado todos los símbolos. El hombre está en la tierra como un peregrino sin rumbo que marcha á la ventura. Todos los pájaros que pasan se le antojan aves mensajeras y todas las estrellas astros conductores. Los símbolos sin atributos le indican su propia orfandad y su propia viudez.

En cada recodo del sendero sin fin espera encontrar la venda de la fé, el manto de la caridad, las alas de la esperanza, la balanza de la justicia.

Y no encuentra más que su propia sombra, prolongada en la extensión vacía, negra, aterradora...

Los vientos enemigos le traen ecos de zollozos y humedad de lágrimas. Ha dejado de percibir el rumor del

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

porvenir, y está silencioso frente al silencio. Le abruma como una inmensa losa de sepulcro el peso de las cosas muertas.

Confunde á los buitres con las águilas, á las lechuzas de la media noche con los gallos despertadores y fieles.

Y no sabe ya lo que es fé, lo que es caridad, lo que es justicia, lo que es esperanza. Desnudo en la desnudez, clama por que le vistan.

Y no puede vestirse con la venda rota de la fé, ni con el manto destrozado de la caridad, ni con las alas desprendidas de la esperanza.

Con andrajos y con plumas no hay modo de hacer un vestido para el alma.

El hombre es en el desierto una ruína, acompañada de ruinas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El tímido

¿Consiste la timidez en una flaqueza de la voluntad? ¿Puede curarse este defecto, puede el tímido llegar á ser decidido y animoso, ó, por el contrario, su mal no tiene cura?

No la tiene, en mi opinión, cuándo el tímido lo es en tanto grado que ni siquiera se atreve á examinarse á sí mismo. Hay bastantes tipos de esta especie: lo temen todo, temen á los demás y á sí propios; son asustadizos é inconscientes como liebres. Parecen haber nacido para ser cazados. No se definen nunca: la realidad, toda la realidad, les da miedo. Si por acaso miran á su interior, retroceden vacilando, renunciando á ver; si miran involuntariamente las cosas exteriores, al punto apartan la vista asustados. Sienten el horror del conocimiento: por eso su vida es un contínuo hábito inhibitorio...

¿Cómo despertar en estos indivíduos el deseo de saber, de conocer, que les curaría su timidez crónica? Juzgo difícil lograrlo. Su enfermedad se desarrolla y crece frente á las materialidades, los accidentes y las formas. Jamás encuentran su yo; no actúan, se escapan, se

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

deslizen en medio de los objetos y los hechos como la caza menor entre los matorrales.

Y existe, sin embargo, en ellos una potencialidad de acción y de análisis; existe, pero no se aplica porque les falta completamente el resorte voluntario. Tímidos en absoluto, tímidos para observarse y para observar, tímidos subjetiva y objetivamente, tímidos por una *reserva* fatal y sistemática que esteriliza sus aptitudes sin destruirlas, muéstransenos como seres sin contenido.

Es que tienen demasiado contenido, y este contenido no se vierte, ó se vierte hacia adentro. La timidez excesiva es excesiva contención. Los tímidos exagerados son espíritus que se cierran; espíritus que no llegan á comunicarse con el mundo.

No se puede vivificarles la voluntad, porque su voluntad se ha dormido. No *quieren* nada y serían capaces de quererlo todo. Algunos de ellos quieren una sola vez, y entonces, compensando de un modo sublime su pusilanimidad morbosa, su inercia moral de todas las horas, *se sacrifican* totalmente.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Contrasentidos

Los sucios hablan siempre de la limpieza; los mentirosos de la verdad; los egoístas del desinterés; los malos de la bondad; los locos de la cordura.

Esto es sencillamente, *la farsa humana*. Esto es rendir culto al ideal inaccesible; un culto hipócrita que afirma el amor á lo que no se poseerá nunca. Ni el sucio será limpio, ni el mentiroso veraz, ni el egoísta desinteresado, ni el malo bueno, ni cuerdo el loco. Todos serán fatalmente *lo que deben ser*.

El hombre honrado razona muchas veces consigo mismo, y se dice:—¿De qué vale la honradez? Veo subir á los pillos, medrar á los infames, mientras yo me voy al fondo con el lastre de mis virtudes. Más allá ó más acá de la moral, del Código, lo ilícito y lo prohibido triunfan. Hagámonos bribones; tiremos por la ventana *nuestro cargamento*.

Y después de mucho razonar, sigue siendo honrado porque no puede ser otra cosa. Actúa como un producto del determinismo.

Así se expresan los que, en medio del estruendo aturdidor de las luchas humanas, no advierten que el

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

bien se impone como una realidad objetiva. El bien y el mal son los dos grandes blancos á que se encaminan los tiros de los hombres.

Cada ser va hacia su blanco con fuerza irresistible; pero *sabe que va*. Somos proyectiles con conciencia.

Por eso, no por la fatalidad del determinismo, resultamos malos ó buenos. Yo he querido convencerme de que la pillería es cosa útil, tal vez cosa necesaria; pero algo muy poderoso protesta en mí y traza en sentido contrario mi trayectoria.

Hay que contar, sin embargo, con las desviaciones *fatales* de la línea recta.

Pero aún entonces, si somos hijos del bien, las rectificaciones son posibles.

Cuando esto ocurre, yo pido mi línea, y el instinto me la señala.

Me enderezo. Los torcidos *á nativitate* no se enderezan.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El perro y el ruiseñor

Tengo yo un canario, encerrado en dorada jaula, que me canta y me arrulla y me adormece en los días de bochornoso calor. Y tengo además un perro que me ladra y me asorda.

Algo así como una emulación ardiente se ha establecido entre el pájaro amarillo y el corpulento mastín. Mientras más eleva su canto el primero, más baja el tono de su ladrido el segundo, cual si quisiera la avecilla alcanzar las ásperas poderosas sonoridades del órgano del perrazo, y el perrazo adquirir las suavidades aflautadas de la voz de la avecilla. El uno quiere gritar: *¡guerra!* y el otro quiere gritar: *¡paz!*, pero el que se esfuerza por sacar energías belicosas es aquél que Naturaleza formó para que elevase el cántico de la vida á los espacios, y el que se empeña en emitir sonidos dulces y acariciadores es el que formó para que alzara á los aires el clamor de la muerte.

Resultado: el canario ha enronquecido y el perro ha desfigurado su vozarrón desagradable, sin que aquél haya podido ladrar ni éste haya podido gorjear. ¡Eternos contrastes! El ratón quiere ser águila; y el águila, ¿no querrá probablemente ser ratón?

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Guillermo... Tell

Guillermo II de Alemania es el *hombre-orquesta* coronado. Sabe de todo; lo hace todo; lo adivina todo. Pintor, escultor, músico, poeta, marino, guerrero, tribuno, bailarín, cocinero y, por último, imperator.

Emperador á secas, no; *imperator*. El Imperio liberal le estorba, y aspira á resucitar el Sacro Imperio Romano. El liberalismo le abruma, y se propone restablecer el absolutismo de la Edad Media. Los socialistas le dan miedo, y se apoya en los católicos. En él se resúmen todas las inconsecuencias y hallan su fórmula todas las ingratitudes.

Porque como ingrato, nadie le niega el nombre que merece. Un libro recientemente publicado nos le presenta bajo una triste luz, hijo sin corazón y sin piedad conspirando por el poder supremo cerca del lecho de muerte de su padre, despreciando á su madre, poniendo su egoísmo brutal por sobre todo, hasta por sobre el amor de la familia.

No bien se calzó las botas del Imperio, dióle con ellas á Bismarck, coloso reconstructor de Germania, el gran puntapié. El águila roja y el águila negra de Prusia

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

fueron á posarse en su casco; la sombra de Arminio le acompañó. Pero él emprendió su camino solo, sin acordarse de que tuvo padres y abuelos, recordando únicamente la tradición de los Hohenzollern, hombres de hierro, hombres de guerra.

Las águilas blanca y negra le llevaron en el pico las dos coronas, real é imperial, germánica y prusiana.

Y desde entonces, Guillermo ha sido el *ego sum*, el *loco Dios* entre los monarcas. Todo lo ha sacrificado al afán de originalidad y popularidad. Llevado de este prurito de singularizarse, ora monta en el caballo de Don Quijote, ora en el cisne de Lohengrin.

Y pinta, esculpe, hace óperas y sonatas, compone poesías, manda barcos y ejércitos, pronuncia homilías, baila, guisa, caza, pesca, y va á Marruecos ó á Palestina.

Tiene, como vulgarmente se dice, el diablo en el cuerpo. Cultiva el arte del reclamo mejor que Sarah Bernhardt, su amiga en arte, como Juana Granier es su amiga... de cámara.

Ahora se muestra absolutista; mañana se manifestará demócrata, si conviene á sus afanes de acaparamiento de la actualidad y el renombre mundiales. Con tal que su persona llene la escena del mundo...

Cualquier día, veremos que sale Guillermo por ahi gritando hasta aturdirnos: ¡Soy Guillermo... Tell, soy Guillermo... Tell!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Las rosas y el estiércol

UNA vez se sublevaron las rosas de un jardín contra el jardinero que amontonaba estiércol al pié de los rosales.

—Somos demasiado bellas,—decían,—para aceptar este tributo de inmundicia. Se nos ofende con él, se nos insulta, se nos falta al respeto que merece nuestra gentileza. Bese la brisa el terciopelo de nuestros pétalos y reciba y difunda nuestros aromas; vengan las mariposas y las abejas á nuestros cálices; vengan hasta las avispas y las orugas á nuestros tallos. Nosotras seguiremos siendo reinas, aunque entre nuestros cortesanos adoradores se deslicen enemigos inmundos. Rayos solares nos pondrán diademas preciosísimas; los céfiros nos acariciarán; con sus manos delicadas nos arrancarán, haciéndose sangre con nuestras espinas, las mujeres hermosas, nuestras hermanas. Todo eso está bien, siquiera nos cause mal; lo aceptamos como ley de nuestro destino. Somos efímeras; vivimos—ya lo ha dicho un poeta—tan sólo un minuto, *l'espace d'un matin*, un minuto de dolor y de orgullo. Todo eso está bien; pero no se nos deshonre y envilezca haciéndonos soportar el contacto de la basura.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El jardinero no pudo vencer la conjuración de las rosas, que se defendieron haciéndole sangre con las espinas. Entonces, indignado, dejó de llevar el estiércol bienhechor y vigorizador al pié de los rosales.

Las flores presumidas languidecieron, palidecieron, degeneraron; al fin, murieron...

Y el pobre hombre, que era algo filósofo como los enterradores de *Hamlet*, dijo sentenciosamente:—He ahí un símbolo. No puede separarse la belleza humana de la miseria humana.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Don Patricio Buenafé

En cada elección va á votar Don Patricio Buenafé, de quién tantas veces nos ha hablado Cavia. Cumple concienzudamente sus deberes de ciudadano. No cree en la limpieza y pureza de las urnas; pero cree que debe votar, y vota. Marcha satisfecho, erguido, magestuoso, como el que sabe que lleva consigo una cosa sublime, inaccesible para la mayoría de los españoles, la independencia.

Porque Don Patricio, por extraño caso, es independiente. Lo es gracias á su misma insignificancia. Vive en el limbo social, disfruta una preservadora y benéfica *aurea mediocritas*. Nadie ha querido comprarlo, ni él consentiría en venderse. Los caciques ¡oh portento! ignoran que existe. Olvidado en su rincón, puede permitirse el lujo de emitir un sufragio absolutamente libre cada vez que, según él se lo imagina, su patria se lo demanda.

Y va Don Patricio á las urnas como si fuera á las fuentes milagrosas de la regeneración nacional. Espera el prodigio, sin que los repetidos desencantos le quiten por entero la fé de su apellido. No será hoy, —se dice—; pero será mañana. Este año he perdido el tiempo, el trabajo y el voto; veremos si el año que viene somos más

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

afortunados la patria y yo. Veremos si el ideal á que vengo rindiendo ininterrumpido culto desde que alcancé la mayor edad, cristaliza al fin en la conciencia del pueblo español y sale victorioso de una de estas apelaciones electorales. Bastará para ello que los ciudadanos voten como yo, con libertad, y como yo amen y sirvan la doctrina de salvación.

Así ha encanecido Don Patricio Buenafé, en la espera del milagro que no se produce. Y, sin embargo, cree en la independencia, porque la lleva consigo, y en la patria, porque la adora.

Su voto individual, siempre inútil, cae en la urna como una gota de purísima esencia en un vaso de corrupción. Y otras gotas así también caen. Pero como si no cayeran.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El ateo

El ateo es un testarudo que se empeña en negar á Dios de dientes afuera. Tiene el orgullo de su ateismo y, en la especie ordinaria, inferior, de estos fanáticos invertidos, la negación de las negaciones no es sino un hábito que refleja la debilidad mental.

Creen esos pobres hombres que suprimir á Dios es cosa sencilla; que con encogerse de hombros frente al misterio ya no hay problema. Lanzan su decreto de expulsión y luego, sin más quebraderos de cabeza ni más pesquisas, fallan el gran negocio de la causalidad y la finalidad.

Para convencerse de que, en efecto, Dios no existe aunque existan ellos, van repitiendo por ahí su negativa rotunda:—No, señor; no me da la gana. ¡Abajo el Altísimo!

Conviene no fiarse de estos radicales y feroces incrédulos. Cómo niegan á Dios por *sport*, por egoísmo, por snobismo, porque lo negaron algunos grandes hombres y ellos no quieren ser ménos, negarán las cosas más visibles y palpables.

Después de negar á Dios, ¿qué trabajo cuesta destruir el mundo? Puesto que Dios no lo hizo ni el hombre tam-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

poco, ni se sabe ni se sabrá quién lo hiciera, que el hombre lo destruya. El ateo, para ser sincero, tiene que completarse con el anarquista.

Pero yo me resisto á creer que haya ateos sinceros. Hay visionarios del ateismo; hay sugestionados de la incredulidad; hay malvados que necesitan suprimir á Dios, matarlo, y hay esos ateos vulgares que niegan á Dios mientras duran las bonanzas de la vida, pero en cuánto llegan las pruebas y las tribulaciones claman por El.

—¡Dios mío! ¿Qué te he hecho yo para que así me trates?

O bien:

—¡Dios de mi corazón, sácame de este mal paso y te regalaré un buen cirio!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

No sé

No sé es una oración gramatical, negativa; pero, además, en la especial gramática de mis observaciones mundanas, es un nombre propio, y pudiera ser un nombre común, por lo mucho que abundan los tipos á quienes conviene y sirve de distintivo.

No sé significa, dicho por esos tales, no quiero saber, tengo el propósito de no saber... Nada sabrían de cosa alguna, aunque quisieran; mas la gracia está en que, deliberadamente, afectan desconocer lo que no les place declarar que saben...

Y su ignorancia voluntaria y *astuta* se acoge entonces á la fórmula *no sé*. Son el contrario de aquel otro tipo, harto más generalizado, que ignorándolo todo, todo presume saberlo. Pero de entre los dos prefiero el afirmativo, porque es pedante sin ser hipócrita. El otro es hipócrita solamente.

Preguntadle su opinión sobre cualquier asunto en que no le convenga tenerla ó, por lo menos, decirla. Se encogerá de hombros, enarcará las cejas, y os responderá con aire enigmático: *No sé, no sé...* Este *no sé* equivale á la insinuación de algo que excita la curiosidad y la duda...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

¿Encuentra usted bueno esto ó aquéllo? *No sé, no sé...* ¿Cree usted que lo que se dice de la Fulana sea verdad? *No sé, no sé...* ¿Le gusta á usted tal obra ó tal artista? *No sé...* ¿Como se llama usted? *No sé.*

Creyérase que ha venido al mundo para no saber y que tiene por regla de conducta el refrán: *en boca cerrada no entran moscas.*

No entran moscas, pero suelen salir sapos y culebras, porque si alguna vez le conviene saber á nuestro cuasi-mudo, ¡qué cosas sabe y habla!

Tapémonos, cuando eso suceda, los oídos.

Sabrá demasiado. Llenará su boca é hinchará su lengua con la calumnia y la mentira. Y seguirá diciendo, como estribillo: *no sé...*

A este personaje se le puede aplicar el calificativo que Victor Hugo, sin razón suficiente, aplicó á Barbey d'Aurevilly: *formidable imbécil...*

Pero el ser imbécil no le impide ser canalla.

Otro día hablaré de *Lo sé todo.*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

La víbora

Los peones que estaban *enchinando* la carretera de Tafira vieron junto al camino, entre las piedras, una cosa que se movía, que se arrastraba... Pusiéronse á mirarla atentamente, y advirtieron como aquella cosa extraña tenía una forma aguda, una cabeza triangular, un color negruzco, un cuerpo ondulante y viscoso, un aspecto, en fin, repulsivo... ¿Que sería aquéllo? Los pobres diablos, sorprendidos é inquietos, se consultaron acerca de lo que deberían hacer con aquel bicho malo...

—¡Matarlo!—dijo uno de ellos, partidario de la aplicación inmediata de la pena capital. No,—repuso otro, aficionado á los procedimientos dilatorios y á las informaciones previas.—Esperemos un poco. Vamos á avisar al cabo-caminero, y él decidirá. Yo tengo para mí que *eso* es un grandísimo lagarto.

Y salió gritando: ¡lagarto! ¡lagarto! Mientras venía el superior, los trabajadores acortaron algo más la distancia que les separaba del misterio. Aproximóse valerosamente un muchacho, y retrocedió asustado el ver que el animal sacaba una lengua delgadísima, parecida á un

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

dardo. Tan lagarto es como mi padre, —exclamó.—¡Buen rejo tiene el *indino*!

La gente que pasaba se unía al grupo. Hacíanse los más variados y sabrosos comentarios. La prudencia campesina impedía á los menos miedosos avanzar. Por fin llegó *el jefe* y, apenas hubo visto la alimaña, dijo con seguridad:—*Es una culebra.*

¡Pues á matarla!, gritaron los demás muy animosos al darse cuenta de que el bicho se estaba inmóvil. *¡A matar la culebra!* repitieron chicos y grandes. Provistos de piedras, empezaron á descargarlas sobre *el mónstruo.* Después funcionaron azadas, picos, hachas, mazas. Cada uno le dió un golpe, con verdadero encarnizamiento. Aun después de muerta, la culebra les aterraba. No sé atrevían á tocarla, por temor al rejo. Finalmente, abrieron un hoyo á un lado de la carretera, y allí la enterraron. Un filósofo rústico, que presenciaba la operación, pronunció esta sentencia digna de Sancho Panza:

—Lo mesmo da que la entierren, ú que la dejen de enterrar. Ya no hará daño ni maleficio, porque está difunta, tan difunta como mi agüela.

. . . . . .

No era culebra, sino víbora. Así me lo han asegurado personas que han visto *el cadáver.* Pero víbora ó culebra, se trataba de un inestimable presente griego. ¿Quién lo trujo? ¿Para qué lo trujo?

Misterio impenetrable. Acaso lo trajera el incógnito introductor para propagar aquí una especie dañina y difundir una mortal ponzoña. En el supuesto, debo decir que se equivocó de un modo lastimoso. Pudo regalarnos otra plaga. ¡Una víbora más! No son reptiles lo que falta en este paraíso lleno de serpientes.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

La nube

Yo no me veo porque me envuelve una nube espesísima formada de tristezas, preocupaciones y desengaños. Creo que los demás no me verán tampoco, y á muchos hombres no puedo verlos porque, lo mismo que á mí, los ocultan nubarrones tempestuosos, están aplastados por la tempestad como por una gran ave negra...

Llevo mi nube á todas partes y las gentes piensan que me escondo, siendo así que algo superior á mi voluntad me esconde. Soy una víctima del *mal tiempo*; de este mal tiempo que me circunda de tinieblas, pero no me moja, ni me arrastra ni me barre...

Mi tormenta es tan solo una condensación amenazadora. Por debajo de la nube se distinguen mis pies; mi cabeza, hundida en sombras, ha desaparecido. Mi dolor, un mal incurable que sube del corazón al cerebro, es un dolor obscuro...

Me he pasado la vida gritando como un loco, como un desahuciado:—Libradme de la nube!

Y la nube cada día se hace más densa. Ella tiene la culpa de que yo no me vea, ni me vea el mundo. Todos

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

los de mi estirpe, los enfermos de mi enfermedad, se tornan invisibles detrás de *sus nubes*.

Creeríase que esas nubes preñadas van á destruirnos en una orgía de rayos; pero no matan. Solamente cubren el rostro y enfrían y abruman el cuerpo. Guardan en potencia su electricidad, como las asesinos de intención guardan en la vaina su puñal sin atreverse á esgrimirlo.

Estoy dentro de mi nube, cogido, atormentado y *perdonado* para que la vida se prolongue en el tormento. Esto es todo lo que sé.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Brillantes químicos

Entre los adjetivos que prodiga nuestra prensa, *brillante* es el favorito. Aquí todo brilla. ¡Cuánto resplandor!. ¡Estamos literalmente deslumbrados!.

A cada paso leemos: El brillante escritor, el brillante orador, el brillante periodista, el brillante letrado, el brillante médico, el brillante artista, hasta el brillante comerciante. Brillando nos pasamos la vida. Individuos por completo opacos, pocos habrá usted visto, lector, en tierra canaria. Dijérase que la tierra misma da á los que sobre ella viven la preciosa facultad de fulgurar, de resplandecer. Los que brillaban, cuándo vivían fuera, lo que puede brillar un caldero bien ahumado, desde que llegan á Canarias empiezan á despedir destellos ofuscadores. En lo intelectual, somos pleno trópico. Los espíritus no tienen calor, pero tienen luz. ¡Cuantas luciérnagas, cuantos *cucuyos* reluciendo en las sombras!

En medio de esta noche tropical, no sabemos lo que nos pasa. Las gentes que circulan por las calles dejan tras sí ráfagas luminosas, el encuentro de *dos cerebrales* es como la conjunción de dos astros... Brilla éste, brilla aquél, brilla el de más allá, brillan todos, y el derroche de claridad nos deja ciegos. Apenas es posible

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

orientarnos; vamos á tientas. Parece que yo también brillo desde hace tiempo. Me doy la enhorabuena.

* * *

Importa mucho hacer dos manifestaciones. Primera: *no es oro todo lo que reluce*; ó lo que vale lo mismo, no brillan todos esos á quienes nuestros periódicos llaman *brillantes*. Si brillaran todos, ¿para qué alumbrado eléctrico? Segunda: muchas veces el calificativo resulta mal aplicado.

Se puede valer mucho en la literatura ó en la oratoria, y no *brillar*. Castelar era brillante, pero Pí Margall no solía serlo y, sin embargo, el segundo valía tanto por lo ménos como el primero. Un orador ó un literato son brillantes cuando poseen estilo florido, lleno de imágenes, cuando en sus obras relampaguea la fantasía. Se puede además ser brillante y profundo á un tiempo.

Lo que no se puede, de ninguna manera, es colocar indiferentemente esa palabra. ¡Queridos compañeros, abusáis del adjetivo!

Nuestra prensa ha puesto un escaparate de brillantes, *químicos* los más.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El carro de la Muerte

Somos los canarios, por vituperable costumbre, muy irrespetuosos con la muerte, nuestra común amiga y protectora... Algunos se han acostumbrado ya á saludarla cuando la encuentran en la calle, quitándosele el sombrero; pero la mayor parte no se lo quitan, como si temieran quedarse calvos. Lo mismo hacen con la bandera, el símbolo nacional. Aquí las cabezas están siempre cubiertas; acaso para conservarlas mejor. Suelen descubrirse; pero sólo en signo de acatamiento al poder y á la fuerza. O serviles, ó irreverentes.

La muerte, siquiera por ser la única verdad visible y comprobada á diario, nos exije actos reiterados de vasallaje y de sumisión. No debemos mostrarnos desdeñosos ante la Emperatriz de todos los mundos. Ella no dejará de reinar nunca. Sobre el universo aniquilado, deshecho en ruinas, se asentará para contemplar satisfecha el fin de su obra. Cada una de nuestras frentes será tocada por su cetro; á su contacto, como hojas secas, los hombres caen.

Sin embargo, nosotros la miramos con desdén. Todavía el desdén puede tolerarse; mas no puede, en modo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

alguno, permitirse el escarnio hácia la soberana de las soberanas. ¿Habéis visto en viaje al cementerio de Las Palmas el carro de la Muerte?

Visión lúgubre y horrible que ahuyenta el sueño. Es un carro de basura por cuya tapa mal ajustada asoma el extremo inferior de miserable ataud, como un cañón apuntando á la vida. Aquella cosa negra casi terminada en punta es espantosa de ver. Pensáis en no sé que fúnebre contrabando, y la impresión se acentúa al reparar en la facha del conductor, un hombrecillo de aspecto tan cómico que resulta siniestro. Lleva el cigarro en la boca, el sombrero canallescamente echado sobre una oreja, las piernas cruzadas, las bridas caídas. No sabe él mismo si le despacharon para la fosa común, ó para el estercolero. Pasea sus ojos turbios á derecha é izquierda, cual si dijera á los transeuntes:—¡Mirad que *mercancía* llevo!

Pues bien; aquello es la Muerte, es la Emperatriz de todos los mundos envilecida, insultada. Aquel vehículo que va dando tumbos por nuestras calles, es el carro en que, sin epitafio, sin oraciones y sin lágrimas, llevan á enterrar los restos de los recogidos que mueren en el Asilo de los Ancianos. ¡Cadáveres de perros al muladar!

Lo he visto; lo he visto hace tiempo, y me parece que he soñado. Para no volverlo á ver, para que no se repita esa enorme afrenta, doy á la estampa esta macabra nota.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Un hombre original

Admiro á los indivíduos originales y, lógicamente, mucho más me seducen los pueblos que tienen la nota de la originalidad. Ser con características propias, inconfundibles, únicas, es ser aparte, ser de veras, porque así se establece una enérgica diferenciación en la que un hombre ó una masa humana se definen en rasgos especiales.

Las naciones *raras*, como China, me encantan; cada uno de los chinos y todos en conjunto forman un *specimen* de relieve extraordinario. Los celestes lo hacen todo al revés de los occidentales. No sólo hacen sino que piensan lo contrario de lo que nosotros pensamos. Son, moral é intelectualmente, *nuestros antípodas*.

La originalidad individualizada va siendo cada día más difícil de encontrar. La civilización nivela y reduce las costumbres á un tipo uniforme. Nadie levanta la cabeza para distinguirse y singularizarse en esa selva que, disciplinada y recortada por el arte de la jardinería social, parece un parque al estilo versallesco, al estilo de Le Notre.

Pero de trecho en trecho, algún rebelde no sometido se endereza con actitud de árbol salvaje, se abre y se

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

desarrolla espontáneamente, dirigiendo de un modo autonómico su propia vida. Entonces los serviles de la igualdad protestan: ¡muera la rebeldía! ¡entre en linea al punto el sujeto no alineado, ó caiga y sucumba!

Los adocenados y reglamentados toman la originalidad esporádica como una transgresión de la ley común, como un atentado al panurgismo y á la conglomeración vulgar.

El que se originaliza, se insurrecciona. Y la democracia no consiente esta clase de insubordinaciones, aunque se llene la boca hablando de libertades. Hoy, Teófilo Gautier no hubiera podido exhibir su chaleco rojo ni Barbey d'Aurevilly su indumentaria extravagante y heteróclita.

¡Hoy no se puede ser original!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Un "cine" á distancia

Desde mi lecho asisto á las funciones del Circo-Cuyás, en su parte más desagradable. Las oigo sin querer oirlas, que es una involuntaria mortificación. Como penitencia voluntaria, se la recomiendo á los pecadores que se castigan por pecar, si todavía hay pecadores de esta especie.

Pero yo, aunque pecador, no quiero castigarme y, sin embargo...

Todas las noches, cuando el mencionado circo funciona, he de oir *velis nolis* desde mi cama, en lucha con el insomnio, los ruídos que hace *la troupe*. Resulta lo mismo que si *gozase* el espectáculo por fonógrafo ó por teléfono, un fonógrafo muy atenuado, un teléfono muy imperfecto. Sólo se escuchan los jipíos débiles de las cantadoras sin percibir las voces, y las patadas de los bailarines, sin percibir el ritmo pedestre. *Lo acústico* puramente de la fiesta, que me imagino será lo peor.

La distancia quita su sentido á la totalidad de la representación. Llégan me unas vocesillas moribundas que parecen pedir socorro, y resuena con tremendos golpes un tablado bajo unos recios pies que diríase tienen la dureza aplastadora de cascos de caballos...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

¡Brum! ¡brum! bruumm! Una y otra vez, con irregulares intermitencias, mientras la orquesta se desmaya en motivos flamencos.

¿Qué derecho del pataleo es ese?

Yo me acuesto tempranito, como las gallinas, para dormir largamente y despertarme y levantarme temprano; pero el «cine» se opone...

Y desde mi lecho oigo contra mi voluntad unos gemidos sofocados, unos suspiros de violines y unos pisoteos de caballería que ¡ay! me parten el alma y me encalabrinan los nervios.

Paso toda la prima noche cine-reventado.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Los trusts

Esa invención americana de los *trusts* amenaza somete el mundo á una forma moderna de la piratería: la piratería industrial para la caza del dólar.

Enormes organizaciones explotadoras, tienden sus redes y aprisionan en ellas á los pueblos; imponen la ley del más fuerte; organizan una guerra en corso que hace capitular al trabajo, esclavizado y vencido.

Los reyes de la industria yanqui,—con respeto,—parecen más bien jefes de cuadrillas que, en vez de operar en Sierra Morena, operan en el campo financiero y en las Bolsas (con mayúscula, no se vayan á enfadar esos señores).

Los *trusts* son inmensos organismos ofensivos. La fuerza de asociación para el negocio sin limitaciones de moral ni de caridad, los hace indestructibles. Sólo queda el recurso de los *trusts* defensivos que imiten y vuelvan por pasiva el procedimiento.

Pero, desgraciadamente, los pobres explotados carecen del nervio del dinero. ¿Cómo se va á asociar la miseria contra la riqueza, el hambre contra la hartura? En

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

frente de un batallón de lobos nada puede hacer un ejército de corderos.

Los *trusts* nos aplastan, sin remedio. Roosevelt los combatió, y tuvo que cederles y reconocer su propia impotencia.

Representan la colectividad fortificada del egoismo. Y, verdaderamente, el mundo está dividido desde su orígen en dos grandes *trusts*: el de los buenos y el de los malos, el de los hombres honrados y el de los bribones.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El barco fantasma

¿Quién no tiene su barco fantasma? Desgraciado aquél que, después de haber navegado en el fantástico navío cuyos flancos ilumina el sol de la mañana y cuyo blanco velámen riza el aura de la felicidad, no vuelve nunca más á verlo en su horizonte...

El barco fantasma que lleva por lastre nuestros ya desvanecidos ensueños, deja en nuestra memoria una estela chispeante. Va en él todo lo que en nosotros fué juvenil, alegre, riente y amoroso. Vamos nosotros mismos en el desvanecimiento y en la evocación del pasado.

Cuando á ciertas horas nos abstraemos, cuando nuestros ojos se fijan no se sabe en qué punto del espacio y se llenan de lágrimas, es que miramos pasar allá lejos, muy lejos, nuestro barco fantasma... Es que nos figuramos oir una misteriosa voz que desde su bordo nos llama.

Esta voz sale del fondo de nuestro deseo y en nuestro recuerdo cobra vigor. Hablan con ella las ilusiones que se nos han muerto, y nos solicitan con la dulzura con que las sirenas requerían á Ulises. Nos engañan sugiriéndonos la idea absurda de que lo que ha sido acaso pueda volver á existir.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Y nosotros, náufragos que perecemos cerca de la costa, tendemos los brazos al buque que cruza en la remota lejanía y se va sin oirnos, sin detenerse para salvarnos.

Engaños, espejismos, locos anhelos con que la imaginación, esa gran loca incurable, se atormenta locamente.

¡Todo es locura en estas ansiedades que nos arrastran hacia el pasado, *la otra playa* donde dejamos la ropa y el equipaje de nuestra juventud!

El barco fantasma cruza, cruza cada vez más lejos de nuestro horizonte. Pero no hace sino cruzar. La voz misteriosa que desde él nos llama es la propia voz que solloza dentro de nosotros la canción de las cosas desaparecidas.

El barco-fantasma zozobrará en las rocas negras de la extrema vejez y de la muerte. Hasta entonces no lo perderemos de vista, siendo á un tiempo nuestra tortura y nuestra delicia. Mil veces desventurado aquél que deje de divisarlo antes de morir!

Es preciso que ambos naufragios coincidan. Es preciso que el barco-fantasma desaparezca, que las sirenas callen cuando callemos y desaparezcamos nosotros.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El poema del carbón

A esa hora indecisa en que compite «la clara luz con la nocturna sombra,» los hombres negros vuelven de su espantoso trabajo por grupos, en tartana, en tranvía, con el gaznate seco, la voz enronquecida, la mirada siniestra... Parece que salieron de las fraguas de Vulcano; han sudado tinta durante la jornada, y en sus rostros de betún los ojos llamean despidiendo extraños fulgores.

El sudor ha hecho correr sobre la faz el tizne, ha abierto surcos, ha trazado huellas que semejan cicatrices, ha dibujado caprichosos jaspeos. En sus caras embadurnadas la trasudación intensa ha desleído el polvillo de carbón dejando acá y allá blancos irregulares. Diríase que luchan en su fisonomía la sombra y la luz, como en la naturaleza á la hora solemne del crepúsculo... Sus figuras se han desteñido á medias; pero no blanquearán ya nunca. Están ennegrecidas por fuera y por dentro.

Curioso, temible espectáculo ese de la invasión del hollín cuando cae la tarde entre arreboles y se desmaya el día en tintes nacarados y opalinos. Viene la noche

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

juntamente con la negrura húmeda, pegajosa é inquietante de la muchedumbre carbonera. Los desdichados manchan todo lo que tocan; la gente les huye; los chicos les temen como á demonios y se admiran de no encontrarles rabo ni cuernos; la empresa del tren los amontona en un departamento destinado á esta humana mercancía cuyo contacto ensucia y molesta.

Y, sin embargo, ellos solos enturbian todo el cielo y oscurecen toda la tierra! El anochecer en nuestro clima es dulce, poético, melancólico, como el término de un ensueño feliz que precede al comienzo de un sueño enervante, pero cuando se contemplan á los reflejos de la lumbre moribunda esos cuerpos descoyuntados por la presión del fardo, esos rostros enlutados para siempre por la penetración del carbón de piedra, parece que brotan de lo profundo alientos formidables de tempestad!

* * *

Nadie ha escrito todavía el poema doloroso, la tragedia de esa población tiznada que se agita en el tráfago de los grandes puertos. El asunto hubiera sido tentador para el Dante, tan aficionado á empapar en horrores su paleta gigantesca. Entre el corrosivo polvillo que forma una atmósfera artificial de infierno, y se pega á las carnes, y quema los párpados, y excita las fauces, y agobia los pulmones, van y vienen los infelices á vueltas con las enormes piedras de carbon. Creeríase que se disponían á fabricar la catedral negra de Satanás.

No tiene un punto de sosiego su afanar horroroso. Bajo la dirección de capataces blancos que desdecierta distancia los vigilan y gobiernan, se van ennegreciendo día tras día. Sorpréndese uno de que en vez de hablar lenguaje humano no rompan en ahullidos en virtud de la inevitable declinación hacia la bestialidad que se observa entre las multitudes de las minas. Pero no; ese *Mar Negro* es también un *Mar Muerto*. Entre esos desventurados aún no ha aparecido Souveraine.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El color de la muerte les envuelve por doquiera. Viven, respiran, trabajan y envejecen en medio del polvillo homicida, y cuando acaba su mísera existencia, peor que la del forzado en galeras, toda esa negrura se encierra en el ataud del pobre, completamente negro, y ennegrece el suelo de la fosa común, gran vertedero de las supremas miserias... Lo que se arroja allí, en la cima insaciable, no es un cuerpo corrompido, sino un puñado de polvo de carbón...

El carbón prosigue su obra con la inflexible tenacidad de los fatalismos. El también es rey; tan rey como el oro, siquier feo y repugnante; por él alienta la industria, progresa la humanidad, se comunican las naciones cambiándose sus productos é ideas. El también es un poder: tiene su servidumbre, inmensos enjambres de esclavos. Pero nada iguala su feroz tiranía. El oro ilustra ó encanalla, el carbón petrifica y embrutece. El oro huye, el carbón se pega. El oro no se mete por los poros, el carbón sí, y después de vestir de luto el cuerpo, entenebrece el espíritu con una tristeza desesperada ó con una rabia impotente.

...Yo compadezco á los desgraciados que viven muriéndose y asfixiándose en lo negro. Tiznarán las sábanas de sus lechos, aunque se relaven el rostro en las más claras fuentes, tiznarán á sus mujeres con los besos que las den, dejarán por herencia á sus hijos el carbón odioso que los posee y los mata! Ese fúnebre sello, estigma de la miseria y la esclavitud modernas, las cuales, como una fatalidad, se imponen en el seno del trabajo libre, es más indeleble que la sangre en las manos de lady Macbeth.

Muchos de esos míseros carboneros desearán que el carbón concluya pronto su obra, que se encienda y que los *carbonice!*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Un juez modernista

Conocíamos el modernismo en el teatro, en la música, en las artes decorativas y hasta en la ciencia. No sospechábamos que llegara á introducirse también en los fallos de los tribunales. La jurisprudencia modernista se nos antojaba un colmo. Sin embargo, vedla que se entroniza y se hace aceptar y alabar con el presidente Magnaud, de quien tanto se habla hoy en Francia y fuera de Francia.

Modernistas fueron los jueces que absolvieron á Fryné por hermosa, haciendo que Thémis, impecable, se humillara ante la Belleza pecadora, pero llena de magestad y gracia. Modernista fué el fallo con que el sabio Salomón zanjó de un golpe la más ardua de las cuestiones; de donde se infiere rectamente que hubo en lo antiguo maneras de juzgar aproximadas á éstas que ahora llamamos, no sé porqué, novísimas. Nada hay nuevo, mil veces se ha dicho, y es cierto; todo es renovado.

En la jurispericia espontánea de Sancho-Panza se encuentran inspiraciones personales que sin ningún reparo haría suyas el presidente Magnaud. Aquel repertorio de botaratadas y corazonadas jurídicas entraña una sana crítica de la rutina legal que, por órgano de San-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

cho, voz del sentido común, hacía Cervantes. Las más chuscas de las sentencias sancho-panzescas, la de las caperuzas y la de los Perlerines, por ejemplo, colocan el ingenio del juzgador sobre la letra inflexible del texto escrito, inmóvil y petrificado. Se trata de una parodia, pero una parodia que enseña; de una caricatura, pero una caricatura que convence. Al menos, entre las infinitas interpretaciones libres á que ha dado márgen el *Quijote*, ésta puede ser una, y acaso no sea la más arbitraria.

El presidente Magnaud mira y vé más allá de la ley. Contrasta las definiciones de los códigos con los dictados de la razón laborante, y ensancha, endereza, corrige, atenúa ó desenvuelve, según su personal saber y entender, el elemento interno de la legislación formulada, aquel elemento espiritualísimo y libérrimo que se halla á merced del criterio interpretativo. Opone el espíritu á la materia, la conciencia á la forma. En esto consiste su modernismo, loado por unos, reprobado por otros.

Pero repruébeselo ó loéselo, no cabe duda que en muchos casos traduce y aplica la justicia verdadera, dejándose distanciada la tradición histórica como peso muerto. Ello equivale en cierto modo á una obra de secularización. El juez rígido é inerte cual instrumento pasivo de la impersonalidad é insensibilidad de la ley, se transforma en hombre que piensa, siente, medita y discurre; que busca en su fondo propio fuentes de inspiración para bien fallar. De su *yo* pensante y sensible, relacionado con el medio moral social, extrae la esencia de sus veredictos. Se entreabre la toga, y se palpa el pecho; se quita el birrete, y se golpea la cabeza.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Los hombres prácticos

Leyendo á Ruskin, tropiezo con esta frase: «Hay hombres ya tan *prácticos*, que de la raza humana harían legumbres, de la tierra una caballeriza y de sus productos mero forraje.»

¿Los conocéis? Yo bien los conozco; en esta tierra forman legión, y ellos componen la mayoría y dan el tono. Diríase que el gran escritor inglés pensó en ellos al expresar el juicio que dejo copiado; pero, realmente, lo que ocurre es que los hombres prácticos de aquí, y los de allá y los de todas partes, se asemejan. Dentro del tipo general, las variedades son escasas é insignificantes; se reducen á modificaciones características del medio.

Esos que bien desearían convertir la raza humana en legumbres, hacer materia comestible ó amonedable la humanidad y forzar la tierra para que produzca enormemente, hasta el agotamiento, en provecho exclusivo de la minoría explotadora; esos que absorben y retienen la capacidad productora de las naciones, esos que han decretado la proscripción de los intelectuales por inútiles y de los poetas por locos, esos que representan el vacío mental y la plétora material, empedernidos como la co-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

dicia é intransigentes como la ambición, esos han llegado á ser los amos.

En ellos se produce hasta la simulación del talento, fenómeno raro que consiste en aparecer la suerte propicia, la audacia vencedora, la moral despreocupada, el rebajamiento sistemático y *oportuno*, bajo los aspectos del genio personal á los ojos del vulgo ofuscado. La fortuna deslumbra y quita la clara percepción de las causas que la producen, no tanto á los que la gozan cuánto á los que la admiran y la envidian, cegados por sus resplandores.

Y los hombres prácticos de Ruskin suelen resultar monstruos de inteligencia. Pocos creerán que los omnipotentes millonarios yanquis no sean, necesariamente, aventajadas capacidades cerebrales. Se piensa que no hay manera alguna de hacer esos gigantescos amasijos de oro sin un esfuerzo prolongado del intelecto. Y no se adivina que á veces el oro está manchado de sangre, sangre vertida por causa de la tiranía que el capital impone al trabajo, por la crueldad de los grandes despotismos industriales. No se sospecha que la astucia, la desaprensión y el mercantilismo sin entrañas fabrican con labor obscura y quizás homicida esas áureas torres desde cuya cima los Nababs lanzan su impío grito de dominación.

Para construirlas, para mantenerlas, para aumentarlas constantemente en altura y en anchura, los hombres prácticos de que nos habla Ruskin bien querrían convertir la raza humana en legumbres, la tierra en caballeriza. Que para levantar sus *Pirámides* arrastraran piedras las generaciones de los nuevos esclavos, y que muriesen, destrozados, aplastados, para alzarlas á las nubes...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Noche y mañana

...Veía caer las sombras del crepúsculo lentamente, lentamente... Bajo el aleteo de la noche, que avanzaba rozando las cumbres, se apagaban los últimos fuegos de la vida, morian los últimos rumores del trabajo, los últimos afanes de la lucha... Ganóme un desfallecimiento infinito; parecióme que yo también iba á morir. Si todo se extinguía y se acababa, ¿qué había de hacer mi pobre alma, viuda del amor y divorciada de la esperanza? La sentía batir sus alas como si quisiera irse con las caravanas de pájaros que pasaban piando una desolada canción.

Rocío de lágrimas acudió á mis ojos, mientras las nubes también lloraban. Lloraba la naturaleza entera. En esas horas de tristeza insondable, es cuando se comprende que vivir en último término es llorar, y que cesar de llorar es morir.

Sentía sobre mí la mortaja inmensa de la sombra que envolvía los campos, y mi cabeza se doblaba, cargada de pensamientos dolorosos. Apuraba la amargura del *tedium vitæ*, próximo á lanzar este grito rebelde:

—¡Basta, Señor!

En tal momento, una risa alegre sonó á mi lado, y

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

uno de mis jóvenes amigos se me acercó y me habló así:

—¿Verdad que es hermosa la caída de la tarde?

—¡Diferencia del punto de vista!... Cuando se empieza á subir la gran cuesta, cantan dentro del hombre, aun en medio de la noche exterior, las alondras, enamoradas del alba: cuando se ha avanzado en la subida aun en medio del día radiante, gime y solloza en nuestro corazón el ave nocturna de las ruinas y de las tempestades.

. . . . . .

Sin embargo, sigamos, sigamos... Mi amigo adolescente tenía razón.

—Considera, infeliz—decíame,—que mañana amanecerá...

—Mañana, sí, mañana... ¡Adelante, juventud! Cuando estoy contigo, yo, que vivo en el crepúsculo, me figuro que voy al encuentro de la mañana, y creo, y amo, y espero...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Negro en blanco

Declaro que el blanqueo de los negros es un tema que me seduce: por eso vuelvo hoy á él, cautivado é intrigado.

Ya tenemos el modo de blanquear los cuerpos. Habiendo pecunia y paciencia, cualquier negro bozal se somete al procedimiento, y queda blanco y hasta blondo. Se coge un hombre de color de pez, se le aplica convenientemente los rayos X, y cátate que sale de la operación transformado en un europeo de *doublé*. Se trata la cabellera crespa del *neófito* por medio del agua oxigenada, y resulta un rubio fusilable.

Muy bien. ¿Pero cuándo se descubrirá el secreto para hacer que blanqueen las almas negras?

Sería más importante conseguir esto que no la maravilla de volver, físicamente, á un negro blanco; porque la invisible negrura interior nos preocupa y nos aterra como al viajero el bosque inexplorado, lleno de seres enemigos...

¿No habrá unos rayos X, de eficacia espiritual, capaces de tornar blanca un alma negra?

***

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Las razas obscuras, emblanquecidas, ¿se redimirán? Es dudoso. Pesa sobre ellas un fatalismo que sólo en parte depende del color de la piel. Hay otras causas determinantes de ese hecho histórico. El camino de la regeneración lo han trazado algunos pocos negros conspícuos, y lo sigue en la actualidad Washington Booker, el insigne negrazo norte-americano á quien tanto considera el ex presidente Roosevelt.

Pasto de instrucción omnímoda para los negros rebaños, y ellos saldrán por sí solos de los establos y los rediles de la servidumbre, la cual persiste á pesar de las leyes antiesclavistas porque esos pobres pueblos no ven, no conocen, no saben...

Sus escasos redentores han trabajado en vano. Y con emblanquecerlos artificialmente no se logrará engrandecerlos.

***

Imaginad un negro-blanco que conserve intacta su manera de ser intelectual y moral. Será un sepulcro blanqueado.

Lo que importa es que de ese sepulcro salga el milagro de la vida...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Alto silencio

El *silencio intelectual* que aquí guardamos como regla inviolable de una especie de Trapa de los entendimientos, hará creer á los forasteros que nadie, ó casi nadie, piensa entre nosotros. Si alguno piensa, pensará para sí, en un hondo monólogo sin palabras. No se escribe, no se lee, no se examinan los problemas de elevada significación y verdadera importancia social; no se convierte el sentimiento regionalista en obras, siquiera ellas hubiesen de ser muy humildes. Las pocas sociedades instructivas que tenemos, convencidas hasta la saciedad de que el programa de la instrucción no atrae, se dedican á la danza.

Y forma contraste con este *alto silencio* el vocerío ensordecedor de la feria política y de la feria mercantil. En esos campos se grita desesperadamente por lo mucho que deja de pensarse y de hablarse en los desolados reinos de la inteligencia; se grita en tal forma, en tan agudo tono, que apenas alguna que otra voz de inspiración, de culto religioso á las ideas, se oye. Está cerrado el templo de Minerva y abierto de par en par el templo de Jano.

Con razón se ha dolido amargamente Rodríguez Pi-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

gueroa del vacío cerebral en que nuestra juventud vejeta agotándose. Domina en las altas regiones una calma de muerte, mientras en las bajas se perpetúa una agitación insana y funesta. Sólo se percibe este bullir de los mercaderes que trafican con la patria: más arriba, al parecer, no vive gente.

Lo peor es que la fé ha perecido, y ya no nos queda ni la posibilidad lejana, alentadora, de una resurrección.

Diríase que nuestros muertos lo están definitivamente, como Lázaros enterrados cien pies bajo tierra, á quienes no tocará el milagro. Lo peor es que ya no se espera el prodigio, y cesar de esperarlo equivale á firmar la sentencia de la propia anulación, abdicar el privilegio del pensamiento, y aceptar resignadamente el sueño del *nirvana*.

Surge de repente una chispa de intelectualidad, y se apaga al punto. Brilla con estelares fulgores, y nos engaña, porque no es más que un fuego fatuo. En los cementerios,hasta los astros toman aspecto de lucecillas del pantano, y se eclipsan pronto. Los matan la corrupción y la frialdad. Consumen en un instante su propia energía, pasando como exhalaciones.

¿Quién piensa aquí—podriamos preguntar repitiendo frases de Larra,—¿son los comerciantes de la gran feria, ó los callados, los ensimismados intelectuales que, en un faquirismo estéril, se desvanecen y se impersonalizan en la contemplación interior?

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Los Ingleses

Ya llegan, ya llegan. El invierno los trae, y víenen como nuncios del invierno; pero no del que en estas regiones halaga en vez de azotar, sino del que en mucha parte de Europa castiga, hiere y mata.

Esos nuestros constantes huéspedes de la estación enemiga, le huyen y le burlan. Escapan desde que apuntan los primeros frios, en atropellada emigración. Invaden nuestro país lenta, pero continuamente, hasta que ceden los rigores invernales, allá por las cercanías del «oloroso Abril.» Entonces recogen con prisa sus bártulos y á grandes zancadas, como vinieron, se van.

Pero antes miden la isla de uno á otro extremo, la recorren en todas direcciones, la exploran, la escudriñan, la interrogan, la husmean, «la huelen». Del mismo modo su raza, gran raza emigradora y cosmopolita, ha recorrido el planeta entero. No iréis á ningún punto, «desde el helado al ardiente polo»—que dijo Rubí,—sin encontrar la huella de un zapato inglés, zapato enorme siempre que, por su mismo tamaño, es excelente medida superficial.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Por donde quiera que paséis habrá pasado delante llevándoos notoria ventaja un hijo ó hija de Albión (estilo cursi). Ellos parten siempre primero y, por consecuencia, han de llegar también primero que nosotros. Andan apresurados y llegan sin cansancio. Madrugan, corren, vuelan, imperturbables pero diligentes, movidos de esa curiosídad británica que es, indudablemente, una fuerza.

¡Curiosidad intensa, creadora, histórica y tradicional! La nación curiosa, por serlo, se ha adueñado de la mitad de la tierra. Curioseando, ha hecho el inglés sus conquistas. Mete las narices antes de meter los piés, y ve crecer la hierba á través de su monóculo.

Al fin y al cabo, esa curiosidad inglesa nos ha sacado del olvido y de la pobreza á nosotros, infelices canarios. Nos ha dorado la jaula y nos da alpiste superior.

¡Bendita curiosidad!

Dejemos que nos miren y hasta que nos huelan.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Conócete á ti mismo

Esta gran máxima de la sabiduría antigua, no tiene sentido para la mayor parte de los humanos.

Ni nos conocemos ni conocemos á los demás; pero creemos conocernos y conocer. La imbécil frase carnavalesca *te conozco*, responde á una universal preocupación, denotando al mismo tiempo una de las impotencias radicales y fundamentales del hombre.

No sería quizás un bien que nos conociéramos, pues entonces nos faltaría el soporífero del ensueño y de la ilusión, divinos espejismos de la vida; pero el ignorarnos y el ignorar nos obliga á caer en una esclavitud que no tiene rescate. Vamos ciegos, caemos en innumerables precipicios. Somos injustos y, á las veces, parecemos locos.

Podría, sin embargo, sostenerse la tésis pesimista de que la ceguera y la locura valen más que la visión clara y la razón plena para los efectos del buen vivir. No importa. Los que no ven, quieren ver; los que están dementes querrían, si pudieran querer, reintegrarse á la plenitud del juicio.

El *nosce te ipsum* fué escrito, desde el comienzo del mundo, en el frontispicio de la filosofía. Y toda la evolu-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

ción de la ciencia responde á ese anhelo que guía el trabajo de los sabios.

Pero el caso es que ni siquiera sé si yo soy yo, ó si tú eres tú.

El caso es que veo el mundo por mi prisma, individualmente, é ignoro como es en realidad el mundo.

Y cuando digo: *nosce te ipsum*, se lo digo al tonto y al discreto, y me lo digo á mí mismo, sin saber si soy discreto ó tonto.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Confirmación

Un campesino de Gran Canaria que había llegado á hombre maduro sin recibir el sacramento de la confirmación, quiso cumplir, aunque á deshora, este mandato de la Iglesia.

Vínose desde la Cumbre, es decir desde el Limbo, á que lo confirmaran.

Se encontró con un cacique, y lo confirmó borrego. Se encontró con un maestro de escuela, y lo confirmó borrico.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Adán y Eva

Perdimos el Eden por culpa de la curiosidad malsana de Eva y la debilidad de Adan; pero no hemos vuelto á ganarlo por el ejercicio de las virtudes contrarias á los defectos que nos lo hicieron perder. Ese envidiable Adán, esa maléfica Eva, están en cada una y en cada uno de sus remotísimos descendientes.

Y lo más triste del caso es que cada uno y cada una se preguntan, al tropezar con su serpiente respectiva y al verse expulsados de su respectivo Paraíso:—¿Pero, señor, qué participación me cabe *todavía* en aquel viejo *negocio* de los cuatro días edénicos, ni que tengo yo que ver con que Eva fuese una casquivana y Adán un calzonazos?

Y ello es, sin embargo, rigurosamente cierto que Eva y Adán nos enturbian el agua, nos corrompen las intenciones y nos envenenan la vida. De nada nos vale no haber catado la manzana simbólica, ni habernos propuesto esquivar el contacto de la tentación representada en la culebra paradisiaca, *boa constrictor*, ó lo que fuera aquel maldito animal. Estad seguros de que, á su ho-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

ra, vendrá la serpiente, se mostrará roja é incitante la manzana, comparecerá Eva irresistible, y vos seréis Adán para los efectos de caer, ser condenado y encontraros perdido.

No hay remedio. El drama-sainete del Paraiso es el eterno sainete-drama de la humanidad. Adán, Eva, manzana y serpiente componen la máquina dramática que apareció montada en el escenario del Eden, al divino claror del alba del mundo, y que los dramaturgos han seguido montando y desmontando. En este sentido, Jehovah es el precursor de Don José Echegaray, á quién España tributó honores excepcionales por lo bien que en sus dramas ha sabido manejar, llevar y traer á Adán y Eva, la serpiente y la manzana.

Suprimid estas distintas formas de la tentación; suprimid la víctima en la figura del eterno Adán, y las fuentes de la realidad dramática quedarán secas.

Pensad en que Adán y Eva, cuando cambiaron la piel, cuando abandonaron entre las zarzas del Paraíso el inmaculado vestido de la inocencia, vieron el mal de golpe y nos lo legaron como herencia. En aquel mismo momento, nació con el gérmen del malvado Cain la idea del fratricidio, brotó la infame pasión de la envidia, fueron adivinados y comprendidos el incesto y el adulterio. Las sierpes de las pasiones se enroscaron al cuerpo de Adán y al de Eva. Materialmente, *nos reventaron*... Gracias que quedó la virtud, encarnada más tarde en Abel para ser sacrificada, como lo ha sido después, como lo será siempre.

¡Soberbio símbolo! No nos vale decir: ¿qué culpa tenemos nosotros de lo que pasó aquel día nefasto?

Ahí está Eva, ahí está la serpiente, ahí está la manzana, y ahí está Adán.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El "Rastacuero"

Esta palabra nueva, tomada del francés, designa á los americanos de quienes Paris se burla con un desdén suave. Son los mismos que la orgullosa Roma llamaba bárbaros; no venidos del septentrión solamente, sino de los cuatro puntos cardinales, sobre todo de las tierras opulentas de América. Dorados levemente, superficialmente al fuego de la civilización europea, el refinamiento parisién descubre en ellos, apenas raspado el barniz de cultura, la fibra del gaucho ó del Piel Roja.

El rastacuero es también *snob*, otro vocablo novísimo que hemos acogido ya en nuestro idioma para significar el gusto excesivo, cursi, por las novedades estrepitosas y chocantes. Imita con servilismo simiesco las actitudes, las costumbres, los gestos de los hombres que se propone por modelos; vive atormentado por el afán de aparecer distinguido; afecta una elegancia de rebusca; se empeña en deslumbrar con su riqueza, y rinde homenaje al tamaño más que á la calidad de las cosas.

El tipo perfecto de rastacuerismo lo encontramos entre los americanos del Norte, bien que no falten ejem-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

plares curiosos entre los americanos del Sur.Los brasileños cargados de brillantes, dándose en exhibición ostentosa, y los peruanos y argentinos tirando á manos llenas los patacones, suministran muchos rastacueros. París los mima, los explota y, con disimulo de cocota bien educada, los escarnece.

La psicología del rastacuero no es más intricada que la de los advenedizos vulgares; en el fondo muéstrase al desnudo el primitivo. Figuras de trapo infladas con el humo de paja de la vanidad, acaban por creer que su persona constituye el centro del mundo. Para llamar la atención, harán las mayores extravagancias; con tal de que se les juzgue ó se les llame ricos y originales, espléndidos y afortunados, no repararán en gastos. Abren la bolsa para pagar el bombo, hacen *poses* costosas para la galería internacional.

Y son reyes bufones de quienes se ríen sus cortesanos encubiertamente. A las claras no, porque al fin ellos son los amos, supuesto que son los dueños del oro, los grandes taumaturgos modernos.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Las tiendas

Hombre *de una gran tienda* significa entre los árabes argelinos hombre de familia ilustre. Existe una aristocracia religiosa, guerrera y feudal en el escalafón de aquellas tribus que avanzan desde las montañas al desierto.

La tienda es la sola casa del islamita del interior de Argelia y Marruecos. Trashumante, aventurero, nómada, la lleva consigo y la arma y la monta allí donde se lo ordena la necesidad, al azar de sus correrías. Bajo sus lonas rinde adoración á Alah y al sol, ese rey de Africa, como lo ha llamado Maupassant. Cerca de la tienda el caballo, con las patas trabadas, aguarda á su jinete. Los escorpiones hormiguean en las cercanías, y á lo lejos se oye el grito lúgubre del chacal.

Esas tiendas remedando un campo inmenso de hongos, cubren la llanura. Sobre el campamento parpadean y guiñan las estrellas, las sublimes estrellas del cielo africano que tienen *una mirada húmeda*. Está todo sumergido en profunda paz; el aire duerme, como los seres y las cosas. La tierra calcinada, echa un aliento de horno.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Súbito, se forma en el horizonte un punto obscuro que el árabe vé, aún en medio de las tinieblas. Aquella mancha débil y borrosa crece, tórnase opaca, ensancha sus contornos, llena toda la extensión del cielo. Es una nube siniestra; es el polvo que viene en alas del viento; es la tempestad del Sahara que se precipita. Las invisibles é impalpables partículas térreas se meten en las gargantas, en los ojos, en las narices, en los oídos, en los poros. Un sudario rojizo envuelve la naturaleza. El árabe arroja un aullido tan estridente como el del chacal, y corre á asegurar las tiendas con grandes piedras.

Pero no hay piedras ni estacas capaces de defenderlas contra la tormenta, contra la furia del páramo, hecho viento y polvo. Todas vuelan como enormes pájaros nocturnos que llevan la misma velocidad del huracán. Nada permanece en pié. Los árabes caen de hinojos, el rostro pegado á la tierra, *clamantes en el desierto...*

Perdieron sus casas, sus provisiones, sus caballos. Terrosos, bermejos, parecen los gusanos de la muerte que ante la muerte se aterran...

He ahí lo que es en la naturaleza una revolución. Y arriba, impávidas, sonríen las estrellas, que son para el árabe los ojos de Alah.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El "reclamo" en Grecia

Los griegos eran artistas y, sobre todas las perfecciones, admiraban la belleza de la figura humana. Cuando alguna de aquellas mujeres archihermosas que producía la raza selecta creadora del Arte, aparecía en las calles de Atenas ó de Corinto, seguíanla las muchedumbres extasiadas.

No echaban á sus plantas la capa ó el sombrero para que los hollase con su pié brevísimo, como es costumbre de la galantería andaluza, pero consta que la multitud, completamente cautivada, prorrumpía en un murmullo de admiración. Hasta el perro de Alcibiades sentíase emocionado, seducido; no pudiendo mover la cola, porque su dueño ilustre se la había cortado, movía las orejas, inquieto y nervioso. Recorríale el cuerpo un escalofrío, según asegura con mucha gravedad un historiador helénico. Ibase tras de las hetarias, y érale imposible á su perínclito amo contenerle dentro de los límites de la prudencia.

En Grecia, los mismos brutos, á pesar de serlo, se vencían al halago é imperio de la forma bella. Los modelos humanos de las estátuas de Fidias tenían pedestales en los hogares atenienses. Triunfaba en todo torneo lo más hermoso. El Foro era un templo á cielo abierto

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

donde el pueblo-artista se tributaba adoración á sí propio. Apolo y Antinóo encarnaban el sentido antropomórfico del helenismo, la eterna religión humana.

Y no faltaría tampoco algún empresario de espectáculos públicos que hiciera á la belleza femenina materia útil de eficaz reclamo. En los carteles anunciadores usados por aquellas calendas, se leería, verbigracia, un aviso de esta ó semejante guisa:

«Mañana honrará el estadio con su presencia la encantadora, la divina Thais. Sabedlo, ciudadanos!»

Y á continuación quizá apareciera retratada la diosa por mano de un hábil pintor ó de un literato ingenioso. Pintada ó descripta, su hermosura sin par sería puesta de relieve: frente, nariz, ojos, boca, cabellos y cejas, tendrían su debido encomio. Y el anuncio terminaría, probablemente, con esta excitación al público: ¡Venid los que no la conocéis, venid y os convenceréis!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

La escarcela romántica

Son en el fondo los ingleses unos grandes ingenuos y, por añadidura, unos humoristas de primera fuerza. Observándolos de cerca y bien, adviértese que cogen en la superficie de la vida florecillas efímeras de lo cómico y lo ridículo para deleitarse en los intermedios razonablemente. Aspiran un rato su aroma, las arrojan, las pisotean, y luego vuelven á su imperturbable seriedad británica.

Si añadís una buena dósis de humor lúgubre á esta disposición general, tendréis á Swift; si agregáis una buena dósis de humor extravagante, tendréis á Tomás Carlyle. Si no añadimos nada, en el plano indefinido de lo vulgar encontraremos con frecuencia tipos y caracteres sorprendentes, difíciles de clasificar y comprender para nosotros los latinos.

Niños grandes que corren, brincan, palmotean, se extasían ante una nonada; militares veteranos que se entretienen en cazar mariposas con la red de los enamorados en los poemas idílicos; mocetones que juegan sobre el césped singulares partidas de billar; niñas que cantan, entornando los ojos, con expresión seráfica, inocentísimas, monotonas canciones; corredores que bai-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

lan en la Bolsa de Londres al recibirse la noticia de una victoria del ejército inglés, y tiran por alto sus chisteras, y se abrazan, y se despepitan.

Pero ¡qué raza tan fuerte, qué hermosa raza! Esas apariencias ligeras sólo surgen en ella durante los intermedios. En cambio nosotros, habitualmente frívolos, desinteresados de todo negocio grave, si por ventura nos formalizamos, hacemos una barbaridad.

***

Me han hablado de un huésped del hotel Taoro que colecciona piedras; pero ¿qué piedras pensarán mis lectores que reúne? Pues las que le tiran por los caminos los muchachos astrosos é insolentes del hampa campesina. Recibe mi inglés una peladilla, y en vez de enojarse, corre tras ella, la recoge y la guarda en una bolsa que muestra orgulloso, cual si mostrara un trofeo. No da dinero á los chicos, para que le acaricien con guijarros. Y de este modo ve crecer cada año su colección.

Y á quién le pregunta por el contenido de la bolsa, le responde festivo y sonriente:—*Mochachos tirarme apedreamienta; yo guardarla.*

Profundo filósofo es ese inglés, originalísima es su escarcela. Todos deberíamos guardar así las piedras que recibimos en pleno cuerpo á través de los caminos de la vida. En lugar de irritarnos, ¿porqué no hemos de hacer lo que él hace? Recoger los balines del arroyo y mostrarlos con un gesto de soberano desdén. ¡Oh, si yo hubiera coleccionado y mostrara las muchas piedras que me han herido mientras transitaba los espinosos senderos donde se han destrozado mis pies y mi corazón! Mi tejado está intacto, porque no es de vidrio.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Saber escuchar

Entre oir y escuchar existe por diferencia la voluntad: el que oye, percibe sonidos sin proponérselo, y el que escucha ejercita siempre un acto voluntario, *quiere*.... Oímos hasta lo que no nos agrada, y escuchamos lo que nos conviene solamente. Suelen confundirse ambos verbos, de la propia manera que se identifican con error otras muchas palabras; pero la verdad es que cada uno de aquéllos denota una acción distinta.

Una frase vulgar marca muy bien esta distinción. A cada paso se dice: *el que escucha su mal oye*.... ó lo que es igual: el que voluntariamente abre el oído para recibir impresiones sonoras, se expone á oir lo que no le place ni le conviene. Se ve, con evidencia, que oir no equivale á escuchar.

Pero ocurre además frecuentemente el caso de que, aun queriendo escuchar, muchos no escuchan, *por que no saben*. Su voluntad aparece viciada por hábitos de incultura y de impaciencia. Prestan á sus interlocutores una atención turbulenta é interrumpida que no les permite escuchar con eficacia ni permite á los otros hablar con desembarazo y lógica.

En los debates familiares, esto se patentiza á menu-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

do. Los que discuten se quitan la palabra de la boca, no se hacen cargo de las razones opuestas, y convierten la disputa en un pugilato oral que á veces degenera en material, bárbaro boxeo. Lo que comenzó siendo tranquila discrepancia de pareceres, termina asumiendo el carácter de algarabía comadresca en que pretende decir la última palabra el que grita más fuerte.

Así contienden, por deficiencias lamentables de educación, los patanes, los hombres *sin letras;* pero suelen incurrir en el mismo exceso las personas más letradas y educadas. De cien individuos no hay tan sólo diez que sepan escuchar lo que los otros hablan. Se anticipan al razonamiento ajeno, lo cortan ó lo cubren con su propio vocerío y, á veces, agotada la energía vocal y verbal, ponen el recurso supremo en los puños. A estos vociferadores se hace preciso repetirles la célebre frase antigua: *pega, pero escucha....*

***

Para esto sirve la palabra, esa espada espiritual de combate, cuando se la emplea al modo de una maza que derriba bueyes. Descargan con ella golpes bestiales, como sobre un duro testuz, los discutidores intemperantes; pero no logran asestar un golpe de esgrima caballeresca. Rompen el arma enemiga, porque es delicada; pero el triunfo que alcanzan no es el triunfo de la razón, sino el de la brutalidad.

Así se acostumbra á discutir en los círculos, en los cafés, en los corros callejeros, donde quiera que la discusión, demasiado libre, rompe la valla de toda ley y pega, para no escuchar...

Así discute el carnicero con la res que se subleva ante el machete. Le endereza con buen pulso unos cuantos machetazos, y la calla y la vence. También él pega pero no escucha.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

¡Es un romántico!

Desgraciado, desgraciado mil veces aquél de quién se diga en tono compasivo que es *un romántico!* La palabra, muerto el romanticismo en la literatura, ha quedado para designar á los retardatarios, á los recalcitrantes, á los *rebeldes* que no aceptan íntegra la comun moral social de nuestros días

Se rebela el que no comulga en cada una de las prácticas consuetudinarias y consentidas de esa moral de manga ancha; el que muestra escrúpulos monjiles cuándo le proponen hacer una bribonada que la depravación del vulgar sentir llama listeza; el que sigue nombrando, *con sentido histórico*, las cosas por sus nombres verdaderos, y condena enérgicamente el robo, siquier sea disimulado y sobre seguro, la falsedad, la mentira, el lucro ilícito, el homicidio consumado sin veneno ni puñales, la traducción del severo concepto del pundonor clásico á esta lengua corrompida por donde exhalan su suciedad las almas, más corrompidas aún.

Calderón ha pasado de moda principalmente porque sus encarnaciones trágicas de los viejos *prejuicios* morales no se acomodan bien en nuestro ambiente *libre*.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Nótese como esta palabra *libre* que aquí empleo significa asimismo la modernización de la libertad. No hay yugo que no estorbe y no se pugne por romper, hasta la cadena de los respetos y los deberes que el hombre *antiguo* apretaba voluntariamente en torno de su persona. El desórden de la conciencia moderna se proyecta muy vivo, muy claro, en las obras múltiples de nuestro arte, y, roto el código calderoniano, la producción literaria, espejo del estado social, suele ir dando tumbos desde el Aretino al marqués de Sade.

Murió el romanticismo en las letras, pero no ha acabado de morir en las costumbres. Todavía se presentan casos aislados y peligrosos que exigen un tratamiento curativo enérgico. El que no acepta la ley, está fuera de la ley; hay que tratarlo en consecuencia. Y la frase de los tiempos de Larra: *Es buen muchacho, pero es poeta,* se ha sustituído por esta otra: *Es buen muchacho, pero es romántico...*

¿Sabéis lo que con ella se quiere decir y efectivamente se dice? Que *el atacado* no se reduce de ninguna manera á admitir los acomodamientos fáciles, las transacciones y las abdicaciones por cuya virtud tantos y tantos triunfan; que va en escasa compañia por su camino y no llegará á ninguna parte; que no tiene flexibilidad acomodaticia ni mundologia, ni, si á mano viene, sentido común; que es un iluso, un soñador, un tonto, un loco, un *romántico...* Al fin apareció la gran palabra explicativa.

Concluído el romanticismo literario, permanece en pié este otro romanticismo moral del que nada saben, nada entienden, nada toman los infinitos *amorales*. He ahí otra palabra de invención reciente y rápido curso que explica muchas cosas antes censurables, lícitas hoy.

Pero no cabe duda que adelantamos. Dividimos, por ejemplo, nuestras huestes en naturalistas y románticas, resucitando formas muertas en la literatura.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Los naturalistas tienen garras, los románticos tienen alas. Estos últimos disminuyen cada día, y cada día oímos pronunciar con mayor lástima: *Es buen muchacho, pero es romántico!*

Aquél de quién esto se diga, necesita, imprescindiblemente, transformar las alas en garras.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Los dos ciegos

Pasan diariamente bajo mi ventana, cogidos del brazo, guiados por su lazarillo, un muchachón que los lleva á remolque. Desde lejos oigo con intermitencia sus voces cascadas, *resquebrajadas*, y los quejidos de sus guitarras plañideras. Cantan, cuando sin duda tienen muchas ganas de llorar: por eso las coplas que lanzan al aire me llegan como el eco prolongagado de un sollozo.

Son los eternos ciegos que atraviesan la vida buscando una mano que les sostenga. Así la buscan, perdidos en el bosque, prisioneros de las tinieblas, los ciegos de Maeterlinck en aquel drama sublime que roba el sueño á quién lo lee.

Estos parecen dos muñecos siniestros. Tiene el uno las cuencas vacías; el otro muestra unas pupilas sin color, empañadas, manchadas, terriblemente fijas... Y este último, además, mientras tañe el guitarro con mano trémula, mueve la cabeza á un lado y otro con movimiento automático que aumenta la semejanza indicada.

Cantan como si les hicieran cantar á lampreazos, como si cantasen hostigados por la exigencia y por el temor de un amo tiránico.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Su amo, amo verdaderamente odioso, es el público callejero que los apedrea con monedas de cobre. La limosna cae en sus manos sin que sepan ellos, los desventurados, de donde viene, quién se la procura. Y para ganarla, para merecerla, se desgañitan en un cantar desesperado.

A lo mejor, entonan una canción amorosa, ellos que tal vez no sepan lo que es amar, porque acaso no hayan sido amados nunca. Y hablan de las bellezas y atractivos del mundo en sus canciones, ellos, que del mundo lo ignoran todo, porque en el mundo nada ven... Y cantan la forma, y la línea, y el color, apasionadamente, cual si en una visión perfecta, concentrada, los percibiesen dentro...

El lazarillo les abandona á ratos para irse á flanear, y mis ciegos se enlazan y se agarran más fuerte, llenos de vago terror...

Así andan, andan, andan, atravesando la vida, apedreados por la limosna...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

La mula-ánima

Una de las preocupaciones más arraigadas entre los campesinos de la Argentina, en la región próxima á los Andes, es la que se representa en el título de este artículo: la mula-ánima.

Rafael Obligado tenía el propósito de consagrarle un canto poético, que no sé si ha llegado á escribir. De labios del autor de «Santos Vega» oí yo el relato de las aventuras de esa extraña bestia encantada, vagando eternamente por las asperezas de la cordillera, entre la nieve, bajo el rayo melancólico de la luna, llevando á los lomos blancos fantasmas.

Historia de hechicería, su condensación caprichosa constituye una de tantas formas de la superstición popular. La población de los campos en todas partes presenta los mismos caracteres, caracteres cuya similitud de fondo al punto se echa de ver. Las brujas del Mediodía y los singulares mitos del Norte, formados de bruma, vaporosos y metafísicos, no son á la postre ms que aspectos distintos que toma la cándida fantasía del pueblo, ese eterno niño medroso, al traducir las visiones de sus sueños.

También en la Pampa infinita hay brujas; no ha podido barrerlas el »pampero», viento ciclónico que arrebata en sus trombas las rancherías y hace cabecear vio-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

lentamente al ombú. También por los contra-fuertes gigantescos de las ciclópeas formaciones andinas vagan errantes, como habitadores de un mundo fantástico, séres de ensueño, séres de pesadilla. La mula-ánima destaca allí su silueta inquietante, dominadora de las heladas soledades. El viajero extraviado la ve venir, llegar, alejarse, sin poder tocarla jamás. Es un alma en pena, según la creencia de la sencilla gente campesina. Está sentenciada á caminar sin tregua hasta el día de la redención, llevando sobre sí ginetes aéreos é invisibles.

El gaucho, ese nuevo centauro, en cuyo ánimo fuerte ninguna otra cosa pone miedo, habla de ella con temeroso respeto. El caballo veloz que le lleva en sus correrías por la llanura sin límites, si acaso llegara á verla retrocedería asustado. Nadie ni nada conserva la serenidad ante el misterio del otro mundo que va con la mula-ánima. Su paso silencioso y lejano traza una huella espectral desde las ingentes cumbres hasta las cabañas del llano donde, al pensar en ella, un terror religioso sacude á las buenas gentes. Sólo el condor la roza con su ala blanquísima, tan pura como la nieve.

Y la bestia encantada sigue, sigue su ruta incierta por entre las escabrosidades de la cordillera, deslizándose, batiendo el hielo con sus cascos luminosos, como avanzada de una cabalgata de místicas Walkirias que nunca aparecerá. Sobre su grupa una forma indefinida se mantiene y prosigue un viaje loco, sin itinerario y sin término.

¿No pudiera verse en esa fantasmagoría altamente religiosa y poética un símbolo del destino humano? Así vamos nosotros, sin saber á donde vamos; nuestras cabagalduras en vez de conducirnos rectamente al puerto de refugio, al templo de asilo, nos llevan á naufragar en las playas de la muerte. Esta es la primera etapa del viaje: hacia la muerte, sí, caminamos; la mula-ánima camina hacia la redención. Nosotros, sin falta ninguna, llegaremos.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El baile de los niños

La pequeña república infantil está agitadísima. Los niños que ensayan su primer baile traen á los papás al retortero. Y los papás, más niños aún que sus hijos, para enseñarlos á bailar, bailan. ¡Oh puros goces de la paternidad, sin mezcla de mal alguno!

Sueñan los chiquillos y sueñan los padres; porque si en las cabecitas de aquéllos, se enciende la ilusión, en las cabezas de éstos se enciende la vanagloria. ¡No hay padre y, principalmente, no hay madre que no anhele ver al *suyo*, á su único vástago, ó al preferido, luciendo y triunfando sobre el concurso de danzarines!

Esto parecerá una trivialidad; pero en el fondo es un sentimiento simpático y loable. El mayor cariño toca por sus extremos en lo santo y en lo pueril. Los padres que contemplan demasiado á sus criaturas se embobecen, y los abuelos que se miran demasiado en sus nietos se aniñan. La infancia es la gran conquistadora: su contacto achica y engrandece al propio tiempo, aunque ello resulte contradictorio y paradógico.

Reina en estos momentos en los hogares una preocupación tiránica: el baile próximo. Las madres y las modistas mueven la aguja para los pequeñuelos; con-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

sultan figurines, escogen trajes, cortan telas. Piden su parecer á los padres, y éstos, sin olvidarse de que deben ser hombres formales y sesudos, dicen:—Viste bien á los chicos, ó no los vistas de ninguna manera. Nada de mamarrachos.

El paternal orgullo asoma en esta frase. Que vayan los mocosos como conviene, ó que no vayan; vale decir, traducida la intención, que honren á sus progenitores ó que se queden en casa.

La competencia de los padres hará que los hijos lleven al teatro lucientes galas y preseas. No habrá ningún disfraz de Cenicienta. En cambio, abundarán las pompas regias, las esplendideces orientales.

—¿De qué piensa usted disfrazar á su bambino?—interrogué á un padre, burgués adinerado con pretensiones aristocráticas.

—De emperador,—me contestó, recalcando mucho la bien sonante palabra.

Los chiquitines, por instinto de inocencia y de candidez sublime, pican más alto todavía. Mientras sus padres piensan en la tierra, ellos en el cielo.

—¿De qué quieres disfrazarte?—le pregunto á un niño de cinco años, blanco, rubio y rollizo como los querubines que escoltan á la Concepción de Murillo arrebujados entre los pliegues del manto azul ó entre los vellones de la nubes blanquísimas.

—De ángel.

—Sólo te faltan las alas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

¿Madre?

Una madre vende á su hijo en poco más de una peseta, cansada de maltratarlo, oprimirlo y vejarlo. Hace con aquel pedazo de su propia carne lo que un hombre de sentimientos normales y natural honrado no haría con una bestia doméstica. Un caballo ó un perro se aseguran la predilección cariñosa de su amo en términos que, cuándo los pierde, ó cuándo por necesidad inexcusable, los traspasa, llora al despedirlos.

La madre-mónstruo entrega un hijo á cambio de unas pocas monedas de cobre, arrojándolo sin remordimiento al azar de un destino errabundo. Y resulta benéfico para el pequeñuelo infeliz este mercado impío; porque si la que le dió el ser lo retuviera mucho tiempo á su lado, lo mataría. No lo alimenta, no lo viste, no lo cuida, no lo preserva de los riesgos, no cumple, en suma, con él, ninguno de los deberes que impone la maternidad. En compensación le llena á golpes el cuerpo de cardenales, le trasmite sus órdenes á puntapiés, le arranca á estirones las orejas, le obliga á arrastrarse ó esconderse, aterrado y tembloroso, como mico de gitano. Más dichoso será en su perrera el perro y el caballo en su pesebre.

¿Donde está la madre? ¿Se ha eclipsado su concien-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

cia? ¿Se ha embotado su sensibilidad? Ello es que no existe. Dejó su sitio á una execrable harpía, á una mujer mala y enfurecida, torturadora insensible. Esa mujer mala, esa harpía, destroza entre sus garras su propio engendro, reproducción de sí misma, y luego que lo ha martirizado hasta fatigarse, luego que lo vé medio aniquilado, lo malvende. Lo dá por casi nada; por mucho ménos que daría una cabra.

¿Dónde está la madre? La de mi historia, historia fresca y horripilante que ha estremecido á nuestra sociedad, pudiera decir: madre me hicieron pero no lo soy, no quiero serlo, no lo seré nunca. En mí sólo se produce el fenómeno del parto. Soy estéril, aunque concibo y alumbro, puesto que no amo mi creación dolorosa. Mis entrañas sufren, pero *no hablan*. He ahí lo único en que me diferencio del árbol que rinde frutos: si acaso en el dolor...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Los osos

Han pasado varias veces ante mi ventana y han bailado una danza *no bien aprendida*, con la gracia propia de la especie. Al son de la pandereta, movíanse airosamente sobre las patas traseras, haciendo genuflexiones y estirando el hocico puntiagudo.

Los animales merecen un par de tiros y sus conductores necesitan un buen remojo en la primera piscina que se halle á mano. Componen todos, personas y bestias, una bien unida familia en la cual no es fácil distinguir la osa mayor de la osa menor, ni los seres racionales de los irracionales. Cuando éstos últimos toman la posición bípeda, no hay distinción posible. Se les creería descendientes de un mismo tronco por diferentes ramas.

Vemos con frecuencia seres inteligentes--es un decir, --que semejan osos, y osos que semejan seres inteligentes. Al fijarme en la expresión del oso que bailaba ayer delante de mi casa, creí reconocerlo. Yo conozco á *este hombre*, me dije; como otras veces, viendo á un hombre, me he dicho: Yo conozco á *este oso*.

Tales aproximaciones zoológicas han sido estudiadas por los pensadores y aprovechadas por los caricaturistas. Gavarni hizo una serie de dibujos célebres en que los rasgos humanos aparecen prolongados ó con-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

fundidos con los de muy diversos animales. Taine llama *cigüeñas* á las inglesas de formas planas, largas y desgarbadísimas que desmienten el eterno femenino. Por lo que hace al hombre-oso ó al oso-hombre, ¿quién ha dejado de advertir la semejanza extraordinaria que autoriza estas clasificaciones?

No damos un paso en la calle sin encontrarnos con algún ejemplar. Cuándo el oso mayor de la cuadrilla húngara danzaba frente á mi ventana y me hacía torpemente sus reverencias, empeñábame yo en recordar, como ya he dicho, donde había visto á *aquel hombre*.

Al cabo, comprendí que había visto muchos parecidos en distintas esquinas, bajo numerosos balcones.

En la *ménagerie* humana abundan los osos y los monos. Y lo mismo que ellos, sus congéneres bailan al son de cualquier panadero.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Dramático-manía

Cunde la manía de escribir dramas regionales. El maestro Tejera, sin quererlo, va á traer sobre el país una terrible plaga. Antes de que escribiera *Folías tristes*, se iniciaba la epidemia; hoy, después de *Folías* y de *La hija del mestre*, el contagio toma carácter agudo.

No hay ciudadano que no medite un drama, que en la mayoría de los casos es como meditar un crímen. Desde las cabañas á los palacios, los espontáneos dramaturgos van preparando sus atentados en silencio. Y de repente, ¡pum!, el drama sale, la bomba estalla.

Varias han venido á caer en mi cuarto.

Cierto aprendiz de zapatero me trajo hace poco una tragicomedia, decía él, para que le echase un vistazo

La cosa empezaba con amoríos y terminaba con una degollina general. En cierto pasaje el galán, emocionado y traspuesto, decíale á la dama:—*Ende que te ví te amé*... Y la dama replicábale: —*¿Tú sos bobo?*

Durante la lectura sudé muchísimo. El literato remendón me explicó luego las razones que le habían inducido á escribir para la escena.

—Esto, —me dijo—no ofrece mayor *deficultá*. Una vez inventados los *presonajes*, no tiene usté mas que

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

dir sacando de la cabeza lo que ha de decir cada uno. La propieá ante todo, y sepa V., por si no lo sabía, que sólo admito la propieá en el treato. Pero eso sí, en el treato la respeto muchísimo. ¡No faltaba otra cosa! Supóngase que saco unos barrenderos y les mando barrer la calle. Pues no me conformo con ménos que con pedir prestadas las escobas de la cuadrilla monicipal. Así entiendo yo la *misa en escena*. Y facilidá, dígole que la tengo de sobra. He *aquellado* esta escribidura en dos días mal contados.

—Claro. ¿Para que te sirven á tí la lezna y el cerote y el hilo y el cordobán?

—Con que, formalmente, ¿que le parece el melon-drama?

—Un drama melon. Mejor dicho: me parece un zapato muy bien hecho, muy bonito, pero sin punta.

—Ya no se llevan.

—Entonces, romo y á Roma por todo.

Llegó otro, que me leyó un desastre dramático en diez y ocho jornadas. Este empezaba y concluía con sangre y exterminio. La trifulca iba en aumento hasta el final en que venía la Cruz Roja á levantar los muertos y curar los heridos. Pensé que habían vuelto los moros.

Uno de los *presonajes* le grita al protagonista, hombre verdaderamente feroz: —Detente, bárbaro impío!

—Sí, detente,—clamé á mi vez, como si yo mismo fuera á recibir los golpes.

Pero el bárbaro impio no se detuvo y me tuve que tragar entero el drama.

Después han venido otros muchos dramaturgos de tirapié, de escuadra, de garlocha y de remo. Un zapatero ha escrito en versos *alejandritos*, según él dice, un dramitóxpiro titulado *El crímen de la claca*. Hay un esqueleto que baila una danza macabra y un perro que habla para declarar que conocía al difunto.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Un oficial de carpintería da la última cepillada á un drama que se titulará *En el pilar de San Lázaro*. Intervienen dos comadres que van por agua y que se zurran, y un municipal que acude á ponerlas en paz y resulta arañado.

—¿Pero no muere nadie absolutamente?—le pregunto al carpintero-poeta, entusiasmado con su obra hidráulico-dramática.

—Si, señor, una *talla* muere al fin.

¡Excelente drama, amigo! Riégalo, quiero decir escríbelo, y tráemelo.

Un peón de albañil ha escrito una comedia denominada *La turronera*. Dura la comedia lo que duran los turrones, y se acaba cuando se va la turronera llevándose su caja, su paraguas y su farol.

Sé de infinitos proyectos criminales por este estilo. Al promediar el invierno habrá gran cosecha de dramas líricos, melones-dramas, como decía mi primer visitante, comedias, sainetes y monólogos. Cuando venga Sánchez, recogerá las primicias.

. . . . . .

—¿Sabe Vd. lo que ha hecho, mi querido señor Tejera?

Nuestra raza es eminentemente imitativa. Todos quieren seguir su ejemplo, sin tener sus condiciones. Y ya ve...

En adelante, añadiremos á la fórmula de la salutación una palabra indispensable que la complete.

Diremos:

—¿Cómo está Vd.? ¿Y la *familita*? ¿Y el drama? (1)

(1) Escrito con motivo del estreno de *Folías tristes*, del maestro Tejera.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Allí trasito queda (1)

He brindado varias veces por el siglo nuevo y he escrito lo ménos seis artículos sobre el mismo asunto, de manera que éste ya se me ha hecho familiar. Sin embargo, el tema no está agotado; es inagotable. Aún *fara da se...*

He aquí mis votos: Pido desde lo íntimo que durante la centuria recien comenzada se quiebren las últimas cadenas, se rediman los últimos esclavos, caigan las últimas tiranías y el sol alumbre para una humanidad más dichosa sobre una tierra mejor. ¡Hay tantos siervos, después de la abolición de la servidumbre! ¡Quedan tantos tiranos, después de la condenación de la tiranía!

El maestro Zola estudia en su nueva obra *Trabajo* el problema de los problemas, el problema obrero. Va á terminar los cuatro Evangelios de su redención social, y de los cuatro grandes libros partirán cuatro grandes vías ideales hacia el porvenir. Leed, leed los Evangelios de Zola.

Pero yo, humanamente, soy incrédulo. Sin rectificar mis grandiosos dogmas, dudo de su triunfo definitivo. El mal me parece eterno é invencible, porque no está en las cosas, sino que radica en el fondo del hombre. Dié-

(1) Escrito al empezar el siglo XX, en un instante de supremo desaliento.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

rasenos un hombre nuevo con el nuevo siglo, y entonces...

Sólo veo que vamos en el mismo borriquito, camino del cementerio... He entrado en la centuria vigésima haciendo cuernos á todo lo que miro, buscando anheloso, desalado, casi colérico, un amor y una fé. Vosotros los que decís amar, ¿qué es lo que amáis? Vosotros los que decís creer, ¿qué es lo que creéis?

Grito al primero que encuentro: —¡Eh, buen hombre, tendríais la caridad de decirme donde se halla lo que busco?

—¿Y qué es lo que busca Su Merced?—me responde.

—Busco una fé y un amor.

No me entiende. Tengo que explicarle lo que significan amor y fé. Y entonces me indica:

—*Allí trasito queda...*

Ya se sabe lo que esto quiere decir: nuestros campesinos cuentan las leguas como pasos. Ando, ando, ando, y no llego nunca.

Pregunto á otro:

=Querríais decirme donde se encuentra la Justicia?

—*Allí trasito queda...*

Sigo preguntando:

—Amigo, ¿donde está la Verdad?

— *Allí trasito queda...*

—Prójimo, ¿habéis visto á la Hidalguía?

—*Allí trasito queda...*

Hermano, ¿en qué rincón de esta comarca reside la Fraternidad?

—*Allí trasito queda...*

Y ando, ando, ando, sin llegar nunca.

Los condenados me engañan, y encima se burlan de mí.

Lo mejor será desmontarme, y así como el borracho del cuento esperaba su casa, esperar que pase el cementerio para meterme dentro.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Las personas decentes (1)

Salgo á veces de casa con las más santas intenciones, anhelando emplear mi tiempo en cosas de provecho para mi espíritu, entregarme por completo á la caridad y á la benevolencia, recoger inspiraciones y sanos estímulos para el bien obrar. Y me sucede que retorno diciendo cómo Tito: *He perdido el día*. Sí; hago el resúmen de las cuentas diarias en la soledad de mi conciencia inquieta, y resulta que moralmente nada he ganado y he perdido mucho.

¿Porqué perder, en vez de ganar? Yo no tengo la culpa. Es que he tropezado con alguna persona indecentísima, de esas que el vulgo llama decentes, y mi humor se ha agriado, mis propósitos rectos se han torcido, mi bondad se ha trocado en aversión, me he sentido, en fin, con instintos homicidas.

El vulgo tiene una moral somera, falsa, invertida, ó aplica caprichosamente la medida de la moral consagrada. Denomina personas decentes á muchos que son una

(1) Publicado hace mucho tiempo, y reproducido en muchos periódicos.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

pura indecencia y que sólo poseen el mérito de saber guardar ocultas sus ruindades; á muchos que quizá no tengan ningún vicio, pero que tienen todas las malas pasiones y todos los delitos; á muchos que escriben un *sí* debajo de cada precepto del Decálogo, y luego ejecutan un *nó;* á muchos que disfrazan de actos meritorios, con mucha habilidad, insignes bribonadas, y defienden, después de disfrazarla, cualquier tunantería con el lenguaje de una virtud hipócrita. Hermosos sepulcros blanqueados, cuyo hedor no percibimos por el revoque y por la irrigación de intensos perfumes.

Tropieza uno con un canalla así, que pretende hacerle tragar la píldora de su honradez engañosa, le mira maniobrar, le oye mentir, le cala y le estima en su justo precio, y ya ha perdido el día. Se le corrompen á uno los humores, no se resuelve á quitarle la máscara al fariseo, se requema, se irrita, pierde el temple cristiano y regresa al hogar hecho un furioso gentil.

Para que este resultado se produzca no es necesario encontrar á una persona indecentísima, de esas que el vulgo llama decentes. Basta echarse á la cara una persona tontísima, de esas cuya imbecilidad, por lo extrema, se asemeja á la maldad. En uno y en otro caso perdemos el día, porque dejamos de ser cristianos. Sólo conseguimos parecernos á Tito en esa pérdida que él deploraba como raro accidente, y que nosotros lamentamos con frecuencia. ¡Abundan tanto los pillos y los necios, y es tan flaca nuestra voluntad de soportarlos!

Nos proponíamos imitar á Tito, y no nos han dejado. ¿Qué pena merecemos por el mal encuentro y por las consecuencias? Ansiábamos practicar alguna obra de misericordia, y ved ahí que hemos experimentado vivos deseos de matar al prójimo.

Conclusión: lo mejor será quedarse en casa, en compañía de algún gato zalamero ó de algún perro cariñoso y fiel.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

La gimnasia y la política

Hace algún tiempo fuí invitado á tomar parte en una velada que organizó un centro gimnástico. Lo que de mí se deseaba y se pretendía no era que hiciera una plancha de riñones para solaz del público, sino que hiciera un discurso.

Me excusé, porque me dan espanto esas veladitas en que el pobre orador sale como un toro al ruedo, entre el jaleo ruidoso de la muchedumbre, después de una romanza que canta una señorita amable, y antes de un solo de violín ó de violón.

No acepté; pero si hubiera aceptado, ¡buen tema se me ofrecía, bonito asunto, cómicamente sugestivo! La gimnasia y la política. Me hubiera puesto en facha y hubiera dicho estas lindezas ú otras semejantes:

– ¡Graciosa ilusión juvenil la de los que me han solicitado para que haga esta noche un *tour de force* oratorio! El público sabe muy bien lo que es la gimnasia; está habilitado para saberlo por el espectáculo de la política. Todo se reduce, señores, á una traslación, á una transcripción. Pues qué, la política, en general, no es un arte ecuestre, acrobático, pantomímico y funambulesco? Si; nuestra política, más bien que la ciencia de gobernar, puede decirse que sea el arte de moverse, un sistema de ejercicios ágiles y una escuela de movimiento; el movimiento contínuo. Carreras, trabajos en la cuerda floja,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

balancín, paralelas, trapecio, cabriolas, zapatetas, escamoteos, saltos mortales, juegos malabares, divertimientos bailables, hermosas pantomimas de conjunto, alzadores de enormes pesos, saltarines, barristas, equilibristas, falsos hércules, clowns, capataces, *ecuyéres*, idiotas verdaderos ó fingidos, Tonys y enanos, loros, perros y micos amaestrados, hasta prodigios y fenómenos de barraca; todo lo que pertenece al circo y á la pista, todo eso se exhibe, se tiende, se complica y se prolonga indefinidamente en el campo político...

¿No sabéis vosotros lo que es una *plancha*? ¿Ignoráis como se da un brinco desde un trapecio á otro trapecio, por el aire, salvando un buen espacio sobre la red protectora? ¿Se os esconde el secreto de la habilidad con que un gimnasta camina sobre un alambre tenso, oscilando ya hacia el diestro, ya hacia el siniestro lado, sin perder el equilibrio? ¿No habéis conocido émulos de Blondin y de la Spelterini capaces de atravesar el Niágara á gran altura, y no sólo de atravesarlo, sino de tragárselo? Pues si no sabéis por comparación nada de esto, permitidme deciros que no sabéis ver, que no servís absolutamente para la gimnasia ni para la política.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Mendicidad de amor

Acercósele á un hombre una mendiga de amor y le tendió la mano, al mismo tiempo que le dirigía una estudiada sonrisa de sirena.

La voz con que intentaba seducirle, no era por cierto nada semejante á la de las pordioseras que gimen pidiendo pan; pero ella era también, aunque lo disimulaba, una mendiga de hambre. El amor fingido y ofrecido en subasta servía de careta risueña á la necesidad más despótica.

¡Qué horrorosa es esta comedia de amor, representada á cada paso! En el rostro de las desventuradas que se venden, la falsa alegría acaba en contracción violenta, y los labios que anhelan morder un mendrugo se dilatan dolorosamente para besar.

¡Besos atroces esos besos dados así! El hombre de mi historia se detuvo y contempló con detenimiento á la amorosa errante. Vió un drama en sus ojos que se esforzaban por expresar ternura y sólo manifestaban la avidez del famélico.

—Cuánto tiempo hace que no has comido?—preguntó...

—Rico mío, no como desde ayer—respondió la aventurera con voz desfallecida que ya no pretendía cautivar ni acariciar. Hablaba simple é imperiosamente el hambre, cuyo acento no se confunde con ningún otro.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

—¿Eso quiere decir?... insistió el hombre.

Calló la sirena, inclinó la cabeza y se estremeció.

—Me brindas pan de amor, y no tienes, infeliz, sino amor de pan—añadió el transeunte. Tu corazón calla, mientras habla tu estómago un falso lenguaje de enamorado. Toma esta moneda para tu estómago, y haz hablar á tu corazón.

La mendiga de pan desapareció, y volvió más tarde convertida en mendiga de amor, sincera, afectuosa y agradecida.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Tarjetas postales

Los coleccionistas se suceden y se parecen. Su rasgo general de semejanza es la tenacidad imperturbable que emplean en satisfacer su manía. También se parecen en la facilidad extraordinaria con que, pasado muy poco tiempo, cambian de afición. Para ellos la principal tarea estriba en coleccionar algo, en *buscar algo*, sea lo que fuere.

Hay quién colecciona herraduras viejas, por haberse convencido de que cada uno de esos hierros aplicados á los cascos de las caballerías es un *porte-bonheur*. Hay quién junta y guarda con religioso respeto—se comprende,—las esquelas mortuorias. Hay quién, creyendo que la mejor colección debe empezar por él mismo, colecciona sus propias necedades. Los traperos también son coleccionadores, pero hacen el trabajo sin distinguir: su gancho todo lo coge y en su cesto todo cabe.

El *furor* actual consiste en pedir pensamientos para tarjetas postales. La juventud anda afanadísima con semejante busca y captura. ¡Un pensamiento por amor de Dios!—suplican los muchachos aficionados al nuevo sport.

Y le presentan á Vd.—ó me presentan á mí,—una de esas cartulinas que el ingenio de los comerciantes ha

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

puesto en moda. Se nos invita á poner al pié lo que queramos, cualquier cosa.

Cualquier cosa, ya se sabe, es un pensamiento. Ergo, un pensamiento es cualquier cosa.

***

—¡Un pensamiento!—podrían replicar muchos de los *invitados*,—para nosotros lo quisiéramos. Sabemos cuando aprendimos á escribir, pero ignoramos cuando aprenderemos á pensar.

—Pues pónganos usted una frase.

—Tampoco. Nos comprometeríamos. El público dice que tenemos un bazar de ropas hechas, queremos decir de frases hechas... El negocio ha quebrado y vamos á cerrar las puertas.

—Entonces, una sílaba, siquiera una sílaba...

—Imposible. Así como por el hilo se saca el ovillo, por la sílaba que escribiésemos se sacaría la frase hecha.

—¡El nombre, al menos!

—Nuestros nombres sin ningún adjetivo son nombres vanos; nada significan. Para no comprometernos, pondremos solamente la rúbrica, una rúbrica historiada.

***

Aún los que tienen *pensamientos*, se resisten á deshojarlos sobre esas hojas de papel nítido en que la literatura postal, la literatura para la exportación, en dósis homeopáticas, debe luchar con los primores de la litografía.

¡Qué bonitas son las tarjetas postales! O, como dijo el maestro Galdós: ¡qué bonito es el Museo Canario!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Coronas fúnebres

(Artículo del día de difuntos)

Hoy es el día en que todas las cabezas se inclinan ante la gran verdad, la única verdad, la muerte. Reina del mundo, ella sola es eterna. Ella sola quedará en pié, mirándose en las ruínas del Universo, cuando el caos vuelva á ser otra vez.

Sigamos contemplándola. Reina mía, aparta un momento tu mano de mí; déjame respirar, déjame incorporarme y vivir dichoso un día, sólo un día, mientras las gentes, estremecidas, te miran y, aterradas, te adoran. Viva yo, en tanto que tú reinas especialmente. Olvídete, en tanto que los otros te recuerdan. Puesto que te tengo siempre en el pensamiento, dáme asueto y libertad hoy. Libra á tu súbdito del deber penoso de recordarte y venerarte en estas horas en que se te tributa universal recordación.

Pero, ¡qué demencia! Lejos de soltarme, hoy apretarás más las cadenas con que me tienes atado y oprimido. Hoy no permitirás que ningún siervo tuyo te sea infiel. Hoy nos llamas á todos, inexorable, desde las tumbas. Hoy nos obligas á arrodillarnos y nos golpeas en

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

la frente con tu cetro como para decirnos que tuyos somos, tuyos sin remedio.

Aunque el tiempo esté despejado y hermoso, aunque se respire en el ambiente luminosa alegría, te sentimos pasar. Las campanas con sus desesperados gemidos me rompen el tímpano y el cráneo. Nunca resonaron tan lúgubremente en mi alma. Es que en otro tiempo solo doblaban por los difuntos y ahora doblan además y se plañen por las cosas muertas. Ahora doblan también por mí. ¿Qué soy yo sino un muerto que vive, un cadáver que anda?

Las lágrimas se congelan entre las flores de trapo de las coronas fúnebres.

*
* *

Al ver esas coronas, conducidas por piadosas manos al cementerio, he pensado en lo efímero é irónico de la gloria humana.

Basta que toque la muerte las coronas de laurel para que se truequen en esa tristeza y en ese espanto. La gloria lleva participación en las empresas de pompas funerarias. Allí cambia las azucenas por siemprevivas, los laureles por azabache, el oro por oropel.

Y vestida de negro, envuelta en los velos del olvido con que baila su siniestra danza serpentina, ya no es la Gloria, es la Muerte.

¡Qué transformación!

Recordemos la máxima del Kempis: *Todo es uno y lo mismo.*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

La hermana Agua

Maya, ya llegó!... Sea bien venida, y devuélvanos en venturas y provechos el don de la hospitalidad que le brindamos... Aposéntese y posesiónese sin temor alguno en la tierra canaria. Tienda á nuestros pies su alfombra de hojas muertas, y ofrézcanos en los crepúsculos, como una invitación á soñar y á llorar, su melancólica, soñolienta poesía...

Antes que los cronistas cursis salgan á saludarle, yo le saludo. ¿No le habéis conocido? El que acaba de llegar es el Otoño, huésped un poco triste, pero simpático, que esta mañana nos abrió la puerta pidiéndonos permiso humildemente para penetrar en nuestra casa, y nos dió con voz quejumbrosa y con gesto fatigado los buenos días.

Es la hermosa, la grave, la dulce estación en que la naturaleza lentamente se desnuda para prepararse á dormir el sueño del invierno. El cielo se cubre de palidez, las últimas rosas doblan la cabeza y mueren. Canta el viento en bajo tono una sonata que se esparce por los espacios en sonoridades lentas, difusas, preludio de la música salvaje de la tempestad que estallará luego. *La tempesta é vicina*, porque mi patrono San Francisco ha pasado envuelto en su sayal de penitente, y éstos son

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

los días en que se anuncia el cordonazo... La orgía de color y de luz del estío ha concluído...

¿Pero será esto que digo aquí pecado de cursilería? Si lo fuere, nuestro padre San Francisco me lo perdone. Yo tenía aún corriendo ese riesgo, que saludar al Otoño.

*
* *

Despertóme ante-noche un ruído como de confites que caían en el patio de mi casa, donde unos cuantos helechos, pomposos y lozanos, se despliegan llenos de vitalidad, cual si en la cima de los montes, entre las caricias de las aguas y los besos de las auras, á toda su holgura viviesen. Ellos me sonríen con la alegría del verdor vegetal, ellos me fingen en la reducción de mi vivienda la imágen del campo, que adoro.

Eran, en efecto, confites líquidos lo que en el patininillo sonaba: las primeras gotas de las primeras lluvias, el descendimiento del Otoño en un chubasco. Y al son grato del llover, volvíme á dormir.

Soñé entonces con un lavado inmenso para mis penas, y para las penas del mundo. Soñé que el agua vendría á raudales, á torrentes, purificadora, y que ni una sombra dejaría de la corrompida suciedad y las asquerosas máculas por sobre la faz de nuestro planeta extendidas. Soñé que en ese elemento de purificación morirían y se borrarían los delitos, los vicios, las maldades, las pasiones, las falsías y los dolos. Soñé que ella, el agua, colmaría todas las cisternas é iría por sí misma á las bocas de todos los sedientos; que ahogaría los malos gérmenes y avivaría los buenos; que anegaría lo que debe sumergirse y levantaría más limpio, más nítido, mas luciente, bautizado de nuevo, lo que debe levantarse; que crecería con desbordamientos y con estragos de Diluvio en unas comarcas, y en otras discu-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

rriría risueña y pacífica con suavidades de amante que besa, y al besar, en vez de ser fecundada, fecunda...

Y la dije repitiendo palabras de un poeta americano: —Hermana Agua, ven, corre, salta, sube, dilátate, multiplícate, hasta bañar y regenerar la tierra! Brilla en las pilas lustrales, burbujea en las ánforas, murmura en las fuentes, canta en los arroyos, grita en los ríos, ruje en los mares; pero no te olvides de que un día fuíste Diluvio, ni de que, si tu placidez encanta como un halago mimoso, tu furia mata como un cataclismo. Eres más poderosa que el fuego, y con él compartes el imperio de la destrucción, del propio modo que con él divides el reino infinito de la vida. Ténlo presente siempre, Hermana Agua.

Desperté pálido con la palidez del Otoño. Las gotas de la lluvia se habían borrado, pero en las hojas de mis helechos había perlas de rocío, y yo sentí acrecida la amargura de vivir, la sed de felicidad...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El labrador

Labrador, la tierra es tu madre, tu hija, tu esposa, tu amante. Ella te lo da todo, y todo se lo das tú. Ella es tu cuna, tu mansión y tu sepulcro; te acompaña, y la velas y la asistes sin descansar con filiales ternuras. Mas allá de los confines de tu heredad, el mundo acaba para tí; eres un materialista inconsciente que adivinas á Dios al través de la Naturaleza. Realizas una misión augusta: siembras para que, no tú sólo, los hombres, recojan. Y tu vida, cansada de recorrer los surcos, descansa mirando el firmamento.

Tú amas al alba, la divina despertadora que con su primer beso alegra los campos; te duermes en la paz de una jornada fecunda, como si murieras (tan hondo es tu sueño), y renaces con la luz de las cumbres. La tierra, no guarda en sus entrañas secretos para tí: eres la fecundación que la penetra con el arado. Las bestias campesinas te rinden vasallaje, y en tu cabellera selvática pone el día sus resplandores y la noche sus sombras.

Hay algo sacerdotal en tu ministerio rudo. Tus manos bendecidas evocan el poder creador del terruño y tus ojos expertos van del suelo al cielo efectuando una ascensión en que se encuentran con el milagro.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Nada comparable á la viudez y á la horfandad del labriego apasionado que se retira forzosamente del trato de la tierra. Vive como un animal enfermo, sin resignarse. Sufre el vacío de todos los abandonos; ni los seres amables ni las cosas bellas alegran su soledad. Vive muriéndose y muere por exceso de fuego, consumido como una brasa, devorado por la desesperación y la melancolía.

Nuestro primer deber es amar la tierra que nos soporta, nos contiene y nos nutre. Nietzche lo ha dicho. El labrador la ama hasta identificarse absolutamente con ella, hasta ser en sus senos un átomo animado.

Labrador, cuando cumplas la misión augusta de sembrar, cuando esparzas los misteriosos gérmenes vitales, piensa en el divino sembrador de estrellas...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El paso de la reina

Héla aquí, la Primavera, la deidad que aman los poetas, la divinidad que aman los dichosos porque les aumenta la dicha y los desgraciados porque les disminuye la desgracia; la que trae flores para adornar todas las tumbas y para perfumar todos los idilios; la que rie en los valles, en las montañas, en la tierra, en el cielo y en el corazón del hombre.

Yo la amo porque soy algo poeta y porque soy muy triste. Yo la amo porque es hermosa, porque es luminosa y porque es olorosa.

Sobre todo, porque es olorosa. El viento viene abrumado con la carga de los aromas primaverales, y hay fragancia para el último rincón de la última choza donde duerme su miseria el último mendigo.

Hay rosas para los mantos de las vírgenes y para las manos de los filósofos entristecidos por el mal de la vida. Hay lechos de azucenas para la castidad y lechos de amapolas para el amor campesino. Hay fulgores en las frentes abatidas, besos reconfortadores de sol...

Hay resurrección en la naturaleza; los muertos resucitan, Lázaro se pone en pié... Los bosques y los jardines cantan, las aves y las mariposas florecen.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Hay música en los campos y en los cielos; brillo misterioso hasta en el fondo de las recónditas grutas y hasta en el fondo de las almas sombrías.

Se abren todas las alas, y la aspiración al vuelo se manifiesta en la universalidad pintoresca de los seres. El topo quiere volar, lo mismo que el águila. El mundo se vuelve sonoro y deslumbrante. Nos arrebata un oceano de armonía y un coro inmenso entona el *veni, Creator!*.

¿Quién permanecerá impasible, desdeñoso y mudo, al paso triunfal de la reina Primavera?

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Los buscadores de la felicidad

Muchos hombres buscaban afanosos la felicidad. Después de haberla buscado por mil lugares infructuosamente, fatigados y mohinos, vinieron á juntarse un día. Y se hablaron y se preguntaron los unos á los otros:

– ¿Habéisla visto?

—Me visitó una vez, pero se marchó al instante diciendo que llevaba prisa,—respondió uno.

—También yo la ví una vez, pero de lejos, desdeñosa á mis súplicas, agregó otro.

—Yo nunca la ví, aunque la he buscado por la tierra toda, – dijo un tercero.

Y así los demás.

Se juntaron, pues, mis hombres en un paraje desamparado, frío, barrido por un viento inclemente. Era la gran encrucijada del Desengaño en que todos los caminos de la vida se encuentran.

Entonces, los buscadores exclamaron: Si aquí desemboca la red completa de los senderos del mundo, por aquí pasará la deidad andariega y esquiva. Si procediendo de distintos puntos, aquí hemos venido todos á parar, quedémonos; esperemos su paso para detenerla.

. . . . . .

Esperando continúan. Cansados de esperar, los que creen en Dios, miran al cielo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Subamos

Yo querría vivir en un mundo reducido, pero bueno. Mundo sin traiciones, sin maldades, sin fingimientos; mundo sin amigos mentirosos, sin compañeros falsos, sin murmuraciones ni envidias; mundo en que la pena se endulzara con el afecto y se depurara y ennobleciera en el intercambio espiritual de las ideas...

Mundo en que se quisiera bien, se pensara recto, se hablara en firme y á punto, sin pretensiones pedantescas ni doctorales desplantes. Mundo en que el ideal iluminara las inteligencias y calentara los corazones...

¡Ah, si todos los mundos fueran así!

*
* *

Subamos, subamos siempre. Invitemos á subir á los que patalean en el lodo de las ruines pasiones como los cerdos en sus pocilgas... Que suban también esos hombres *de la vista baja*. Que se enderecen y miren hacia arriba y se enamoren de la luz, vírgen celestial cuyos besos dan la vida. Que aprendan á ejercer el alto comercio.

Basta un descanso en la peregrinación á través de los arenales abrasados, de los ingratos pedregales, para

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

hacernos olvidar muchos años de martirio. Se vé el oceano, ¡qué sorpresa! Se agrandan los horizontes, ¡qué felicidad! Se divisa *un más allá*, ¡qué consuelo!

Dejad que los insectos se arrastren, que las bestias feroces abran sus fauces devoradoras, que los puñales se afilen, que se estiren las garras... Hay estrellas.

Dejad que concierten alianza la cobardía y el crímen. Hay virtud. Dejad que pase el odio. Hay amor. Si en ninguna parte hubiera nada de esas cosas divinas, entonces no tendríamos más remedio que pedirle *un beso de muerte á la boca de una pistola*...

Pero todavía se puede vivir...

El infierno, ha dicho Santa Teresa, es un lugar donde no se ama. ¡Magnífica definición! Amemos para que no sea infierno la tierra desquiciada y corrompída.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Las coronas

Y vino un tiempo en que se vió que las coronas, todas las coronas, hacían daño, eran atormentadoras y asesinas. Se sintió que traspasaban las sienes y que daban negra sombra á los espíritus; que tenían clavos,aunque fuesen fabricadas de oro y adornadas de piedras preciosas.

Las testas coronadas quisieron descoronarse para que se igualara el nivel aparente de las cabezas. Inspiraron ojeriza esos signos de la dominación, de la preeminencia, de la vanidad y de la gloria; hasta el arte impio y puro, alto y sereno, cielo sin nubes donde se transparenta Dios, mostró deseos de renunciar á su diadema espiritualísima.

La exaltación igualitaria, nacida de un desencanto supremo, no perdonó ninguna aureola. Hubo locos que, en los crepúsculos, subieron á las cumbres para quitar la corona del sol.

Los supremos jerarcas llamaron á sus fámulos y les dijeron: Quitadnos las coronas. Los héroes, desfallecidos bajo el peso del hierro, abrasados en fiebre, muertos de sed, abrumados de angustia y de remordimiento, vencidos por la vez primera, llamaron á sus siervos y les ordenaron:—Quitadnos las coronas. Los déspotas gimieron desesperados, se palparon la frente

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

herida por los abrojos, y gritaron con voz desgarrada:—Quitadnos las coronas. Las gentiles mujeres, reinas de la belleza, reinas de un día, suplicaron:—Quitadnos las coronas.

Y las coronas iban cayendo en un mismo montón, confundiendo esplendores y dolores, espinas y joyas en un colosal sacrificio de la humana soberbia. Los esclavos no se atrevían á tocarlas, porque las consideraban juguetes peligrosos. Pasaban junto á los emblemas caídos y exclamaban: —Fueron instrumentos de suplicio; no acariciaron, sino que atormentaron.

Las cabezas brillaban con la luz interior ó se hundían en una espesa sombra nocturna.

Pero un gran artista quiso también quitarse su corona. Llamó á su servidor, y le dijo:—Quítamela, me duele mucho.

—Lo que es ésta, señor, replicóle el criado,—no se puede quitar.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El Teide nevado

Por fin lo he visto vestido de blanco. Hoy ha comenzado á sacar su tesoro, á exhibir su pedrería. Esta mañana, después de una noche tormentosa, cuando por entre un desgarrón de las nubes negras, se me apareció engalanado de diamantes deslumbradores bajo un rayo fugitivo del sol, lo saludé con entusiasmo.

Así es como el Padre Teide está más hermoso. Lucen mejor su ancianidad y su magestad, Negro, asusta; emblanquecido, tiene cierta dulzura de gigante que sonríe. Siempre en los brillantes hay sonrisas; sus centelleos dan una fiesta á los ojos que, alucinados, persiguen su pálida radiación sideral. La nieve fulgurando en las cumbres produce un afecto mil veces mayor; coronando la cima del Teide es un ensueño que nos acaricia desde muy lejos y desde muy alto.

¡La nieve del Teide, ó lo que es lo mismo la blancura inmaculada, la pureza intacta, la suprema virginidad! Allá se celebra una orgía de lo blanco. Pasada la tormenta, descorridos los negros nubarrones, solo alguna alba nube añade su color de hostia á la luminosa limpidez de la nevada cúspide. Y ninguna huella impura la manchará.

Tanta es la fuerza de penetración de aquel blanco excelso é imperioso, fantástico y obsesionante, que, si

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

después de mirarlo, nos miramos, blancos nos vemos también, de la propia manera que nos vemos rojos en el radio de difusión de un gran incendio. Hoy es, pues, el primer día blanco, el primer dia de invierno en esta privilegiada zona. Algo como el regocijo tranquilo y *melancólico* de unas bodas de plata, repetidas anualmente entre el Pico y el Valle, palpita en la frescura húmeda de la atmósfera saturada de las lágrimas que la Naturaleza lloró anoche.

Y se siente alegría á través de esta tristeza, contemplando los diamantes del Teide que nos sonríen, y tristeza á través de esta alegría observando que el solo adorno del campo desnudo es la diadema imperial del coloso. Todos los colores y todos los ruídos del campo han muerto en esta palidez y este silencio que apenas amenizan el brillo de los copos y á ratos el silbido del viento huracanado.

El Teide ha celebrado una vez más la ceremonia de su coronación, y ahora es cuando verdaderamente reina aquí, blanco, sobre la blancura.

Orotava, Enero 1903

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Nao tembres, terra...

No cesa de temblar la tierra, como si por mil puntos fuese á resquebrajarse y hundirse. Tiembla la miserable, tiembla la maldita, tiembla la corrompida, tiembla la criminal; tiembla con los temblores de todos los malvados y con las fiebres de todos los bandidos que la habitan. Tiembla bajo el peso de una acumulación de injusticias y odios seculares que la sofocan; tiembla porque quizás tiene un alma y una conciencia, y la mata el remordimiento.

Tiembla la condenada como si tuviese vergüenza ó pavor. Enciéndense los hornos de los volcanes, al mismo tiempo que la horrible epilepsia de los terremotos sacude la superficie terrestre. El Vesubio ruge y escupe llamas. Los mónstruos dormidos se despiertan. Entre erupciones y sacudimientos, este indecente planetilla que Schopenhaüer ha llamado hospital de incurables, va dando tumbos por los espacios.

Qué *trémolo!*

Sucesivamente han temblado muchos países, han bailado la danza macabra muchas ciudades. A partir del *acabóse* de la Martinica, hasta estos sobresaltos de Nápoles y Badajoz, han corrido por la tierra grandes estremecimientos y calofríos. Sin embargo, no se aquieta ni

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

se alivia; con recrudescencias é intermitencias, la enfermedad sigue su curso.

Está enferma la miserable, la maldita, la corrompida, la criminal. Está enferma y está vieja. Lleva demasiados siglos de perseverancia en el delito y en el pecado. Los hombres le han devuelto el polvo que les dió sin ennoblecerlo. En ese polvo caen las generaciones una tras otra lanzando gritos de condenación. Y si visto desde dentro nuestro planeta se nos figura un infierno, visto desde fuera, imagináos, imagináos lo que parecerá. Cualquier cosa, ménos un mundo digno y honorable.

Valle de lágrimas, purgatorio, presidio, sentina, estercolero, estos y otros nombres igualmente halagüeños había merecido. Ninguno le cae mejor que el de *temblo-roso*. Tiembla cada minuto. Se estremece con la angustia de las inmensas penas y las inmensas culpas que lleva en su seno. ¡Se agita loco ante la ininterrumpida fatalidad de su destino que le obliga á convertir sin tregua el polvo en fango y el fango en polvo!

Nao tembres, terra... Miserable, maldita, corrompida, criminal, condenada, ya sé que tiemblas por tus hijos tanto como por tí misma; pero, ¿dejarás de temblar?

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El hombre máquina

Oh, tú que pareces engendro y muestra de una mecánica superior, hombre metódico, meticuloso y concertado en todo, hasta en tus rutinarias operaciones intelectuales, cuan digno de admiración eres por lo que niegas, no por lo que afirmas! ¡Y cuan numerosa es aquí tu especie, tu «grupo zoológico», que diría el maestro Giner!

Niegas la vida, desdichado, con tu vivir de autómata, como la niega el mecanismo complejo y material donde no hay una chispa de espíritu; niegas la vida verdadera, alta, espiritualmente prolífica, la que recibe como fuerza motriz la luz de las estrellas. Niegas el arranque humano y poético—dos términos similares desde este punto de vista, porque al cabo poesía no es sino naturaleza y humanidad,—el arranque, digo, con que el pensamiento, esa iluminación de la historia, va hacia lo misterioso y lo infinito... Iluminación de la historia debe el pensamiento llamarse, porque sin él los fastos del mundo se cubren de tinieblas en medio de las cuales tan solo se percibe choque de pueblos y ruído de armas...

Todo eso lo niegas tú con tus gestos calculados, tus pasos medidos, tus palabras matemáticas; todo eso, imbécil, que es precisamente la razón de vivir; todo eso que nos obliga á creer en Dios y á pensar en el cielo;

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

todo eso que nos fuerza á amar y adorar, como manifestaciones del poder divino, las obras del genio. Todo eso lo niegas tú con tu humilde actitud de rumiante.

No te satisface el no pensar, sino que abominas y odias el pensamiento en los otros. Tu fórmula es ésta: «vivamos», sin advertir que así no vives. Lo mismo diría el asno en su pesebre, si hablara. La acción inmensa y multiforme de vivir es algo más que el funcionamiento exterior de los sentidos. Cuando éstos no son buenos conductores, valen de poco. Queda suspendida la comunicación con las cosas ideales, y la vida se reduce á vegetación misérrima.

De este modo vives tú, hombre-máquina, hombre-cronómetro, eterno «filisteo», ineducado é ineducable. Tienes por antecesores y parientes á Mr. Jourdain, que escribía en prosa sin saberlo, á Joseph Prudhomme, á Homais y Sancho Panza. De Sancho Panza has heredado la obtusa animalidad, no la malicia.

Si llegaras á pensar un minuto, solamente un minuto, caerías muerto sobre tu pesebre. Pero aunque *pienses*, estoy seguro que no pensarás. El pensamiento nada tiene que ver con las mandíbulas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El hombre sin cabeza

Érase que se era un singular monomaníaco cuya extraña manía estribaba en creer é ir diciendo por todas partes que había perdido la cabeza.

Pero no lo creía y lo decía mi hombre en el sentido vulgar con que solemos decir que la tenemos perdida ó que otros perdida la tienen bajo el señorío de una gran aflicción, un gran peligro, una gran desventura. No. El héroe de mi relato juraba y perjuraba que había nacido sin cabeza. Veía la de los demás y no sentía el peso de la suya. Juzgaba que era acéfalo desde el punto de nacer y que, por incomprensible milagro natural, acéfalo vivía.

¿Cómo vivía? He ahí el problema, que no acertaba á explicarse. He ahí el tema, rarísimo, de su localizada locura.

En vez de decir, como Mirabeau, al primer transeunte con quién se topara: *sosténmela, que bien quisiera legártela,* ó como Chénier en el cadalso golpeándose la frente: *¡Algo hay aquí dentro!,* decía á cuantos encontraba: *¿dónde está mi cabeza? ¿habéis visto mi cabeza?*

Su andar indeciso, sonambúlico, descubría la misma preocupación. Caminaba sin rumbo, miraba sin ver, se

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

deslizaba sin apoyarse *(glissez, n'appuyez pas)*. Daba la impresión de una figura incompleta que se movía en el vacío, envuelta en densa niebla hasta los hombros...

Y á menudo los vecinos recibían la visita desconcertante del loco, que entraba y preguntaba angustiado:

¿Dónde está mi cabeza?

Los pilletes seguían al vesánico en turba acosadora, en coro perseguidor. A veces un chiquillo cogía del arroyo un guijarro y se lo ofrecía diciéndole:

- ¿Buscas tu cabeza? Tómala...

O, en vez de ofrecérselo, se lo lanzaban al rostro, le herían en el cráneo y le gritaban, mientras él rugía de dolor:

—Para probarte que tienes cabeza, te la rompemos.

Pero el triste lunático erre que erre en su monomanía. Ni burlas ni golpes, ni palpamientos ni razón alguna, le podían convencer de que no andaba por el mundo descabezado. Al revés. Según aumentaban las pruebas en pró, unas oratorias, otras contundentes, él se aferraba más y más á su idea de que no había remedio para su acefalia.

Fijó precio á su cabeza, cual suele hacerse con las de los bandidos. Era rico, y prometió una buena recompensa al que la hallara y se la llevase. El mismo se hizo ofertante-pregonero de su propia testa, y voceaba hasta enronquecerse:

- Diez mil pesetas doy á quién me la traiga!

Lleváronle, por escarnio, una cabeza de toro, otra de jabalí, otra de asno, y una calabaza, con la cual, trocada en cólera su mansedumbre, quedó completamente rematado.

Proveyóse de piedras y atacó á pedradas á los que se empeñaban en afirmar que tenía cabeza. Y fué entonces necesario asegurarle que no la tenía.

Tampoco así se calmó el loco. Dió en la tecla de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

querer cortar las cabezas ajenas para procurarse una á la medida.

Y, visto que se hacía peligroso el tenerle suelto, le encerraron.

Encerrado, quizás porque la duda le atormentaba á pesar de la firmeza aparente de su convicción, arrojóse contra la pared de la celda y se estrelló los sesos.

. . . . . .

Dejad en suspenso el final, y ved sino puede aplicarse á cierto pueblo desdichado este cuento de manicomio.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Ricos, pobres

Muchos de nuestros ricos sienten la idolatría pagana del oro por el oro. Querrían que les enterrasen con sus talegas. Cuando les sobreviene el último trance, tiemblan ante la muerte, ladrona de sus tesoros, mucho más que ante Dios justiciero. Y apretan las manos con el último resto de sus perdidos bríos vitales, cual si quisiesen retener la riqueza que se les escapa para ir á sus herederos. Por esos ricos ha dicho la Escritura: «antes entrará un camello por el ojo de una aguja que no un rico en el cielo».

Raro es registrar aquí una donación piadosa ó humanitaria de los opulentos. No tienen un rasgo; no se olvidan de que sus caudales atesorados les pertenecen íntegramente, sin disgregación de una moneda. En vez de dar, prestan con usura. En vez de ir hacia los miserables, dejan que los miserables vayan á ellos y, entonces, les rechazan. Cierran los ojos sistemáticamente sobre el espectáculo del dolor y la miseria humana. Sensualistas del dinero, sólo en contemplarlo y adorarlo gozan. ¡Estúpido placer de la avaricia!

Ni por la patria ni por la humanidad, son capaces de hacer el menor sacrificio. Sus sentimientos humanitarios y patrióticos no resisten la prueba de una demanda pe-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

cuniaria. ¡Y después de haber vivido así, yertos é insensibles en el hielo del egoísmo más despiadado, mueren mirando el Crucifijo, como unos santos!... Dios los perdone... A mí se me figura que su frialdad, su sequedad, su indiferencia, pesarán más en la balanza de la eterna justicia, que las culpas de los desheredados á quienes extravía la desesperación y pierde el abandono... Las *abstenciones* de los ricos han de ser castigadas como delitos allá donde ejerce el Sumo Juez sin jurado popular.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

¡103 años!

Suelo leer las listas del registro civil, ese gran libro diario de *entradas y salidas*. Confieso que es una lectura muy interesante: allí se sigue en cifras redondas, con precisión matemática, las corrientes encontradas de la vida y de la muerte. Y se ve como no hay proporción ni medida en el vivir ni en el morir. Existencias apenas registradas en el activo pasan á formar parte del pasivo justificando la frase del poeta:

Al brillar un relámpago nacemos
Y aún dura su fulgor cuando morimos...

No compadezco á los que se van; compadezco á los que vienen. Si aquéllos tropezaran con éstos en el camino y pudieran cambiarse impresiones, ¡qué cosas les contarían! Si cada uno de *los que llegan* tuviera presciencia, si conociese *el programa*, de seguro diría al poder misterioso é indefinible que nos crea: ¡Anonádame, dispersa mis átomos!

Los felices son esos otros que *no llegan á entrar*, que se marchan sonriendo con la divina sonrisa de la inocencia y sobre cuyas tumbas, cubiertas de flores, se medita, pero no se llora. ¡Buen viaje! Ellos se llevan como única impresión de la vida los ecos de una armonía confusa...

***

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Hace pocos días murió una mujer que había vivido ciento tres años. ¡Ciento tres años! *Es demasiado*... Con su existencia prolongadísima pudieron alimentarse varias existencias; con la savia que consumen los árboles seculares lograríase nutrir y robustecer muchas plantas enfermizas que en su derredor perecen... Se observa enorme desigualdad en la vegetación humana: por una florescencia vigorosa, cien abortos; por una longevidad extrema, malogros mil!

Y para que en algunos la sangre venga á punto de descomposición, es necesario que en muchísimos otros ni siquiera llegue á calentarse. Toda fuerza se alimenta de fuerzas; la madurez, en cierto modo, menos figurativo de lo que parece, vive de la juventud; y la vejez, de la madurez y de la juventud. La corrupción física, que la decrepitud engendra fatalmente, es la vida que se pudre por el estacionamiento como se corrompen las aguas estadizas.

¡Decadencia! ¡Corrupción! ¡Espantosas palabras! Yo me explico muy bien el horror que el duque de Rivas sentía ante la perspectiva de la ancianidad. Debe de ser terrible sentirse envejecer; después de haber perdido una tras otra las ilusiones, perder las muelas, los cabellos, contemplarse el rostro acuchillado por las arrugas, temblar de frío en Agosto, arrastrarse sin querer después de haber andado erguido ó acaso altanero, *deshojarse* para siempre... Yo me explico que el hombre se resista tenazmente á entrar en la *selva obscura*.

¡Ciento tres años! *Es demasiado*... Demasiado para sufrir, para luchar, para llorar, para descomponerse, para podrirse... ¿Qué habrá hecho en su larga vida esa pobre mujer, quien quiera que ella sea, sino arrastrar su alma por todos los calvarios?

***

La vida es un camino orillado de espinas, que se va

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

estrechando y obscureciendo sin cesar. Lo comenzamos en medio de luces de alba, lo terminamos en las tinieblas. Mientras lo recorremos, á un lado y otro escuchamos ruídos que primero son dulces, dulcísimos como arrullos de tórtolas, después graves como sones de órgano, por último siniestros como el rugido de un oceano donde nos aguarda el naufragio inevitable...

Mejor es morir á mitad del camino, cuando todavía se divisan las rosadas nubecillas del poético amanecer...

***

La vejez espanta. El hombre, al envejecer, toma perfiles y contornos de ave nocturna. La sombra que cae sobre su semblante le da un aire triste y lúgubre.

En cambio, seduce y cautiva la extrema juventud. La extrema juventud es también *la extrema izquierda... de la vida.* Toda entusiasmo, toda amores apasionados, anhelos vehementes, desinteresadas aspiraciones, ideas puras. No es *conservadora*, porque no tiene nada que *conservar*; no es egoísta, porque no ha tenido tiempo de aprender á vivir.

Los que aún no somos viejos, nos acercamos á ella para refrescar el espíritu, y gozamos con sus alegrías.

Nos deleita el canto de los pájaros en la primavera.

***

La vida muy larga asusta, y estamos tentados á decir con Ernesto Legouvé:

Ce n'est pas la mort que je crains;
c'est la vie...

¡Ciento tres años! Es demasiado...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

La palabra de un tonto

Todo sirve para algo en el mundo; todo tiene en el mundo alguna utilidad, alguna aplicación. El trapero recoje con su gancho afanosamente los desperdicios urbanos, y los hace valer para muchas remanipulaciones; las colas de cigarrillos, cogidas por los golfos, vuelven á arder ó se emplean de nuevo en la industria tabaquera; Cervantes recogía los papeles viejos y rotos de la vía pública para satisfacer su infinito afán de ilustración; las hojas de plátano le servían á la reina Ponapé, según Pierre Loti, para una necesidad misteriosa y oculta.

Todo sirve para algo; todo, ménos la palabra de un tonto.

Y los tontos, sin embargo, hablan mucho más que los discretos.

La tontería se desvanece en palabras inútiles. Ni el comercio ni la industria ni la ciencia saben que hacer con la lengua de los tontos.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

La "yerbera"

La yerbera de los campos sólo cree en la yerba de los campos como agente terapéutico. Se completan la una con la otra. Es lo primitivo, lo natural que lucha con la ciencia y la vence en el ánimo de los sencillos aldeanos.

Pero no unicamente los aldeanos. El culto de las yerbas, la creencia en las yerbas, también tiene de su parte la credulidad de muchas gentes leídas y escribidas que, por horror al médico, se muestran inclinadas á reconocer el poder curativo de un cardo ó de una juncia.

Es el instinto anti-científico que así se revela; una preocupación y una superstición ancestrales expresadas bajo la forma de fanatismo, un fanatismo más, porque de fanatismos inconscientes se entreteje toda la vida rústica.

No hay campesino que no sea, sin razonarlo—los sectarios inteligentes tampoco razonan,—fanático y supersticioso.

¿Será que el contacto perenne con la naturaleza le infunde una fé cerrada, exclusiva y absoluta en lo que de la naturaleza directamente procede?

El espíritu de las viejas leyendas, abierto para recibir sin examen los prestigios sortilégicos y las maravi-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

llas de brujería, se ha refugiado en los últimos rincones del ruralismo. Allí, en la zona espiritual de la inconsciencia, persisten y reviven los impulsos obscuros que hicieron doblar la cabeza y blandir las armas á las muchedumbres de antaño.

Esta «yerbera» que todo lo cura y lo sana con la panacea universal de sus yerbas, con el milagro de sus conjuros, con la imposición de sus manos prodigiosas, es la edad media que se sobrevive. Y éstos que acuden á consultarla, á solicitarla, á reverenciarla con fervor cuasi místico, éstos que no creen en la medicina y creen en el misterio de una nueva cábala, son la clientela moderna de la nigromancia antigua.

Así se manifiestan los campesinos en todas partes. Participan instintivamente del desprecio y el odio que han sentido contra los médicos algunos intelectuales de primera fila (entre otros, Moliére, Voltaire, Tolstoy), y, por exceso de reacción, le reconocen virtud de curar á la más humilde y anónima yerbecilla.

En la campiña canaria existen muchas variedades de curanderos empíricos, sin diploma y sin gabinete. Hay la mujer que aplica á todos los males y dolencias tratamiento de yerbajos ó de infusiones, la que recompone y remonta los huesos dislocados, la que remedia el aojo, la que usurpa el puesto del veterinario curando á los animales por métodos originalísimos, la que aplica extrañas medicinas morales que reponen los matrimonios desavenidos al estado de concordia.

No faltan—y ello es lo más grave,—Lucrecias Borgias, Canidias, madamas de Brinvilliers, que para renovar el amor extinguido en pechos ingratos ó para asegurar el goce infame de una *vendetta*, se valen de filtros y ponzoñas activísimos.

La libertad con que todas ellas ejercen sus *profesiones* entraña un serio peligro. Deberían ser perseguidas y castigadas como terrible *plaga del campo*. Cuando

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

menos estrago producen, sus manejos, engañifas y expoliaciones trastornan el seso á los campesinos. Muchos, pasando por esa sugestión ó más bien dicho serie de sugestiones, caen en la demencia. Las *médicas* vegetalistas y las adivinas y hechiceras—también hay brujas en nuestros escondidos montes y valles—son proveedoras del manicomio.

¡Cosa singular! Esos ministerios los desempeñan rara vez los hombres. Constituyen un privilegio de las mujeres rurales, quienes aprenden lo que dicen saber en el gran libro de la Naturaleza, menospreciando á la Facultad. Es un aspecto del feminismo que tradicionalmente conserva á la mujer el poderío enigmático y diabólico, anatematizado por los viejos anacoretas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El problema manducatorio

Qué piensa V. de la carne?—me preguntaba hace pocos días una dama que está á matar con los carniceros por haber intentado la subida del precio de ese artículo principal.

—¡Ah, señora!—le contesté—la carne es el tercero de los enemigos del alma, y sin duda el más temible de los tres. La carne es la tentación, la condenación, la perdición... ¡Cuántas delicias proporciona el comerla, pero qué trabajo cuesta el digerirla, si es dura, y qué afanes el adquirirla si se encarece demasiado!... Hartóse de ella el diablo antes de meterse á fraile, y por eso en las carnes corrompidas se adivina el maleficio de Lucifer... Usted lo sabe... ¡Dios nos libre!...

—Lo sé, mi amigo, lo sé. . Yo no la gasto, y ni siquiera la deseo, aunque harto carnívora fuí... Vegetariana por convicción, pienso que en este país aumentará díariamente el número de los vegetarianos por necesidad.

—El gofio salva á nuestras clases trabajadoras; pero así como la carne no está al alcance de todos los bolsillos, el gofio no está al alcance de todos los estómagos, En algunos, con exceso delicados, produce verdaderas revoluciones ese substancioso condumio administrado

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

en píldoras enormes... Tragada la píldora, viene un atragantamiento, una obstrucción, un sofoco...

- Calle usted... No hay obstrucción parlamentaria ni atragantamiento oratorio que admitan ser comparados á los efectos del gofio en un estómago fino. Con todo eso, el gofio es para los proletarios un suplemento maravilloso...

—Para los proletarios declarados, lo acepto; no para los proletarios vergonzantes, que suman grandísimo número. Estos, si lo comen á pasto, estallan... Y si no lo comen, ¿qué comerán?

—Bellas hortalizas, jugosas legumbres, exuberantes tubérculos, sanas hierbas, nutritivas raíces... *¿Chi lo sá?* Los Padres del Páramo, los ascetas de la Edad Media, deben de tener muchos imitadores entre nosotros, no diré convencidos sino obligados. A la fuerza ahorcan. Es necesario engañar el hambre, que no se deja engañar, la muy lagarta.

—Compadezca usted á las clases medias, amigo mío. La mayor parte de las familias que á esa clase infortunada pertenecen, no pueden poner el puchero de Don Quijote. Sería mentira decir que llevan á la olla algo más vaca que ternera, ó unos simples escrúpulos de carne... Nada de substancia llevan. Practican el ayuno mal disimulado, no la clásica y nunca bien ponderada sobriedad castellana. Miran la carne como una *hipótesis*, como una invención mitológica, semejante á la ambrosía de los poetas. La madre de familia pobre exclama: pero ¿qué es lo que comemos, Dios mío? y lo ignora...

—Las clases medias,—replico á mi amiga,—soportan el mayor peso del problema manducatorio. ¡Cuántos mártires silenciosos y cuántos forzosos ayunadores guarda en su seno! Los empleados de poca paga, los dependientes de sueldo escaso, los pordioseros de levita, ¿á qué santo se encomiendan para poder nutrirse convenientemente? ¿Se repite en ellos el milagro de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Papus ó el de los panes y los peces? El de la carne de seguro no les ampara y remedia, porque sólo la ven colgada del garabato, como la vé el gato...

—Tiene usted razón. ¡Triste destino el de las clases medias! Lo que es mediano no se define bien, ni aun para comer, como no sea á la mesa de la política, que permite el funcionamiento parejo de ambos carrillos... A medias tintas sociales, medias raciones alimenticias. Se comprende que la amenaza del aumento de precio en las carnes apenas haya importado mas que á los ricos.

Los pobres de las diversas categorías se atienen al régimen cuaresmal, sin lacticinios, por supuesto, que también cuestan un ojo de la cara...

—Dígame usted á mí lo que cuesta un huevo...¡ Ay, amigo, todo está caro aquí; todo, menos la murmuración callejera! Vivimos en la tierra más cara del mundo...

—Cierto, señora mía. Por eso los que la abandonan, se despiden de ella diciéndole: ¡Oh, cara patria!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Laetitia

PERMITIDLE á un ciego que cante la visión; permitidme á mí, triste, que haga el elogio de la alegría, así como Erasmo, cuerdo, hizo el elogio de la locura.

Qué es nuestra vida más que un breve día
Do apenas sale el sol cuando se oculta
En las tinieblas de la noche fría?
Qué es más que el heno, á la mañana verde,
Seco á la tarde...? (Rioja.)

Si la vida es así, por testimonio de todos, absolutamente de todos los poetas que nos han dado su definición en palabras desoladas y desoladoras; si la vida es así, un paso breve, un tránsito doloroso y difícil, sólo aciertan á vivirla bien, humana y razonablemente, aquellos que la apuran alegres hasta la última hez, aquellos que sin abdicar las preeminencias del espíritu, señal indudable de la superioridad del hombre, procuran alegrar el viaje arrancando ó por lo menos disimulando las espinas que erizan el camino, cantando para ahuyentar la pena, como los niños en la noche solitaria; libando el licor de la alegría con que se emborrachaban, bajo la

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

caricia del sol, los antiguos griegos, maestros incomparables en el arte de saber vivir.

La alegría era lo que estaba en el fondo de la civilización helénica; la alegría esparcida en los campos, difundida en los horizontes, desplegada en los cielos con los derroches de la luz, bajando como una emisaria divina al fondo de las almas que la respiraban y la absorvían encontrando en ella la última razón de ser de la existencia.

Y esa es también nuestra naturaleza. Ríen nuestros campos como los campos de aquellas privilegiadas tierras mediterráneas y hay fiesta perpétua en nuestro cielo, donde el azul intenso bordado de blanco nos habla á todas horas de inmortalidad y nos convida á los suaves y plácidos ensueños. Hay alegría en la barcarola que cantan nuestros marineros acompañando la canción indescifrable de las aguas, en el espectáculo de nuestras campiñas, propicias á la inspiración de la égloga, en los ojos de nuestras mujeres, negros, profundos y luminosos como nuestras noches semi-tropicales. ¿Por qué no ha de haberla también en nuestros espíritus, por qué en vez de establecer armonía entre el mundo interior y el exterior, nos empeñamos en desentonar de lo que nos rodea, en perpetuar las causas de tristeza que nos agotan y nos marchitan, los odios, los desabrimientos, las luchas mezquinas, las preocupaciones exageradas sin más base que la inquietud del porvenir, esa cosa incierta, más incierta que el vaiven de la ola, esa cosa obscura, esa incertidumbre que no debe ocupar nuestro pensamiento, según nos aconseja el Kempis?

La felicidad es nuestra propia obra, no tiene, no puede tener realidad objetiva; es una ilusión, un engaño, un subjetivismo por consiguiente. Es feliz, como dice el mismo libro sagrado que antes cité, aquél que adelanta siempre en el camino de la renunciación y, traduciendo al sentido positivo humano el sentido místico, cabe de-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

cir que esa renunciación debe ejercitarse solamente sobre todo aquello que nos estorba para alcanzar la paz y el bienestar interior, únicas formas posibles de la dicha sobre la tierra. El cultivo honrado de la alegría es también una de las manifestaciones ó de los modos de ser dichosos. Debemos poner en nuestros labios, no la risa escéptica, que es un disfraz molesto y una mentira amarga, sino la sonrisa que brota de la contemplación serena de las cosas del mundo. Debemos mirar en la naturaleza mucho más que en la sociedad, y dentro de nosotros mismos mucho más que fuera de nosotros, procurando establecer acuerdo y armonía entre lo interior y lo exterior, para que lo objetivo se refleje en lo subjetivo, no produciendo un choque doloroso, sino una compenetración profunda y tranquila.

El amor constituye una forma fundamental de esa armonía, una necesidad de nuestra alma, una condición de la felicidad; pero el amor difuso, si se me permite expresarlo así, el amor extendido á todo lo creado y por lo creado al Creador; el amor, fuente sin cesar renovada de las satisfacciones individuales, que conserve su fuego en plena vejez y nos ponga á cubierto de las desesperaciones del supremo hastío. Y este amor poderoso é impersonalizado, la pasión de los buenos, de los fuertes, de los espíritus selectos que saben vivir fuera de sí mismos, más allá del *yo*, más allá de su pueblo, más allá de la patria, más allá de la humanidad, siempre más allá, se acompaña de la alegría, porque tiene por distintivo una serenidad verdaderamente olímpica, y la serenidad es la alegría en reposo.

. . . . . .

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El bombo

Quién no lo sepa tocar, cuente por seguro que no llegará á ninguna parte. Quién lo toque mucho y bien, ó haga que otros se lo toquen, ese irá lejos.

La experiencia de cada día lo demuestra. En cualquier orden de actividad, carrera ó profesión, golpear fuerte y oportunamente el parche es irse aproximando al éxito. No se da un sólo golpe en vano. Como bailan los osos al son de la pandereta, así bailan las gentes la divertida farándula social al eco del tamboril que suena el reclamo. Y en la prensa, verbi-gracia, ¡hay tanto tamborilero!

Los tocadores de gaita del periodismo lucen su arte *espontáneo* en la gacetilla como en medio de la plaza de una aldea gallega. Allí hacen música barata que, sin embargo de serlo, ó acaso por serlo, les asegura una buena parroquia. La música que se toca en los *pisos altos* es mejor, más escogida, más difícil; clásica unas veces, otras wagneriana, fantástico-naturalista. Nada de arias organilleras ni de romanzas sentimentales ni de cavatinas con fiorituras: amplia la frase, remontado el tono, robusta y vigorosa la orquestación. Allí no enloquece ni muere la *povera Lucia*, pero se yergue el héroe Sigfrido. ¡Caballeros, esa sí que es música!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El bombo, como instrumento principal, la domina, reforzado con el ronco clamoreo de los cobres. Desarrolla *motivos* importantes y se ejecuta en honor y alabanza de cosas y personas grandes por lo menos en apariencia. Este carácter elevado, aparte su fondo *científico*, la distingue de la musiquilla callejera de los pisos bajos. Pero en una y en otra el bombo desempeña el primer papel y suena altísimo. ¡Qué páginas musicales de estilo moderno, esos artículos en que se cantan soporíferamente tantas lisonjas!

Ya se comprende cuanto importa aprender á manejar el bombo en la orquesta periodística: mucho más que aprender á manejar la batuta.

El bombo político hace de un bandolero un hombre honrado y un sabio de un necio, como convenga al cacique, que será D. Simplicio Majaderano ó Jaime el Barbudo. El bombo literario convierte en escritor hecho y derecho, de tomo y lomo, á cualquier pavo relleno de frases hechas.

Junto al bombo periodístico, se calla avergonzada el arpa de David.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Campestre

El campo es para mí la salud, el reposo y el olvido; mientras más aislado, mientras más lejano de los centros de población, más hermoso y amable me parece. Busco en el seno de la madre Naturaleza la augusta soledad. Respiro á plenos pulmones el aire oxigenado de las alturas, corro tras los cabritillos y doy la mano á los zagales que los conducen. Este ambiente de égloga me rejuvenece. ¡Qué gusto caminar de espaldas á la cultura, soltando los añadidos que ella nos ha puesto, en un movimiento de regresión hacia las cavernas primitivas!

A veces se siente uno salvaje, execra el tráfago social, anhela libertarse de la esclavitud de los infames convencionalismos. Esto nos puede ocurrir á ratos; pero siempre nos ocurre ver, como realidad inalterable, la eterna falsía humana y padecer sus efectos. La humanidad, tomada en conjunto, merece que nos preocupemos de su porvenir; tomada por fracciones ó por unidades, acaso suscite el desprecio ó el odio. Hay que mirarla de lejos, pataleando en el cieno de sus concupiscencias, para aprender á aborrecerla ó despreciarla.

Los casos de rectitud no niegan, antes corroboran la general perversidad bajo cuya influencia hombres y na-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

ciones se corrompen y caen, ideas y leyes se degradan y esterilizan. Esos casos son casos de *enfermos morales*; la salud es el estado normal de los que viven abrazados al vicio, á la mentira, á la apostasía, al deshonor. Me explico bien el ansia de aislamiento que sienten los espíritus escogidos, los ilustres salvajes que se llaman, por ejemplo, Galdós, Ibsen, Tolstoï.

¿Pero adónde voy á parar con estas filosofías desconsoladoras? No quería hablar más que del campo, que es la poesía apacible, la calma y la libertad.

*
* *

Todas las mañanas tomo mi baño de sol y todas las tardes mi baño de aire, tendido en una pequeña eminencia desde donde se descubre bellísimo panorama.

En derredor, paseando la vista á izquierda y á derecha, desarróllase el inmenso circo de las montañas de la isla. Son un escalonamiento grandioso de mesetas, de conos, de ingentes masas que suben, suben unas tras otras deteniendo la mirada en los mil accidentes de su conformación bizarra; en último término, se descorre como telón de fondo una gigantesca sierra dentada que parece agujerear el cielo.

Grandes nubes algodonosas caen como velos sobre las cumbres y se deshilachan entre los picos, tomando fantásticas coloraciones cuando las hieren las luces del Poniente... De esas nubes que se deshacen, emergen los blancos caseríos, los grupos de palmeras, los cultivos marcados por manchas verdes en medio del tono sombrío de las pendientes y de las cañadas... Por acá y por allá, detalles bucólicos y pastorales en el hermoso cuadro: ora un rebaño que va en demanda del aprisco, ora rectas columnas de humo que salen del hogar campesino donde la cena aguarda al labrador...

En frente, el pueblo de los Llanos con su prosáica iglesia de cúpula enjalbegada, acurrucado en un ancho

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

repliegue del terreno; á lo último, á lo lejos, el mar color azul turquí, surcado de cuando en cuando por algún velero semejante á un gran pájaro que vuela con lentitud al ras de la ola... Me siento algo Melibeo, y quisiera tener mimbres poéticos para tejer un idilio..!

Una de estas tardes he asistido á las nupcias de la Naturaleza con el otoño. La Naturaleza, en efecto, estaba pálida como una desposada, al recibir el beso del crepúsculo. El cuadro se volvió repentinamente gris, y yo me puse repentinamente triste. Los ecos del *Angelus*, que vibraban en la pureza de la atmósfera, tenían la melancolía angustiosa, desgarradora, del *memento*...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El Padre Nuestro del tío Juan

El tío Juan era un marinero asaz aficionado al vino. Parecía haber hecho juramento de perpétua embriaguez, como los anacoretas lo hacían de perpétua pobreza, ó como los gitanos lo hacen de perpétua suciedad. Cuando no estaba borracho iba en camino de estarlo; si no se encontraba en la taberna, tuviérase por seguro que por las cercanías de la taberna había de andar.

Desde que el tío Juan se ponía algo peneque, empezaba á tomarla con su mujer. ¡Ah, la mala hembra! En hora menguada había unido su suerte á la de aquella pécora, bruja maldita cuyo pacto con el diablo no admitía la menor duda. Casquivana, maligna, chismosa y, por añadidura, *infiel*. ¡Infiel á los setenta años! Apenas se elevaba un poco la temperatura alcohólica del tío Juan, entrábanle unos celos feroces.

—Hoy morirá á mis manos esa indina—decía ya trastornado.—Hoy ha de ver que tengo bien puestos los calzones.

Y para animarse, para hacer valor, pedía una copa, y otra, y otra. Al llegar á la docena, su lengua movíase con más trabajo que sus piernas, pero seguía vomitando insultos cada vez mayores contra su cara mitad.

—En cuanto despache este vaso, voy y la *ajogo*. ¡Sinvergüenzona! ¡Desnaturalizá! ¡Mascarón de proa!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Al decir esto, pensaba el tío Juan que había dicho la injuria suprema, y callaba. Luego, transcurridos unos momentos, volvía á sus vociferaciones.

– Es necesario que yo la mate –; un hombre honráo no pué vivir con esa pindonga, ni premitir que ella le abichorne.

La echaré á pique, antes que me haga naufragar. ¡Leña! ¡chicotazo! ¡la baqueta del mestre!

Y el tío Juan hacía un esfuerzo para levantarse, lográbalo difícilmente y salía á la calle trazando unas eses grandísimas.

—Ya verá, ya verá ese mascarón de proa. ¡Leña! ¡chicotazo! ¡la baqueta del mestre!

No faltaba nunca en tales casos un alma caritativa que llevara el aviso á la interesada. Apenas el tío Juan había dado unos cuantos pasos fuera de la taberna, sentía la aproximación de su amada consorte que se le iba encima como una leona.

—¿De dónde vienes, borrachón mardecío? Ojalá el vino se te vuelva ponzoña, mal esposo, mal padre, jijo de Satanás!

—Cálmate, palomita sin hiel –balbuceaba el tío Juan. Esto no ha sío ná, sino que me he bebío dos copas á la salú de la mujer más güena que hay en el mundo.. ¿Sabes tú quién es esa mujer?

—Lo que sé—replicaba ella,—es que voy á sacarte los ojos, á beberme tu sangre. Anda pa lante, demonio!

El tío Juan seguía su camino trazando eses cada vez mayores, y murmurando:

—Padre nuestro que estás en los cielos, y no nos dejes caer...

De pronto tropezaba en una piedra y caía redondo.

—¿Qué le habré jecho yo á su Devina Majestá—murmuraba entre hipos vinosos--para que ansí me abandone?

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Los millonarios yanquis

La leyenda del rey Midas se reproduce en nuestro tiempo, y hay muchos hombres de oro que pudieran confundirse con el propio y clásico becerro adorado por los asirios. De ellos la mayor parte lo tienen todo de aquel metal precioso, menos el corazón, que es de piedra ó de barro. Y, además, cuanto se les aproxima, cuanto miran, cuanto tocan, cuanto piensan, cuanto hacen, toma al punto del oro la dureza y el aspecto.

Creso debió ser pobre en comparación de esos multimillonarios á quiénes rendimos desde lejos nuestro correspondiente homenaje. ¿Cómo no rendírselo? Son la omnipotencia del capital que envuelve al mundo, lo sojuzga y lo conquista. Son el lujo, la insolencia, la altanería, la soberbia despreciativa y osada. Pueden lo que quieren. Ningún antojo les resulta irrealizable, ningún obstáculo resiste el ataque obstinado de la fuerza avasalladora que se contiene en el dólar ó la libra esterlina.

Han engendrado esa cosa moderna, muy difícil de definir, llamada snobismo. Las improvisaciones de riqueza que, en los Estados Unidos principalmente, han traído la creación de un patriciado nuevo oliendo á tocino, á manteca y á petróleo, imponen una forzosa ley de dominio á los productores de Arte en nombre de los productores de géneros industriales y artículos alimenti-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

cios. Mecenas de nuevo cuño, sin refinamiento ni nobleza, para satisfacer sus vanidades, no sus gustos artísticos, trabajan los grandes pintores, escultores y arquitectos. Pagan bien y con exactitud, por lo cual, en victoriosa porfía, se llevan de los concursos lo mejor y arrebatan de las almonedas lo más rico, costoso y exquisito. Ignoran lo que valen sus adquisiciones, pero halagan su vanagloria al apropiarse mediante un derroche de dinero la fina flor de las artes. Es nada menos que el espíritu moderno en sus más delicadas florescencias lo que han hecho suyo. Y esa apropiación, realizada por la violencia del capital triunfante, equivale, si bien se mira, á una violación.

Porque lo que así adquieren, en puja que hace imposible toda concurrencia fuera del inmenso círculo mágico en que danzan los millones, va á aumentar los monopolios de los reyes mercantiles de Norte-América, verdaderos señores del universo. Y despoja el tesoro de los pueblos en beneficio de unos pocos afortunados.

Los *trusts* cierran la red de monstruosos negocios en que los Cresos modernos encierran á la humanidad presente. Hasta los viejos escudos heráldicos, representativos de la historia y de la tradición, entran en el conjunto de sus atrevidas especulaciones: también los compran á elevados precios. Los Vanderbilt, los Gould, los Astor, sellan sobre la cabeza gentil de sus herederas el pacto entre el oro acuñado y el nobiliario oropel. Así nace una nueva aristocracia de aleación que no ostenta, como la creada por Bonaparte, la legitimidad de la gloria, sino el entronizamiento de los éxitos obscuros de la lucha comercial.

Pero los reyes del petróleo, del acero, del trigo, son verdaderamente más reyes que los que visten púrpura y cargan cetro. Con un hábil golpe de Bolsa hacen estremecer el mundo sobre sus ejes, con una mirada ceñuda hacen temblar á sus servidores.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Esta su servidumbre se compone de innúmeros adictos al poder sin igual del dinero. Los Mecenas de nuestra época cogen y cazan en la áurea urdimbre de su redada gigantesca, desde las perlas de Ceylán hasta los destellos de la creadora mente humana. Prestan á los monarcas, someten á los pueblos, esclavizan á los hombres. Y, después de haberla formado Dios sabe como, por que medios y por que caminos, se entretienen en ver discurrir la corriente rapidísima de su fortuna que arroja miles de duros por segundo, como un Niágara, como un Amazonas de oro caudaloso. No piensan que su enriquecimiento desmedido es una detentación y que esa detentación han de expiarla, sino ellos mismos, sus descendientes. Doran y platean el mundo, pero el mundo les aborrece.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Las princesas amorosas

El amor, por lo visto, en las princesas, natas ó advenedizas, es una enfermedad; una enfermedad que solo se cura con la muerte. Ahí están, para demostrarlo, Luisa de Sajonia y Clara Ward, nuestra adorable huéspeda de hace muchos años.

Las dos, buscando el punto fijo en el matrimonio, han dado unas cuantas vueltas y aún no han encontrado el esposo, ni lo encontrarán nunca. Siguen girando como locas veletas, á merced del viento. Demasiado sensuales, demasiado mundanas, demasiado *mujeres*, no han podido poner en el amor de Dios la salvación. Para esto es necesario ser la señorita de Lavalliére y, después de haber poseído el corazón de Luis XIV, sentir el misticismo y disolver la vida en un claustro sombrío cual en un remanso muerto.

No son ellas capaces de tanto renunciamiento religioso; en cambio, la carne las liga al mundo, y las posee el demonio que reina sobre el mundo y sobre la carne. ¡Hijas predilectas del pecado mortal!

Las dos ponen en acción una novela célebre de *Gyp*: *Autour du mariage*. Van, vienen, se descasan, se vuelven á casar, y *el hombre* no parece. La princesa de Sajonia se separa de Toselli, cuyo violín ya no le satisface,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

la princesa de Caraman-Chimay se divorcia de Guicchardi, cuyas condiciones de conductor de trenes ya no le agradan. Y ambas siguen buscando, buscando... ¡Adorables buscadoras!

Princesas *bebés*, llenas de curiosidad, permanecen en una infancia amorosa. Sienten, pero no comprenden, no ven. En el juego de la pasión, siempre defraudada, han perdido todas las prerrogativas, todos los honores, y continúan ciegas para la visión de la dicha permanente, del marido definitivo y estable. Ni Giron, ni Toselli, ni Rigo ni Guicchardi encarnan el ideal acariciado... Hay algo más allá, algo que no se concreta, que no se define.

Tienen rasgos de idealismo y veleidades de romanticismo, ellas, materialistas del amor. Esperan, como las señoritas cursis, la llegada del deseado, que no será precisamente príncipe, porque los príncipes no resultan... Ni los pedagogos ni los músicos tampoco.

Nada les enseña el *Ars amandi* de Horacio; nada las biblias ó los breviarios amatorios, nada los idilios literarios, nada *Madame Bovary*. Más allá, siempre más allá...

Seguimos anhelosos los mariposeos de las princesas en torno del Amor, porque esperamos un gran descubrimiento... Exploradoras de espacios desconocidos, Luisa de Sajonia y Clara Ward llevan en sus corazones insaciables el ansia de muchos hombres y muchas mujeres modernos que, como ellas, no han sabido ni podido amar, queriendo amar mucho...

Esa impotencia pasional, cien veces engañada, despierta nuestra simpatía. Las hijas predilectas del pecado mortal, las princesas amorosas, después de derrocharse amando, después de haber recorrido en el amor toda la escala, desde los palacios á las cabañas, desde la nobleza más encopetada hasta el estado llano, no saben lo que aman, no saben lo que quieren... Cristo no les ha to-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

cado en el pecho; todavía no son capaces de la regeneración y la santificación del amor que salvara á Magdalena.

Y á estas alturas el amor se les aparece como una incógnita.

Todas las pecadoras, todas las cortesanas acabaron así, declarando que *no conocían el misterio*...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El cometa (1)

Todas las noches, á la hora en que principian su juerga los calaveras trasnochadores, aparece el cometa de este año de 1909, como un bohemio de los espacios siderales. La *corre* hasta la madrugada, y se retira antes que salga el sol y lo desvanezca entre sus rayos. No tiene tres colas como los bajás de la leyenda, pero la única cola que exhibe vale por tres, porque es una cola verdaderamente atroz. Ponéos á calcular miles de leguas y no llegaréis nunca al fin de ese formidable rabo luminoso.

En ese cometa todo es rabo, al modo de las *cometas* de viento que echábamos á volar en nuestra infancia; pero no mueve el apéndice caudal. Lo arrastra por el cielo con gracia peregrina, como si estuviera convencido de que lo único de que puede vanagloriarse es la cola y pusiera empeño en que se la vean. También lleva cabellera rutilante, por el estilo de la que gastaba Valle Inclán al empezar á ser genio.

Cabellera y cola descomunales unidas á un breve núcleo. Así son los cometas, y así son muchos hombres cometarios que andan por ahí pisándose la gigantesca cauda, agitando al aire la absalónica melena para ver si le sacan chispas. Unos reaparecen y engañan con su

(1) Crónica publicada con motivo de la reaparición del cometa Halley.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

brillo, cual el cometa de Halley; otros se hunden para siempre en las profundidades de la vida, ni más ni menos que los astros rabudos en las profundidades del espacio. Unos se pisan la cola y caen para no levantarse; otros se cortan los cabellos y es lo mismo que si se cortaran la cabeza, pues el pelo montaraz les tapaba admirablemente la caja vacía del cráneo.

Mucho abunda el tipo específico del hombre cometa que no sabe de donde sale, no va á ningún punto, acaba por perder la cabellera y la cola en el camino, y al quedarse reducido al *núcleo*, se convierte en nada.

Así dice doña Benilde que le ocurrió á su esposo.

—No me hable V. de cometas—exclama la pobre. Harto sé donde le apretaba la cola y donde le sofocaba la cabellera al cometazo de mi marido; pero por ambos extremos se ha deshecho el infeliz entre mis manos. Ya solo le resta un núcleo tamañito como una avellana. He aprendido á mi costa un poco de astronomía irregular y le aseguro á V. que los cometas humanos no vuelven y, además, concluyen por evaporarse.

Doña Benilde se ha preocupado tanto con su cometa, que ya ningún otro la preocupa. Un erudito le habla de los de Halley, Biela, Faye, D'Arrest y Encke, para lucir su ciencia barata.

—Calle V.—le replica la dama acaloradísima,—no *cometa* la indiscreción de obligarme á hablar de *mi cometa*.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Los cosacos

¡Hurra, cosacos del Desierto, hurra...!

Espronceda.

Salud, cosacos! Sois excelentes sicarios, bravos asesinos, magistrales verdugos. Vuestra lanza va recta á clavarse en las entrañas del pueblo y los cascos de vuestros caballos trituran la carne martirizada de los obreros, la carne tierna y sonrosada de los niños. El espíritu devastador de muchos siglos de despotismo os acompaña. Por eso, como si fuéseis la tempestad, herís sin saber por qué, matáis sin saber á quién. Sois la ceguera de la barbarie.

Sois la vieja Rusia que se defiende antes de morir. Un tiempo le brindásteis el botín de la guerra; hoy le brindáis el fruto primicial de su juventud, la granada fresca y sangrienta cogida en medio de las convulsiones de la revolución. La habéis mordido, y luego la habéis ofrecido á los sedientos labios del descendiente de cien monstruos, como un don de muerte que él y la tiranía que representa necesitan para poder vivir... ¡Hurrah, cosacos!

El poeta cantó las grandezas de vuestra furia; prestó á vuestros corceles las alas de su musa frenética, y los convirtió en Pegasos; os invitó á subyugar la Europa

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

y á rejuvenecerla con la transfusión de vuestra sangre heróica; os convidó á saquearla, arrasarla y esclavizarla. El caudillo dijo que Europa sería cosaca, ó tendría que ser demócrata forzosamente...

El tiempo de las profecías ha llegado. Frente á la democracia que sube en Rusia como aliento del alma popular, vosotros hostigáis vuestros caballos, agitáis enfurecidos vuestras lanzas, y pasáis con la violencia del huracán á través de las turbas sublevadas, destrozándolas... En la locura contagiosa de la matanza perdéis hasta el último rezago, hasta el último estímulo de humanidad, haciéndoos unos con vuestras bestias. No se sabe donde terminan vuestras extremidades y donde empiezan las de vuestras veloces cabalgaduras... ¡Centauros horrorosos, tenéis el poder de una doble fuerza animal!

Pero á despecho de esa fuerza, ni Europa será cosaca, ni mucho menos Rusia dejará de abrirse á la fecundación milagrosa de la libertad. Los cascos de vuestros caballos, más temibles que los cascos de las bombas explosivas hieren al Zar en la frente. La tiranía se apoya en la barbarie, tambaleándose sacudida por el terremoto revolucionario.

¡Hurrah, cosacos, hurrah!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Reinar después de morir

En América se ha inventado y puesto en práctica un procedimiento muy curioso para acabar con los escritores que hacen demasiada sombra. Los que no se resignan á vivir en esta sombra, van... ¿y qué hacen? Pues bonitamente matan á los literatos y á los poetas por quienes sienten tanta envidia. Primero los persiguen, después los vilipendian, por último los borran del mundo de los vivos, *en el papel.*

Y se quedan tan regocijados, hasta que uno de los interfectos sale y dice: *Los muertos que vos matáis gozan de buena salud.*

De esta manera han muerto, sin que ellos lo supiesen ni tuviesen medios de impedirlo, Vargas Vila, Ruben Darío y Emiliano Hernández.

El gran escritor venezolano amaneció difunto un día en las columnas de algunos periódicos. Al mismo tiempo que tomaba el chocolate, se enteró con el consiguiente espanto de su inesperada defunción. ¿Habré fenecido efectivamente? preguntóse Vargas, y se miró, y se palpó, y dudó todavía. El caso no era para menos. Entre negros filetes, leyó su esquela mortuoria con todas las formalidades y aditamentos consabidos. Los parientes le lloraban, el duelo se despediría en el lugar de costum-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

bre, se suplicaba el coche. Lo peor, lo que hubo de dolerle en grande al ensoberbecido artista, al satánico ególatra, fué el panegírico. Como lo habían hecho sus enemigos, Vargas resultaba achicado extraordinariamente. El coloso aparecía convertido en pigmeo.

Morir, pase; pero no obtener los honores que el genio merece, eso le enloquecía. Indigestósele el soconusco, y corrió á participar á las naciones que *aún vivía Vargas*, que el inmortal no pensaba morirse por el momento. Había que pensarlo un poco, dejarlo para más tarde.

Así sucumbió también Rubén Darío á manos de anónimos envidiosos. Le mataron, le sepultaron y le hicieron un ruin elogio fúnebre. El jefe del modernismo no protestó siquiera; limitóse á beberse un ajenjo á su propia salud y á la salud de sus matadores. Luego, escribió una de sus más nebulosas y superfirolíticas composiciones poéticas.

Del mismo modo inaudito pereció Emiliano Hernández, escritor centro-americano de mucho fuste. Una mañana ciertos diarios dieron la noticia de que Don Emiliano había pasado á mejor vida. Y no lo trataron mejor que á Darío y á Vargas.

El *muerto* escribía por entonces en un periódico de su propiedad, allá en Managua, ó no sé donde. Se enderezó colérico, cogió las disciplinas de su crítica y empezó el vapuleo de sus sacrificadores con esta advertencia: *¡Eh, que todavía estoy vivo!*

Vivos están los tres muertos, y muertos los victimarios. Lo malo de este sistema eliminador consiste en que las víctimas resucitan al día tercero, como Jesucristo, llenas de pompa y magestad.

Haga lo que haga, diga lo que diga, la envidia no logra matar al talento.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El nuevo paganismo

Hay en las sociedades contemporáneas inclinación bien definida á imitar lo inimitable: el espíritu greco-romano. El arte se orienta hacia Grecia; los gustos estéticos se saturan de gentilismo; hasta la moda se paganiza en la mujer. En el amor, en las relaciones sexuales, priva un libertinaje de formas que renueva la *manera clásica*. Se tiende al desnudo; van rompiéndose uno tras otro todos los velos y se deja oir un gran clamor orgiástico que proclama el triunfo de la carne.

Las cocotas modernas son hetarias degeneradas, sin el encanto espiritual de sus remotas ascendientes las cortesanas de Atenas y de Corinto. En ellas ha degenerado la humana escultura y el alma parece enferma. El cansancio de tantos siglos de vida y de historia refléjase en esos rostros donde nada se lee sino el dolor del vicio. El vicio es un dolor más en nuestros tiempos sobrecargados de pasiones convencionales é histéricas. Las *demi-mondaines* quieren reir como Lais, y sólo aciertan á desfigurarse la máscara con una mueca horrible. Por debajo de los afeites, las devora una corrupción espantosa, sin gracias, y avanza una muerte lenta.

Bástanos asistir á un espectáculo de *café concert*,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

para convencernos de que el paganismo resurge como una depravación anti-artística. La eterna serpiente se enrosca á las piernas y al pecho de esas desgraciadas que gritan obscenidades y se descoyuntan en contorsiones locas, cual si fuesen á morir de un espasmo de sensualidad. Hasta la lujuria es en ellas un fingimiento. Sus labios pecadores lanzan la frase libidinosa como una blasfemia. Sus ojos están marchitos, lo mismo que su corazón. Las palomas se revuelven furiosamente en el fango, y ninguna pluma les queda limpia. Se las traga el cieno.

Aquello no es *natural*. El gesto rebuscado, la mirada estudiada y vacía, la sonrisa imbécil y mecánica, denuncian una falsificación moral que debería prohibirse, castigarse. No las embellece ni siquiera el buen gusto, el sello de la elegancia antigua. Son histrionisas impotentes que solo se saben desnudar. Son copistas que no ponen nada propio en la copia, á no ser un exceso de impío impudor y un fondo de perversidad descarada, la hez de la civilización moderna.

Estas corruptoras van á los tablados á cantar, á bailar y á mimar indecencias dignas de los burdeles. ¡Y llaman arte al más torpe encanallamiento! Bestias, frente á la bestia. Su lubricidad bárbara las animaliza completamente, animalizando al público que asiste á esas funciones.

El paganismo era una florescencia corrompida; pero, á lo menos, tenía espíritu. Las hetarias griegas representaban un aspecto espiritual y refinado del helenismo. ¿Qué representa la sicalipsis, la parodia del placer pagano, si no es la caída total en el lodo, la danza diabólica de todas las concupiscencias?

Se pretende resucitar la vida antigua; pero no se puede renovar el espíritu antiguo. Por eso las nuevas sirenas nos resultan simplemente unas impúdicas arpías.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Ha dicho Teófilo Gauthier que el paganismo no permitía ver el esqueleto. Veíase la carne radiante y triunfante, iluminada *por dentro*, coronada de rosas. Hoy, las vendedoras de placeres y especuladoras en sensualidades, no nos muestran más que la carne podrida. *Se les ha escapado el espíritu.*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Indiferentes y sensitivos

La lectura de noticias espeluznantes tonifica el organismo de algunos, á la manera de un veneno medicinal administrado en fuertes dósis, no en porciones pequeñas como se administran los elementos tóxicos por vía curativa.

—¡Cuánta desventura!—dicen esos *inhumanos*. No se puede leer la prensa; la vida es un tejido de desastres.

Pero al hablar así, malamente disimulan que la impresión de las remotas tragedias no les interesa la sensibilidad moral sino el sistema nervioso. Hay gentes para quienes el dolor ajeno, el dolor distante, solo se traduce en excitaciones y en vibraciones. Vencen un momento su atonía, y se declaran satisfechos en su fuero interno por ese resultado, aunque media humanidad perezca.

Hay otros, en cambio, que no quieren saber que el dolor existe. Un refinado egoismo les dicta la resistencia, la abstención, el aislamiento mental en que se confinan atemorizados para no darse cuenta de que, cerca ó lejos, corren sin cesar ríos de lágrimas. Estos se imaginan suprimir en ellos mismos el dolor humano por que cierran los ojos y los oidos á la visión y á la percepción de las desdichas multiplicadas sobre la vasta tierra.

—Yo no leo nunca periódicos, por medida de buena

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

salud,—me confiesa una señora que, por la misma convincente razón, sería capaz de abandonar á un hijo atacado de una enfermedad infecciosa. No leyendo, ignoro los mil horrores que pasan, y vivo tranquila, y duermo bien...

El dolor la asusta, la desorienta en su egoísmo refractario.

Pero hay, en fin, para honra de la especie, seres que alientan en la atmósfera del dolor universal sin rechazarlo, sin desnaturalizarlo, identificados con los que sufren, donde quiera que sufran, por la solidaridad de las almas...

El imperio del mundo se divide entre los pervertidos, los indiferentes y los sensitivos. Sufren en calma los últimos, por ellos y por los demás, y se nutren resignados con las raíces amargas de la vida.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El Arte y la Fortuna

No suelen andar juntos por el mundo el Arte y la Fortuna: al contrario, viven casi siempre divorciados. El escritor, el artista, postrándose ante el Ideal, persiguiendo sus ensueños ó sus quimeras, recreándose en la contemplación de las bellezas de su propio espíritu, carece por lo común de aquellas facultades eminentemente prácticas con las cuales se adquieren los bienes positivos. No está organizado para la cacería del oro. Cuando lo atrapa pronto lo deja escapar.

Si sabe adquirirlo, no sabe conservarlo. Lo arroja al cesto sin fondo, al tonel de las Danáides. Tal parece ser la ley contínua que rige en la región de los genios el órden de los negocios temporales, el desarrollo de los intereses groseros de la realidad. *Il vil metale*, como dicen los que por no poseerlo lo menosprecian, huye de las cimas para esconderse en las profundidades; tiene envidia de la gloria, que brilla más que él. Con pocas excepciones, los grandes escritores de las distintas épocas históricas han sido pobres de solemnidad.

Homero, ciego y miserable, surge en los limbos de la historia como un símbolo gigantesco del destino de los poetas. Representa toda la poesía, toda la lira, y, representando esta excelcitud, sus ojos vacíos persiguen vanamente en el espacio los contornos de la belleza formal, mientras sus manos se tienden en supremo ade-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

man de imploración. Está casado con la Noche. Grecia, que todavía es un sueño, comienza á amanecer en las páginas de *La Iliada*; pero Homero, que la crea y que la canta, lucha como Prometeo y sufre como Tántalo. El gran Arquitecto de la poesía no tiene más compañero que su pensamiento, devorador como el buitre prometeano. Abandonado y triste, canta para todos y por todos llora.

¡El destino, el destino! Sea lo que fuere el cantor sublime, mito ó verdad, su ceguera, su miseria, su desdicha, su dolor, constituyen el común lote. Altos y bajos, grandes y chicos, los que van por el áspero sendero que guía á la cumbre del Arte, accesible para muy pocos, van gimiendo, tropezando, maldiciendo, sangrando, delirando. La comunidad del sufrimiento, dentro de la comunidad más alta de la religión artística, hace á Milton hermano del último bohemio que ahoga sus penas en ajenjo, del último coplista hambriento y desastrado que entona su canción báquica en el rincón de una taberna de París.

Caravana infinita que nunca llega, porque delante de ella marcha, también, y se aleja, y se esconde, el Ideal. Hay rezagados, tránsfugas, vencidos, muertos, en esa columna de asaltantes. Algunos se quedan por la primera encrucijada; los más dichosos son los que más se acercan, sin lograr, empero, poner la planta en la cúspide, polo inconquistable del mundo intelectual. El ave negra del Dolor recorre las filas, desde la vanguardia victoriosa á la retaguardia heróica y obscura. Nadie se libra de sus picotazos. En el seno palpitante revuelve la garra buscando el corazón.

Divorcio existe de antiguo entre el Arte y la Fortuna. Los intelectuales, los artistas, cuando bajan á la realidad, se manchan ó se hieren en sus asperezas. Y si por acaso atrapan el oro, como decía al principio, el oro aumenta su desgracia, porque no saben aplicarlo bien ó lo dejan escapar.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El duelo

La propaganda del barón de Albi en España y la del emperador Guillermo en Alemania, para desterrar tan absurda costumbre, llaman sobre ella nuevamente la atención, é invitan á hacer un poco de filosofía á propósito de los vergonzosos atavismos que en la centuria vigésima, mantienen á la humanidad culta en desacuerdo con la civilización de que blasona.

El duelo es una herencia del espíritu medioeval, en lo que éste tenía de más inculto, de más cruel y de más supersticioso. Por cualquier leve motivo, como si ejercitaran un agradable *sport*, dos caballeros, ó lo que fueran, se ponían frente á frente, y concedían la palabra á sus espadas para dirimir su pleito. Duros y bravos, llevando consigo la conciencia social de aquellos tiempos en que dominaban exclusivamente la fuerza bruta y el fanatismo, los contendientes tiraban á matarse. Aquello era una cosa bestial, pero era también una cosa seria. Uno de los duelistas atravesaba al otro bonitamente, ó los dos quedaban en el sitio, y nadie les compadecía ni les perseguía ni les censuraba. Aquella sinrazón era la razón pública, era la ley.

Derivado de los juicios de Dios, el duelo atravesó los años obscuros de la Edad Media como una institu-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

ción sagrada. Tiempo adelante, llegó á adquirir caracteres epidémicos; en la época de Enrique III de Francia, el célebre rey de los *mignons*, los combates duelísticos menudearon hasta causar alarma vivísima. Apenas se tropezaban dos individuos requerían las armas y se acometían. Eran, mejor dicho, gallos de lidia que sacaban las espuelas; los hombres, enfurecidos tontamente, tenían prisa de matarse. Por una mirada de una mujer, por una frase mal entendida, por un capricho, por una bravuconada idiota, por un rasgo de originalidad, allá iban los aceros buscando el punto donde herir mejor y con resultado más seguro. Retar, matar y morir, constituía el entretenimiento de casi todos.

Pero existía una excusa para tales excesos: la general barbarie. ¿Qué excusa existe hoy, cuando invocamos á cada momento nuestros progresos de órden moral, la dulzura de las costumbres modernas y, sin embargo, vamos al ridículo campo del honor con la apostura de don Nuño por un quítame allá esas pajas? Va el marido ultrajado á que el robador de su honra le confirme su triunfo con una elegante estocada, y le deje difunto ó humillado y maltrecho en el campo famoso, lo que ocurre de cien veces noventa y nueve, porque el galanteador de oficio es también espadachín de profesión, y, además, posee sobre su víctima la superioridad de su impávido cinismo. Va el enamorado ciego por los celos, á que le quiten la ceguera de un pistoletazo; va el polemista apasionado, pero dueño de la razón en la polémica, á que su contrincante injusto y audaz le cierre la boca ó le arrebate la pluma de un tiro certero. Esto es lo que acontece, por lo común; porque las ventajas materiales suelen estar del lado de los que moralmente no valen un ardite y deberían sucumbir en el lance. Cuando el desafío no conduce á un resultado luctuoso, es una parodia; un pretexto para que los *enemigos* almuercen juntos.

¿Porqué no rebelarse contra esa farsa trágica ó risi-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

ble, completamente irracional é imbécil, que no resuelve nada ni prueba nada, como no sea el fondo de sinrazón y de ilogismo que conserva nuestra decantada cultura? Nos sublevamos contra todo, ¿y no nos habíamos de sublevar contra la ridiculez del duelo? Somos *esprits forts* para abominar de tantas debilidades, de tantas tonterías, ¿y no lo seremos para condenar el más lamentable y bochornoso de los absurdos?

Hasta que no llegue el día en que nos riámos del duelo y de los que se baten, no seremos hombres verdaderamente civilizados. No estaremos totalmente emancipados, mientras viva y se agite dentro de nosotros un resto de la brutalidad de la Edad Media.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Satanás-Grisú

Yo creo en el Infierno geocéntrico; yo sé que hay lugares espantosos de tortura y de aflicción, de tinieblas y de dolores, de incertidumbre y de peligro, de miedo y de congoja, en donde no sólo las almas, sino junto con las almas los cuerpos, padecen lo que en lengua humana no se puede decir.

Están allá en la dura entraña de la tierra esos antros infernales. Los hombres que descienden á sus cavidades tenebrosas, dejan de ser hombres para convertirse en gusanos; se mueven en el silencio impuesto por el terror que los domina, se agitan siniestramente, respiran mal, siéntense poseídos de un elemento misterioso que no tiene nombre ni determinación, que no se halla cerca ni lejos, pero que se esconde amenazador y siempre presente, siempre palpitante, entre los repliegues de la sombra... Cada una de sus palpitaciones produce un cataclismo, cada una de sus sacudidas una catástrofe.

Es el poder satánico, es el diablo destructor y atormentador, es el *grisú*... ¡Tremenda palabra! Los forzados de las minas, los esclavos del capitalismo industrial que araña y rebusca en el subsuelo persiguiendo el filón escondido, la fecunda veta, el yacimiento copioso, la oyen pronunciar con pavura y la pronuncian con espan-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

to. Ella les recuerda que el Infierno existe y que el Infierno los posee; que llevan, sin morir, una existencia de condenados y que cualquier día morirán para acabar de penar, víctimas de la última sorpresa y del último horror, abrasados por el fuego, tragados por la tierra, aniquilados por Satanás-Grisú, quién, después de todo, es un demonio misericordioso si, al darles la muerte, se les dá en la instantaneidad de una hecatombe tremebunda.

Así han perecido mil y tantos trabajadores en la cuenca de Courriéres. Esta vez-Satanás-Grisú se ha ofrecido á sí propio un holocausto gigantesco. Jamás las entrañas de la tierra fueron tan duras, tan enemigas del hombre; jamás resonó en el mundo un grito tan terrible de desesperación y de indignación, jamás se abrieron tantos y tan caudalosos ríos de lágrimas junto á las hambrientas bocas de las minas... Trescientas viudas, cuatro mil huérfanos, elevan su piedad en oraciones y esparcen su odio en maldiciones frente al montón de cadáveres carbonizados y de restos informes que Grisú-Satanás ha acumulado. Quieren rezar, y blasfeman, porque sospechan fundadamente que Satanás-Grisú ha tenido humanos cómplices, que el abandono, la imprevisión y la sordidez prepararon ó facilitaron la obra de la potencia infernal cuyo estrago ha sido semejante al de una gran batalla entre armadas muchedumbres enemigas.

Señalan responsabilidades, piden castigos. Sí, es necesario castigar esos asesinatos colectivos, esas monstruosas matanzas en que queda un rastro de crímen, una huella de culpa indicando el paso de la fuerza ciega del grisú... Ya que no baje ningún redentor á los Infiernos de las minas, baje un juez, baje la justicia; suba, si fuere preciso, la venganza...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El rey de reyes

Nueva visita de S. M. el Cólera á la Europa meridional. Desde Rusia, donde reina permanentemente en compañía de su horrible hembra la Cólera, ha saltado hasta la castigada Italia para contemplar su faz cadavérica en las aguas azules del Mediterráneo. Con este brinco monstruoso, ha vuelto á las tierras latinas *el rey de reyes*.

¿No tenemos razón en atribuirle una soberanía superior á todas las soberanías? Su cetro está sobre los cetros, porque entra en los palacios dorados lo mismo que en las cabañas sórdidas, y su gran hoz siega las testas coronadas, igual que las cabezas serviles. Bajo su pie espectral, se marchita y se apaga la vida. Es un antropófago á quien ni la ciencia, ni la cultura, ni la higiene han logrado civilizar. Es un bárbaro de la Edad Media.

Se ha transformado; pero no abdica. Sigue dándose á sí propio un culto hecatombal. Parece hoy un monarca en perpetuo destierro que domina por el terror los humanos rebaños, que vence las sublevaciones contra su poder con el exterminio y se apodera de los hombres aniquilándolos.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Tiene un enemigo terrible en el espíritu moderno, nutrido de excepticismo y despreocupación No creemos en nada, ni siquiera en el cólera. Aquellos espantos colectivos de los días medioevales, aquel pánico de las pestes, sólo se reproducen en las muchedumbres eslavas y mahometanas, débiles por ignorantes y por supersticiosas. Y allí, entre ellas, el morbo se entrega á verdaderas orgías devoradoras.

Rusia está pálida del cólera y roja de la cólera; es decir que la palidez del miedo al contagio y la rojez de la ira revolucionaria, el odio á la tiranía política, han demudado el rostro del hérculeo Imperio. Las masas populares moscovitas hacen pagar á los médicos la iniquidad de la epidemia, como si aún corriera el siglo décimo, y rechazan el tratamiento científico, como si fuese una maléfica brujería. Además, le ladran constantemente al Zar. La cólera las descompone, las trastorna, las destruye más aún que el cólera.

Pero en la atmósfera espiritual de los pueblos meridionales, el cólera no se encuentra con su aliado el terror, ni la cólera democrática llega á la violencia explosiva. Los españoles, los italianos, son amorosamente coléricos, no políticamente iracundos. Ríndeles el escepticismo del cansancio, porque han vivido y han luchado con exceso. Ya no se ponen pálidos ni rojos; no mudan la color.

El cuadro de la peste descrito por Manzoni ha quedado como una joya literaria. Sería preciso que un Gorki pintara con humo y con sangre, destrozando su pluma, las escenas de los pestíferos rusos, para que quedase también ese elocuente *documento humano*.

*
* *

S. M. el Cólera nos amenaza en su visita á la pobre Italia, tan bella como infeliz. Está, para nosotros, donde

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

peor pudiera estar. Andemos con cuidado y vigilemos la Estación Sanitaria.

No les aconsejaré, sin embargo, á mis queridos hermanos que se pongan pálidos. Tampoco nosotros palidecemos de miedo ni enrojecemos de ira. Tampoco tememos al Cólera ni á la Cólera. Tampoco mudamos la color.

¡Ah, si el temor profundo á un gran azote ó un gran castigo nos demudara el semblante y nos levantara el corazón!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

¡Qué bárbaro el viento!

Todos los años, por estos días, llega como viajero de tierras lejanas, atraviesa la isla, y marca su paso con huellas de desastre horroroso.

Este año también ha venido, también ha pasado... Desmelenó las arboledas, arrancó muchos árboles de cuajo, destechó no pocas casas campesinas, barrió la arena de las alamedas y caminos, despojó á los jardines de la gala y la alegría de las flores, se revolvió furioso, soplando á más no poder... ¡Qué gran bárbaro, el viento!

Me río yo de Atila, de Tamerlán y de Gengiscan, cuando los comparo con Eolo desatado. Aquellas vivientes y andantes calamidades no tenían el poder de matar con solo soplar. ¡Qué habrían hecho, cielo santo, si lo hubiesen tenido! Me horrorizo de pensarlo. Atila, dueño de las energías devastadoras del ciclón, no hubiera dejado piedra sobre piedra ni cosa con cosa por donde quiera que hubiera llevado sus pasos y los de su caballo. Bajo los cascos de su corcel, ni señal de hierba quedaba. Calculad la obra de destrucción que habría consumado el excelente sujeto, el amable tirano, el dulce salvaje, si soplar tanto como Eolo le hubiera sido posible. Y calculad los entretenimientos á que se habría dado Nerón, el simpático Enobarbo, si hubiera dispuesto

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

de ese poder enorme, si hubiera podido, soplando, destruir á Roma como pudo destruirla incendiándola.

Yo mismo, que nada tengo de tirano—en buena hora lo diga y con toda modestia tendría mucho gusto en destruir, soplando, muchas cosas que me estorban y me irritan. De las personas nada digo. No malgastaría mis soplos aniquiladores en matar á los perversos que me destruirían si pudieran soplar sobre mí con tanta fuerza y con tanta irresponsabilidad como sopla Eolo sobre los campos y las ciudades cuando se enoja.

¡Gran bárbaro el viento! Hay que ver los jardines alfombrados de las rosas que el huracán tronchó... Da lástima. ¡Pobrecitas! Ellas tan graciosas, tan débiles, tan lindas, tan *amables*, han sido las primeras víctimas en esta tremebunda batalla que ha dado la Naturaleza contra sí misma como si de pronto se hubiese vuelto loca...

He recogido los pétalos para entretenerme en considerar, mientras los contemplo, lo breve y lo transitorio de la belleza de las flores. Así suele irse también, al primer vendabal que la sacude, la belleza de la mujer. Así se va la juventud, así se va la gloria, así se va el espejismo de la ilusión, así se va cuanto en el mundo y en el hombre es gracia, alegría, salud, ensueño y fuerza. ¡Se lo lleva la corriente del tiempo, sobre la cual soplan uno y otro huracán!

Lo mismo que las flores encantadoras, han caído los árboles añosos. Ayer he visto, en la carretera, inmensos eucaliptos desarraigados, descuajados, tendidos en posturas dolorosas de vencimiento y de aniquilamiento.

Algunos aparecen cortados al ras del suelo, como con sierra. ¡Qué bárbaro el viento!

¡Y qué triste es ver que, mientras no encontramos ninguna colaboración eficaz los pocos que por la suerte del arbolado nos interesamos, los atroces enemigos del árbol hallan colaboradores hasta en los desencadenados elementos!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

¿Verdad, que en vez de preocuparnos de los árboles, mejor cuenta nos tendría absorbernos en la consideración melancólica de las flores deshojadas y sepultadas en nuestro corazón? Yo vivo de su recuerdo en medio de mi devastado jardín; y del delicioso engaño con que me figuro que aún perciben mis sentidos sus colores borrados y su disipado aroma...

¡Qué bárbaro el viento!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Gapony

El fin de este célebre personaje ha sido tan misterioso como su vida, en la cual adoramos por un momento todas las virtudes del santo y todas las energías del héroe. Le vimos grande, altísimo, sublime, capitaneando á un pueblo de siervos oprimidos que, en el minuto supremo de una revelación histórica, se levantaba fortificado con la conciencia de su derecho y afirmaba por vez primera su personalidad entre los rayos de una inmensa tormenta de cólera. Le vimos salir del seno de la Iglesia griega, desafiar al Sínodo omnipotente y amenazar á la autocracia odiosa y culpable. Le vimos agigantarse en la rebeldía contra los déspotas, quemar sus antiguos ídolos en la hoguera de la revolución, y surgir transfigurado de aquel fuego impuro en que se juntaban las más nobles y las más bajas pasiones.

Su naturaleza humana desvanecíase ante su grandiosa personificación: era la Justicia encarnada, con apariencias de ángel rebelde. Al levantar su diestra para guiar el desenfreno de las iras populares que buscaban en las cumbres políticas las altas cabezas cargadas de culpa, llenaba de tempestuosa luz el espacio. Era un

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

apóstol guerrero, un cenobita en paréntesis de furia. Era la pasividad de la mansedumbre cristiana convertida en la acción militante de los caudillos del Señor.

El mundo entero le admiró y le aclamó bajo este aspecto semi-divino, providencial. Rotos los hábitos del *pope*, aparecía el campeón sin otra armadura que la fé, y su heróica mano blandía la cruz hecha espada. Acompañábale una fuerza espiritual que no tuvieron los jefes revolucionarios del 89 y del 93. Su carácter religioso le ponía un nimbo mágico, le levantaba sobre el nivel más elevado de la humanidad como una figura evangélica, apostólica, que desde la última región del aire dirigía la batalla de los hijos de Dios...

Su palabra, su brazo, su ejemplo, empujaron al rebaño esclavo y lograron trocarlo en ejército. La inmensa Bastilla rusa, vergüenza de los siglos, tembló sobre sus cimientos amasados con sangre. Las entrañas de la tiranía se conmovieron, no de piedad, sino de pavor. El águila bicéfala retrocedió espantada ante la muerte, y el Zar se abrazó desesperado á su trono para no caer, como el náufrago que se agarra á una astilla... Todo aquel conjunto soberano de heroismo, de rabia, de ferocidad, de indignación, de ansia justiciera, tuvo un nombre solo: se llamó *Gapony*.

Y todo aquéllo, que fué una gigantesca siembra, ha tenido al fin su sazón, y la época de la cosecha ha venido. El zarismo afloja las cadenas con que abruma á Rusia, prepara reformas mixtificadas que, por lo menos, representan un homenaje al principio sagrado de libertad. El régimen evoluciona. Los verdugos sienten sobre sí el peso aplastador de la conciencia humana, y bajan el látigo...

*
* *

Pero Gapony, el alma de la jornada del 22 de Enero, acaba de morir trágica y misteriosamente. Asegúrase

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

que sus propios partidarios, los que le obedecieron, los que le siguieron, los que le idolatraron, le han ahorcado por traidor. Impusiéronle la muerte de Judas, que él no supo ó no quiso darse. Castigaron en su persona el crímen de haber sido felón después de haber sido apóstol, de haber vendido la patria después de haberla resucitado.

¿Será cierto? Si lo fuera, bien colgado estaría el cuerpo de Gapony para pasto de los buitres. Dejad que se pudra y que sea devorada la carne de la traición, dejad que infeste el aire aquél mismo que lo llenó de luz.

Pero queda la duda. El que se nos ofreció moralmente mucho más grande que Mirabeau, que Danton, que Robespierre y hasta que Saint-Just, no nos parece posible que sea el más vil histrión de la historia. Y así como nunca supimos si su apellido verdadero era Gapony, ó Gapón, acaso tampoco lleguemos á saber nunca si mereció la palma de los mártires ó la horca de los traidores.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El gran mónstruo

El mar ha hecho su primera víctima de este verano, y ha escogido bien: ha estrangulado á un hombre que gozaba de grandes simpatías, que juntaba en su persona singulares méritos. Confió demasiado el infeliz en la docilidad y la lealtad del mónstruo, siempre traicionero. Ambos se conocían de antiguo: al principio habían luchado encarnizadamente, y por fin el intrépido nadador llegó á sentir confianza plena en su maestría, y seguridad de que el mónstruo le estaba sometido...

Pero no había tal. Nadie está nunca seguro contra las traiciones y las brutalidades del oceano. Tiene la doblez de la fiera que acaricia para adormecer los recelos del amo y, de repente, le echa la zarpa al cuello, y aprieta, aprieta hasta que ahoga... Tiene los halagos envolventes, suaves, de la serpiente domesticada que, á lo mejor, cierra y estrecha sus anillos en torno de un cuello, de unos brazos, y mata por compresión horrible. Tiene todas las maldades complicadas con todos los disimulos, es capaz de todos los crímenes agravados con todos los refinamientos. Bajo su apariencia más tranquila, más risueña, se oculta un misterio aterrador, una siniestra amenaza. Su bonanza, lo mismo que sus cóleras,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

asusta al que se detiene á considerar su fuerza prodigiosa; la palpitación de su seno, aún contenida, está siempre anunciando la muerte. Su canto es un rugido que se debilita en la calma.

Muerde las rocas cuando aparenta besarlas, y poco á poco las roe y las desfigura; sobre la línea de las costas la eterna caricia de sus espumas ahonda lentamente... Juega en la orilla á las horas en que su violencia muéstrase adormecida y pacificada, pero ni siquiera entonces debemos creerlo inofensivo. De pronto, su furor se despierta; y el beso mansísimo de las aguas se trueca en abrazo mortal. Shakespeare nos ha hablado de la perfidia de la onda, comparándola con la de la mujer.

¿Qué significa un ser humano, puesto á la merced del mar cuya energía permanente ataca, subyuga y rinde todo cuánto á su alcance se pone? ¿Cómo olvidar que la paz del terrible elemento se halla siempre preñada de amenazas; amenazas para la tierra, para los hombres y para las obras de los hombres? Jamás domado el enemigo, el mónstruo de los mónstruos, nos tiende contínuas celadas, nos acaricia y luego nos ahoga cual si quisiera vengarse de los parciales triunfos que sobre él hemos logrado...

Sin embargo, no le tememos cuando le miramos en reposo, y marchamos confiados á su encuentro. Hasta los niños le azotan desde la ribera, le arrojan piedrecitas y le hacen burla. Pero él no se olvida ni se cansa de matar, y al enviarnos los cadáveres de sus víctimas en el arrullo ó en la furia de las olas, una y mil veces nos atestigua su bárbaro poder.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Carnes putrefactas

No comas carne de Chicago, lector; yo te lo aconsejo. Yo no la como, porque soy esencialmente piscívoro, pero estoy alarmado hasta un extremo que no puedes imaginarte con el descubrimiento de todos esos horrores que ya conocerás, sin duda.

No es para menos el caso. Tiemblo por mis parientes, tiemblo por mis conocidos, tiemblo por cuantos tienen la mala costumbre de comer carne... en conserva. Los explotadores americanos de esa lucrativa industria han hecho mucho más que darles á los consumidores de ambos mundos gato por liebre: les han estado enviando la muerte cuidadosamente encerrada en cajas de muy buen aspecto, pero de un contenido horrible, fúnebre y destructor. Han matado ó intentado matar así, callandito, á muchos prójimos, sin importárseles un ardite que la humanidad perezca, con tal que prospere su negocio. Enemigos del hombre á causa de su excesivo amor al dinero, los excelentes mercaderes de Cerdópolis han hecho mejor faena que el anarquismo en pro de la lenta, contínua eliminación de la especie.

¿Qué piensas tú, lector, de estos anarquistas industriales? Yo pienso, Dios me perdone, que merecen ser condenados á comer sus propios productos, sus latas de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

carnes podridas, de papillas emponzoñadas, hasta reventar. Sírvanles ratas en salsa, jigotes de vacas enfermas, perniles de cerdos triquinosos, y oblíguenles á ingerirlos hasta que acabe por explosión su aprovechada vida.

Pero no sucederá tal cosa. Los organizadores y mantenedores de semejante crimen sistemático, son los tiranos financieros de nuestra época, los campeones de los *trusts*, los reyes de la banca, los dueños de las fortunas que se levantan desafiando el poder, desafiando la justicia, como enormes montañas de oro. Nadie se atreverá con ellos. Y ellos seguirán su tarea de asesinar á la sordina, sin consecuencias, de mandar á los mercados veneno á cambio de dollars.

La plutocracia yanqui tiene unas agallas, unas entrañas verdaderamente imponderables. La moral de los plutócratas es una moral que parte del egoismo y llega al homicidio, serena, impávida. Habrá exageración en las atrocidades que acaban de revelársenos y que señalan á Chicago como una ciudad asesina donde se utilizan para hacer picadillo hasta los despojos de los obreros de las salazones y conserverías, muertos en accidentes del oficio; pero en el fondo de tan graves denuncias hay seguramente verdad, una verdad que espanta. Creemos á la codicia industrial capaz de todo.

Y no creemos que la toque la mano de ningún juez, porque está demasiado alta, trepada y encastillada sobre sus millones. Gracias si el consumidor explotado, envenenado, halla su defensa en el mismo miedo que le invade, y se subleva contra las industrias homicidas lanzando este grito de guerra, este grito cuaresmal:—¡Muera la carne... de Chicago!

La cual carne no sólo está muerta, sino podrida.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Orejas

Cleo de Merode es una damita preciosa. ¿Quién no la conoce? Usted, lector, y yo, la llevamos con frecuencia en el bolsillo, si gastamos cerillas finas, de esas encerradas en cajas que tienen figuras. Y el que gaste fósforos de aquéllos apenas encendidos cuando ya apagados, tampoco dejará de conocerla, porque Cleo es lo que se dice una celebridad mundial.

Ella es muy guapa; ella es muy elegante; ella es muy excéntrica; ella ha estado en Noruega, produciendo entre los noruegos una revolución de entusiasmo. Si ella hubiera querido, prolongando un poco el viaje, llegarse al Polo Norte, los osos blancos la hubieran adorado. Y puesto que ella es de esta manera única y exquisita, ¿cómo no enterarse de su vida y de sus milagros, aunque para hacer fuego solo se use yesca?

La señorita de Merode estuvo últimamente en Madrid, y allí, como en Noruega, como en todas partes donde se deja ver y admirar, la gente se volvió loca por sus encantos; loca, sobre todo, por sus orejas.

Hay que saber que Cleo lleva siempre ocultas, cuidadosamente tapadas, las orejitas. De aquí el problema. ¿No las tendría? ¿Estaría desorejada la hechicera bailarina? ¡Qué horror! Nadie, ni sus más íntimos, se las ha-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

bían visto nunca: ó no existía el tesoro, ó su dueña lo escondía, ó en vez de tesoro, era una deformidad. Ante esta duda, ante esta incógnita, los reporters madrileños se juraron, por puntillo del oficio, trabajar hasta descubrir el secreto. Lo que no lograran los periodistas parisienses, ni los escandinavos, ni los rusos, ellos habían de lograrlo. Forzoso era morir ó perecer en la demanda.

Y el público se encarnizó tras las orejas de la Cleo. ¿Las tendría? ¿No las tendría? Admitida, por maravilla del Arte, una escultura de Vénus sin un brazo, había de admitirse por capricho de la Naturaleza, otra escultura de Vénus sin orejas? En modo alguno.

Tanto apasionó el asunto que hasta se olvidó en Madrid la batallona cuestión llamada de las jurisdicciones. Los orejudos se consolaban de su demasía pensando en el defecto fatal de una mujer tan bella. Los desorejados se inclinaban á mirarla como de la familia. Los semi-orejeros sospechaban que no tendría sino una aproximación de orejas.

¿Pero la verdad, la verdad anhelada?

Un reporter, más atrevido que los otros, se introdujo en el dormitorio de la divina chica sin respeto al pudor ni á nada de este mundo, y le preguntó valientemente:
—¿Es cierto, joven, que usted está desorejada? ¿Se dignará usted decirme como ha sido eso?

Cleo de Merode se indignó muchísimo, con esa suave indignación de las muchachas lindas que salen en cajas de fósforos, una tempestad en un hermoso lago suizo de aguas azules y risueñas, y le respondió:—¡Señor, eso es una infamia! Tengo mis dos orejas, y las tengo bonitas. Véalas usted.

Lo cual dicho en tono encantador, Cleo mostró, en efecto, dos apéndices auriculares monísimos, escultóricos, deliciosos. El reporter impertinente aun dudaba, y sintió deseos de cerciorarse de que eran auténticas por medio de un tironcito; pero se contuvo, miró bien, y vió al fin la verdad, la anhelada verdad...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Y salió á proclamarla por las calles y plazas de la heróica Villa.

Así acabó lo que amenazaba convertirse en una preocupación nacional y acaso, acaso, en un conflicto de órden público. ¡Regocijáos, mortales, Cleo de Merode tiene orejas!

Pero, ¿porqué las esconde y las guarda?—dirán los lectores.

Ella lo ha revelado:—Por razones de estética especial.

Y por conveniencias del reclamo. Cleo de Merode es una damita preciosa, envidiada de aquéllas otras que venden su amor á tanto el minuto. No vende así Cleo el suyo. Donde quiera va ostentando su divisa, idéntica á la del conde de Villamediana, el célebre poeta satírico: *son mis amores reales*. Y cuando se habló en Madrid de sus discutidas orejas, cuando al fin enseñólas sacándolas de debajo de los bandós que eternamente las cubren, debieron ponerse coloradas las orejazas feas y lobulosas de cierto alegre viejo que se nombraba Leopoldo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Los invisibles

Existen gentes á quienes yo no veo, por más que pasan junto á mí, se aglomeran ante mi vista y ocupan con la masa de sus cuerpos reunidos cierto espacio. Este caso de ceguera voluntaria me hace entender la verdad de aquellas palabras de la Escritura: «tienen ojos y no ven.» En la Escritura están dichas con relación al bien; dígolas yo con relación al mal.

Sentirlo, pero no verlo, sería un alivio del daño que produce. Dejar de ver á los ruines, á los infames, á los inícuos, nos quitaría mucho peso y andaríamos con más desembarazo. En fuerza de no querer verlos, no los veo ya. Y he llegado á poder llamarlos «invisibles». La vida humana tiene también sus infusorios. Ellos lo son.

Corifeos de la mentira, clientes de la traición, mesnaderos de la envidia, servidores de la calumnia, sé que existís y, sin embargo, proclamo personalmente el dogma de vuestra invisibilidad. Necesito un buen microscopio para percibiros.

Alborotáis mucho, y os oigo; pero os encuentro, y es lo mismo que si no os encontrara. ¿Dónde estáis? Lo ignoro. Desde que os conozco, os suprimo, os despojo de vuestros indivíduos, y me empeño en creer que vivís en

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

el mundo de lo infinitamente pequeño, fuera del alcance de mis ojos. Por un esfuerzo de voluntad inverosímil, perdéis para mí el carácter real, la encarnación, la humana substancia. Y sólo queda vuestro emponzoñado aliento difundido en el aire. Si no fuese por que el ambiente, á causa de respirarlo vosotros llega á hacerse irrespirable, negaría que existiérais.

Pero existís, sí; la cuestión es convencerse de que vuestra existencia se agita más allá del círculo que abraza la visión material. Conseguido esto, nos asfixiarán los miasmas de vuestra podredumbre, pero al menos nos ahorramos el tormento de miraros en vuestras odiosas tareas. Más enoja ver al insecto que sentirlo arrastrarse.

Suelo penetrar en locales concurridos y hallarlos, sin embargo, casi desiertos. Es que están poblados de «invisibles».

—¡Cuanta gente!—me dicen,—y yo, sorprendido, respondo:—Pero si apenas alcanzo á distinguir unas cuantas docenas de personas.

Me satisfago con esto.

Un amigo mío no se satisface con menos que con aplicar la guillotina, mentalmente, á los malvados.

—Los he guillotinado, afirma, con el pensamiento, y los he abofeteado después de guillotinarlos, como el verdugo Sansón solía abofetear á las víctimas de las tormentas revolucionarias del 93, que decapitara su mano terrible.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Cara de Pascua

Hoy es un día jubiloso y bello, por imposición reglamentaria; un día que reclama una cara especial en que asomen á cada rato sonrisas y en que se lea, siquiera por algunas horas, el contento de vivír.

He tenido mucho empeño en componer mi cara de Pascua, absolutamente precisa para poder comer, *en carácter*, la torta y el cordero pascuales. Si yo fuese al festín con el rostro serio y encapotado de todos los días, parecería un intruso. ¿Quién tiene hoy el derecho de estar triste? La alegría se encuentra desde muy antiguo legislada para esta fecha en que se conmemora la Natividad del Señor.

A alegrarse, pues, ya que la costumbre lo manda. Compongámos la cara de Pascua delante del espejo, mi cruel enemigo.

¡Imposible! En vano me he afanado por lograr que mi semblante se anime, se aclare y se torne risueño. He ensayado diversos modos de sonreir, y todos me han resultado violentos, falsos, lastimosos, viniendo á hacerse al cabo las sonrisas muecas.

El resorte roto no me obedece. He perdido el hábito de sonreir. Tendré que ir al festín como un intruso, y

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

comer el cordero ó la torta pascuales, no con cara de Pascua, sino con cara de misa de *requiem*...

¿Cómo haría yo, Cristo recien nacido, para poder llevar algún rato, al modo de disfraz, la cara de Pascua que tantos lucen por ahí el año entero?

¿No habrá quién me la preste bajo promesa de devolución?

Temo que esta vez ni la champaña del final del banquete me la dará...

Diciembre 25 de 1904.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Recuerdos de la Orotava

Lo apacible convida á la apacibilidad. Mientras contemplo el Valle de la Orotava sumido en el letargo de un día caluroso, mis ideas se suavizan y mis sentimientos se afinan y se depuran. Pienso en lo bello y lo bueno; amo lo bueno y lo bello, sin comprender que este amor de amores pueda extraviarse hacia otros objetivos indignos de su esencia corrompiéndose. La armonía entre la Naturaleza y el hombre se me revela una vez más y me dice que somos doblemente generosos, benévolos, compasivos, altruistas, *humanos*, cuando el alma de las cosas nos habla el lenguaje del bien.

Para mí esto no admite duda. El alma nuestra, según frase de Teófilo Gauthier, es un palomar lleno de palomas, que en presencia de los magníficos espectáculos naturales, salen y emprenden su vuelo. Dejémoslas, pues, salir y volar. Ellas llevarán adonde haya hombres nuestro fraternal mensaje, y si no nos traen, en cambio, otro semejante saludo, habrán dejado caer de sus picos, por el camino, el grano de que se alimentan.

Y ese grano es semilla.

El mayor encanto de este cuadro consiste en su

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

suavidad. Desfallecen en él los matices con gradaciones y tonalidades dulcísimas hasta disiparse finalmente en una maravillosa esfumación... El mismo aire, al acariciarnos, lo hace con tal blandura que sus besos discretos apenas nos rozan la piel, pero nos deleitan, como los ósculos que se dan los amantes á hurtadillas, en las penumbras, posando los labios apenas... Sólo aparece fuerte de color el mar, ese Atlántico que en estas costas imita del Mediterráneo el intenso y refulgente azul. Las nubes son, por lo común, virginales, níveas, avellonadas, en términos que no podemos creer que lleguen á estar nunca embarazadas del rayo.

La voz de las cosas, con el lenguaje del bien, aquí nos habla y nos dice: Sed pacíficos y fecundos como la Naturaleza, procurad recoger buenas cosechas; limpiáos de maleza y de cizaña.

Pero no la oímos. Nos empeñamos en romper la armonía sagrada que existe entre la Naturaleza y el hombre. Dejamos que la voz amiga solamente sea escuchada por los que vienen de fuera, la sofocamos y la matamos en medio del tumulto de nuestras pasiones. Y somos lobos, cuando deberíamos ser corderos, ante esas nubes virginales, avellonadas, que diaríase no han de estar nunca embarazadas del rayo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Soñar-Dormir

Entreabro los cristales, y recibo la salutación de la mañana, una mañana primaveral en que todo está en quietud apacible, menos el mar, furioso desde ayer. El mar grita imponente, mientras el campo duerme y sonríe dormido. Las olas baten encarnizadas el muellecito del Puerto de la Cruz y bordan de espuma los arrecifes de la costa. Atlante, que hasta hace dos días mugía como un cordero, ahora ruje como un león. Y sobre las rocas de la playa escupe enormes salivazos.

El espectáculo resulta grandioso, visto en esta hora matinal, tan serena y tan pura. Enciéndense allá en la línea del horizonte las luces del naciente, á cada minuto más vivas, más claras, y me dan tristeza porque, sin poder remediarlo, pienso en que, dentro de pocas horas, habrán de convertirse en las luces pálidas del declinar del día. ¡Cuán poco tiempo es menester para que las antorchas se hagan cirios! Así alumbra nuestra vida la mañana, que tiene, aun siendo melancólica, esplendores y regocijos nupciales, y así la alumbra la tarde, que tiene, aun siendo alegre, reflejos fúnebres! Hay entre ellas la misma distancia que entre el heno verde y el heno seco de que nos habló el poeta.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Sobre el heno verde nos tendemos á soñar y sobre el heno seco nos tendemos á dormir. Cada día, yo nazco y muero. Y este diario simulacro de nacer y de morir, no me prepara á la vida, sino á la muerte.

Hotel «Taoro», hoy «Humboldt».

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Recuerdos del "Tacoro"

Notas é impresiones

UNA temporada en este hotel magnífico sugiere á cada momento ideas é impresiones, si se sabe observar y se sabe sentir cuánto ofrece de hermoso la naturaleza circundante. Y como observatorio de tales bellezas, nada puede concebirse mejor que estos balcones, estas terrazas y estos jardines, desde los cuales la vista se recrea en un panorama espléndido.

Por un lado el Valle, tantas veces descrito y, sin embargo, inagotable en sus aspectos maravillosos que brindan encantos sin fin; por el otro el mar que, dormido ó despierto, tranquilo ó agitado, retiene prisionera la mirada y habla al espíritu de cosas inmensas y le comunica ansias infinitas. Desde la nieve de las cimas hasta la espuma de la playa, ¡qué cuadro bellísimo!

Hermosos sítios, en verdad, para vivir con vida de poeta algunos años, que al fin horas serían, nada más que horas, y para morir, también con muerte de poeta, de rodillas delante de una de estas ventanas, las manos puestas en el alfeizar, los ojos en la cordillera que la nieve jaspea, ó en el mar celeste que envía á los pulmones aire vivificador en frescas bocanadas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Páginas místicas

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Yo los perdono...

Viernes santo

(Desde el campo).

El Viernes Santo es día de amargura y de perdón. Tiene dos fases igualmente grandes é igualmente tristes: una que mira al dolor y otra que mira á la misericordia. Las Siete Palabras despliegan á nuestros ojos las perspectivas de la vida, donde el humo de los sacrificios se mezcla al vapor de las lágrimas. Por esto el Viernes Santo es un día de niebla, á lo menos para las almas, que ven obscuro y tétrico su horizonte.

Cristo muere perdonando. Sólo para sufrir y perdonar, emprendió la ruta que le ha llevado al Calvario, con la cruz de la Humanidad sobre sus hombros. Todos los que le rodean, contagiados de su nobleza sobre-humana, perdonan. Perdonemos nosotros también.

¿Habrá para el perdón límites después que el mártir de los mártires abrió su pecho generoso á la ingratitud y á la crueldad del linaje humano, después que hizo en obsequio de sus verdugos y de sus sacrificadores el último holocausto á su eterno Padre? Perdonen los hombres, perdonen los pueblos.

Perdonen los que han padecido injuria en su honra ó daño en su hacienda; perdonen los que han sufrido el golpe artero de la calumnia ó la mordedura de la difa-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

mación; perdonen los que han sido traicionados, engañados, burlados, vendidos; perdonen el padre al hijo, el hermano al hermano, el cónyuge al cónyuge, el amigo al amigo. Injusticias, deslealtades, dolos, envidias y rencores deben ser hoy, día inmenso de perdón, como puñales sin punta... El veneno humano ha perdido su virtud mortífera. En torno del sepulcro de Cristo hasta los sayones que le atormentaron han caído de rodillas golpeándose el pecho y exclamando: ¡pequé, Señor, pequé!

El perdón es más grande que la esperanza, porque el primero olvida y la segunda ambiciona. Perdonen los hombres, perdonen los pueblos. Mis labios, involuntariamente, pronuncian el *perdono á tutti*. Pero, ¿si no hay límites para la esperanza, los habrá, pregunto otra vez, para el perdón?

Los reyes, en ejercicio de la soberanía, también perdonan hoy. Una suprema prerrogativa les permite salvar algunas cabezas. Hay un momento sublime en el cual Su Majestad Católica extiende sus manos y dice:—Yo los perdono, para que Dios me perdone!

Habla de los delincuentes á quienes su clemencia apartará del cadalso. ¿No habrá abogado también en la reserva de su pensamiento por aquellos otros delincuentes, por todos aquellos miserables que han empujado la Nación al abismo?

Sería imposible llevar el perdón más lejos.

Domingo de Resurrección

Hoy no es día de niebla para las almas, sino día radioso en que el cántico de Resurrección se eleva dentro de ellas y fuera de ellas, en el seno de la Naturaleza engalanada. Va á entrar la Primavera, tan triunfadora como entrara Cristo en Jerusalen, anunciada por mansas

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

brisas que satura de perfumes sacudiendo sus cabellos.

Todo resucita, inclusive las malas pasiones, el odio, la venganza... Tocamos las fronteras del perdón. Hemos saltado por sobre la tumba de Cristo, y vamos de nuevo á la pelea, rencorosos, inexorables... Somos unos impíos saltatumbas. El veneno humano recobra su virtud mortífera. Oyese el canto del coro de *Cavallería Rusticana* saludando la Pascua. ¿Dónde está Santuzza? ¿Dónde Turiddu? Habrá sangre.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Fé, esperanza y caridad

(Imitación de Cristo, monólogo de un místico)

Yo anhelo en estos días subir á la Cruz, ¡oh Cristo!, para besar las huellas de tu cuerpo martirizado. Yo deseo vivamente extender mis brazos sobre los brazos del leño santísimo, y que los clavos del martirio los traspasen. Yo ardo en ansia de repetir una tras otra tus frases de perdón y de caridad.

La Cruz está en frente de nosotros, de todos los que padecemos, invitándonos. Su imitación muda es el convite al cruento holocausto. Su lenguaje es tu mismo lenguaje de víctima sufrida y dócil ¡oh Jesús! Lo oigo, lo comprendo, querría convertirlo en expresión de mi sacrificio, pequeño, aunque sea grande, al lado del tuyo...

Hago un primer esfuerzo poderoso, y realizo la primera ascensión. Renuevo mi fé al contacto de la Cruz, y vuelvo á creer con firmeza en todo lo que tú, Señor, creíste... Creo en la humanidad, creo en la virtud que negó Bruto en su agonía desengañada, creo en el bien, creo en la justicia, creo en la fraternidad de los hombres... Este manantial, que estaba seco, tórnase vivo, corre otra vez, limpio y abundante...

* * *

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Hago otro esfuerzo, y la segunda ascensión se cumple.

Renuevo al contacto de la Cruz mis esperanzas. Espero en Tí la sazón y advenimiento de las santas promesas. Y el segundo manantial agotado vuelve á desatarse impetuoso y á correr.

***

Hago un tercero, un último esfuerzo, y no puedo ascender más arriba. Aquí me estaciono y me rindo por falta de vigor en la voluntad. Como en Tí lo divino anduvo mezclado con lo humano, pudíste perdonar á tus enemigos. Yo no llego á la sublimidad heróica de perdonar á los míos. Odié á la turba miserable, llena de rencor y malicia; más tarde logré cambiar el odio en desprecio, y en esto sí que no tengo medida ¡oh Cristo! Otórgame ahora la gracia de poder mudar el desprecio en amor, para continuar subiendo...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El sermón del cura loco

Subió al púlpito, y en vez de decir: *queridos católicos*, empezó diciendo: *aborrecidos judíos...*

Una indignada sorpresa estremeció al auditorio.

Aborrecidos judíos...—repitió y siguió el sacerdote, —veo entre vosotros á los eternos enemigos de Jesús, mal disfrazados bajo el manto de la hipocresía que los encubre. Jerusalen no ha hecho penitencia, Judea se levanta delante de mí con alardes de una contrición fingida. Ahí están los actores del drama bíblico; que no se oculten, que vengan al primer término, y enderecen el rostro y reciban en mitad de la faz mi anatema. Ven tú, Pilatos el del lavatorio, y tú, Judas repulsivo, el de la infame venta por pecunia, y el ladrón malo compañero del Justo, y el sayón de la hiel y vinagre, y los de las lanzadas, y Caifás, y los innumerables publicanos, escribas, fariseos... Venid, que os vea yo bien y que os maldiga...

Os maldeciré porque los siglos no os han cambiado la condición, porque sóis los mismos que fuísteis. En vosotros se eterniza la culpa colectiva del deicidio... Volvéis á recorrer el camino del Calvario arrastrando

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

víctimas, y en ellas herís é insultáis la piedad de Aquel que murió por todos... Yo no predico para un pueblo cristiano; trueno furioso sobre Jerusalen irredimible...

Pero también entre vosotros están Magdalena, Marta, Verónica y las buenas mujeres compasivas que siguieron con llanto los pasos del Redentor perseguido, que le amaron y le compadecieron... Están Joseph y Nicodemus, está la turba del pueblo mal aconsejado y extraviado que, tardiamente, creyó en Jesús y confesó su delito y su arrepentimiento... En la divina balanza acaso esta carga de amor equilibre el peso de aquella carga de iniquidad. Por si aún fuéseis capaces de enmienda, en nombre del que todo lo perdonó, yo os perdono... Arrodíllate, Judea; prostérnate, Jerusalen...

. . . . . .

¿Estaría efectivamente loco el predicador?

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Con la cruz á cuestas

Avanza en su desarrollo el lúgubre drama, el drama sublime que la Iglesia conmemora y representa estos días. El templo se entenebrece por grados, sintiéndose la aproximación de la muerte del Justo, el peso creciente de la gran iniquidad que abrumará los hombros de todos los mortales. El velo se ha roto á los ecos del canto de Pasión, como una nube que rasga la centella. De los altares desnudos, de las bóvedas obscuras porque están cubiertas las lumbreras y reina soberana la sombra, cae la tristeza como un inmenso manto de luto. Pronto resonarán los lamentos del *Miserere*.

El Nazareno, el divino Nazareno, pasa con la cruz á cuestas. Su faz angustiada refleja un dolor infinito, el dolor de las ajenas culpas por cuya expiación va á morir; su cuerpo se dobla bajo la pesadumbre de los pecados de la humanidad que la cruz simboliza; cuanto hay en él de humano palidece, tiembla y vacila. Pero marcha sereno al martirio, y su sonrisa, divinamente triste, no se extingue en el exceso del sufrimiento. Rodéanle la ingratitud y el odio; pero desmintiendo la universalidad

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

del mal, un poco de amor endulza su amargura insondable. Un hombre compasivo le ayuda á cargar el pesado madero; una mujer enjuga piadosa el sudor de agonía que baña su frente. La Vírgen Madre le sigue, transida de pena.

Al verle pasar, la Naturaleza se entristece, como si tuviera una conciencia, la conciencia que falta á los hombres. Dijérase que se oye subir y crecer un clamor doliente brotado de lo profundo; dijérase que las cosas adquieren de pronto fisonomía y en ella ponen la expresión desolada de un pesar sin consuelo. *Lacrimæ rerum*, dijo el pagano. La sombra divina del Justo, camino de la muerte, camino del Gólgota, envuelve los cielos, los campos y los mares, lo llena todo de indescriptible melancolía y todo lo sumerge en su propio dolor y en su propia angustia; todo menos el corazón del hombre, que en vez de desconocer, condenar y atormentar á Jesús, debería decirle con amorosa compasión: ¡dáme esa cruz, Jesús mío!

¡Dánosla, Señor! Esa cruz es nuestra!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Los pecados capitales

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

La soberbia

(Primer sermón cuaresmal)

De la soberbia os diré, hermanos míos muy amados en nuestro Señor Jesucristo, que es una rebeldía del hombre contra su fatal pequeñez, más visible cuanto de más alto se la mira. El verdadero sabio, en proporción directa de su sabiduría, vé su mezquindad acrecentarse. Sólo el necio, puro ó adulterado por el estudio—que dijo un ilustre soberbio de mera apariencia,—se ensoberbece. El sapiente verdadero se achica cada vez más ante lo Absoluto, y termina confesando la nulidad é incapacidad humanas.

¿Rebeldía?... ¿Y para qué? ¿De qué vale? ¿Qué se logra con ella? Si es el hombre tan pequeño, mientras más suba, más hondo ha de caer en el desengaño, con las alas rotas... Nada ni nadie hay grande sino Dios, dijo Bossuet delante del gran rey, y ha añadido Donoso Cortés con ese estilo suntuoso propio del célebre apologista católico: «Todo lo demás pasa y muere, como pasa y muere la espuma que levanta la ola»...

Puede haber cosas soberbias, acciones soberbias, hasta pueblos soberbios: no debería haber hombres en-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

soberbecidos. Pase que se diga: *soberbios alcázares, soberbias torres, soberbios rasgos de conducta, soberbia Albión*... Confesemos y aún defendamos, si fuere preciso, la nota impersonal de la soberbia, porque en ese caso se trata de la inofensiva atribución de una cualidad psicológica á lo que es inanimado ó á lo que, por ser colectivo, no puede determinarse individualmente. Sentido translaticio, metáfora sin daño, amplificación retórica, eso no tiene consecuencias morales...

¿Pero el ensoberbecimiento del hombre?.... Medid su alcance perturbador y pernicioso sin más trabajo que echar una ojeada sobre cierta nación infelice regida por la soberbia de un mal aconsejado cristiano...

La soberbia consiste tal vez en el sentimiento excesivo de la propia valía, en la exaltación de la personalidad llevada á la fiebre del delirio. Por mucho que el delirio dure, acaba en el morir, que siempre llega pronto...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

La avaricia

(Segundo sermón cuaresmal)

Sabed, hermanos míos, que la avaricia es gran pecado: éslo tan grande que, para ponderar su magnitud, la Sagrada Escritura dice, sin duda aludiendo á ella: Antes entrará un camello por el ojo de una aguja que un rico en el cielo.

Se supone que el rico sea acumulador, avaricioso, empedernido, y que vaya acompañado de sus talegas; porque si, al revés, fuera uno de esos ricos que abren la mano y dan largamente, si se presentara solo con sus buenas obras en los umbrales del paraíso, entonces las divinas aduanas no le registrarían el equipaje ni le prohibirían el paso. Y no digo yo por el ojo de una aguja, sino por otro ojo aún más chico atravesaría, dado que mereciera la bienaventuranza.

La avaricia acumulativa es pecado de abstención, casi tan repugnante como la avaricia activa, ó llamémosla usura. Una y otra justifican de parte de los desheredados la protesta, preparando el asalto, el ataque, la usurpación fundada en la necesidad, esas calamidades sociales cuyo amargor turba los goces de los opulentos. Dios nos da para que demos, ó mejor nos presta para que en la persona del prójimo necesitado restitu-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

yamos lo que nos presta. Y esas gentes benditas que se mueren beatíficamente porque no hicieron ningún mal pudiendo haber hecho mucho bien, reconocerán en Ultra-Tumba, demasiado tarde, cuán equivocada cuenta echaron.

No hacer es algo peor que dejar de hacer, hermanos míos; es *negarse* á la acción posible. En el Padre Nuestro se habla de *pan* para todos, y los que lo tienen y, sin embargo, lo piden, deben acordarse de los que no lo tienen. *El pan nuestro de cada día dánosle hoy...* Dálo tú, hombre rico, puesto que lo has en abundancia, y no lo pidas, ó pídelo solamente *pro formula*. Esa sublime oración socialista, anterior al socialismo sistematizado, condena tu avaricia ruín.

Acuérdate de Shilock. Y si no sabes quién fué ese tipo, lee á Shakespeare. Leyéndolo aprenderás otras muchas cosas útiles para tu salud moral, y eso irás ganando. Mira que la sociedad de tus iguales se vuelve cada vez más hebrea en los procedimientos. Mientras no te hagas cristiano verdadero, no hables mal de los enemigos de Cristo, porque yo te aseguro que una buena cantidad de judaismo hay en tí.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

La lujuria

(Tercer sermón cuaresmal)

La lujuria, *peccatus maximus*..., queridos oyentes míos; pecado en que Satanás mete el rabo y los cuernos. Pasemos de prisa señalando tan sólo, sin precisar, sin especificar. La cosa sería demasiado grave si pusiéramos en ella la atención sostenida y el análisis que en otros pecados hemos puesto.

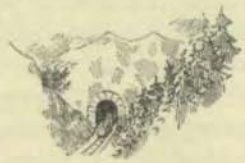
Pudiera yo traer á cuenta las razones juiciosas y donosas con que muchos piadosísimos autores eclesiásticos y profanos han combatido la fiebre de impureza; pero temo resbalar si las traigo. Por defecto de discreción, no por malicia, bastantes colegas míos, buenos y aún santos, al tratar de la lujuria suelen decir más de lo que deben. Yo no diré sino lo necesario, y tal vez un poquito ménos.

Lujuria es pasión infernal y bestial que añubla el entendimiento y envilece á quien se le entrega. Es hoguera devoradora en que el humano se consume. Es ley trocada en libertinaje, instinto que, privado de disciplina, se desboca, se pervierte y concluye en feroz animalidad.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Acompañan á los excesos de la lujuria todas las condenaciones. La pintura nos representa á los lujuriosos con cabellera formada de serpientes. Los poetas católicos, los escritores místicos, les flagelan con fulminantes apóstrofes. Y para los que perseveran y se encarnizan en tal pecado se ha escrito el *nulla est redemptio*...

La brisa benéfica del amor universal que orea los mundos, se cambia en viento huracanado y ardiente, en tromba abrasadora... La lujuria pasa. Apartémonos.



© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

La ira

(Cuarto sermón cuaresmal)

Qué os he de decir de la ira, queridísimos hermanos, sino daros el alerta contra su entronizamiento, el quién vive contra sus devastaciones y desolaciones?—Mala pasión, pecado horroroso, debilidad impropia de la tan ponderada cuanto injustificada excelencia humana. El iracundo pierde el gobierno de sus facultades desde que por la ira se deja ganar, y perdida la brújula de la razón gobernadora, rápidamente cae al nivel de los brutos más groseros y más torpes.

Consejera de locuras, maestra de tonterías, ella ha hecho zozobrar muchos entendimientos elegidos, muchos talentos luminosos. Aquél que se enciende en iracundia y no se apaga ni se enfría súbito, perdido está. Fáltale el dominio de sí mismo, con lo que dará ciego en el primer escollo ó en el primer precipicio que encuentre. Los coléricos, como los soberbios y como los envidiosos, se toman un trabajo inútil. Respondedme, por favor, á este argumento de sentido común: ¿merece la pena el montar en cólera, ni el atribuirse un precio excesivo, ni el entristecerse por lo que el prójimo valga, prospere ó goce?

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Ello, en junto, debiera dársenos una higa. Esos esfuerzos vanos no sirven sino para aumentar la carga de ansiedades y miserias con que atravesamos el valle lacrimoso donde vivimos peor de lo que pudiéramos vivir, porque nos empeñamos en amargar el tránsito, ya tan amargo.

Os hablo razonablemente, con un poco de la filosofía rústica del cura de Chaorna. No necesito mayor abundancia de motivos ni de dialécticos recursos para procuraros la persuación. La ira es irracional y anti-racional, porque de sus estragos es la razón la que más padece. ¿Os habéis contemplado, ó habéis contemplado á los otros, en borrasca de furia? No os diré hasta que punto se degrada entonces la magestad, un tanto burlesca, del *homo sapiens*... Siempre los hombres serenos obtendrán el triunfo sobre los hombres furiosos.

Enfurecerse paréceme cosa de gentiles. No comprenden á Dios los que le describen encendido en ira, manejando los rayos de Júpiter, dispuesto á hacer trizas estos muñecos que pueblan la tierra y forman la humanidad.

Cristo, que era la mansedumbre y la dulzura, sólo una vez mostróse poseido de la ira, sin duda por lo que de hombre tuvo. Y acaeció ese fenómeno humano en el divino Jesús cuándo, entrando en el templo, viólo lleno de mercaderes que lo profanaban. Arremetió contra ellos y los expulsó á latigazos. Quizás signifique esto que en un caso único, la ira puede justificarse y convertirse de pecaminosa en santa: cuando se la lleva contra los mercaderes que profanan el templo de la patria y trafican con su santo nombre.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

La gula

(Quinto sermón cuaresmal)

La gula es apetito desordenado, amadísimos oyentes, y en ese desórden, en ese exceso, está su condenación. Con cada uno de los pecados capitales ocurre lo mismo. Se puede tener el sentimiento de la dignidad y de la propia valía, pero no ser soberbio; se puede amar el ahorro, pero no ser avaro; se puede pretender emular los ajenos méritos y triunfos, pero no ser envidioso; se puede ser enérgico, pero no iracundo; se puede comer bien sin ser glotón; pagar el tributo sexual sin ser lujurioso, gozar el regalo del descanso sin ser perezoso. Cuestión de medida, como advertiréis.

Extendido el concepto de la gula mucho mas allá de la acepción principal y primera que esta palabra comporta, reos son de ese pecado todos los que comen á dos carrillos. Unos devoran su ración sobre manteles, y otros en lo más oculto de la cocina ó de la despensa; pero si se llenan demasiado la boca y cargan abusivamente el estómago, por gula pecan. ¡Y cómo abunda esta especie de pecadores! ¡Cuántos tragones y golosos hay en el mundo!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Existen la gula social, la gula política, la gula literaria; donde quiera que se ingiere más de lo preciso, allí tenemos gula, y si la gula produce sus naturales consecuencias, allí tenemos indigestión. No hubiera otro peligro sino ese, que no es flojo, y el buen régimen de nuestras funciones orgánicas nos aconsejaría parquedad en el ingerir y escogimiento escrupuloso de los artículos alimenticios. Pero además, hermanos, la gula es pecado.

Igual que la gula, la golosina. El abuso de confitura, nos trae á vueltas con sin número de males que provienen del azúcar. Nuestra sociedad es como una torta amarga puesta en almíbar. ¿Sabéis que nombre lleva este almíbar? Se llama convencionalismo hipócrita, mentirosa cortesía, sarta de embelecos usados por los histriones sociales y políticos para engañar y engañarse.

No seamos *gourmands* ni *gourmés*. Los franceses expresan con el primer vocablo la demasía en cantidad y con el segundo la demasía en exquisitez, ó dígase el pantagruelismo y el epicureísmo. Huyamos de lo uno y de lo otro. Comamos pausadamente lo que sea menester. No convirtamos el comedor en pesebrera.

Y permitidme que haga del tema una aplicación literaria, oportunísima en estos días en que todos nos sentimos inclinados á meditar sobre la biblia profana del *Quijote*. Cervantes, héroe del ayuno por fuerza, nos dice en su libro á que distancia de la gula debemos colocarnos y mantenernos. Entre el régimen cuasi dietético que prescribió á Sancho el doctor Pedro Recio de Tirteafuera y la superabundancia de las bodas de Camacho, á la mitad justa, se halla puesta la mesa del cristiano bueno.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

La envidia

(Sexto sermón cuaresmal)

La envidia, amados oyentes míos, no sólo es pecado capital, sino *capitán*. Va á la cabeza de los siete, ó mejor de las siete, porque advertid que ni uno de esos descomunales pecados deja de tener nombre femenino. La capitalidad pecadora engendra, como atenuación, la venialidad; pero á la envidia corresponde, no lo dudéis, mis queridos hermanos, la capitalidad suprema. El envidioso lleva escrita en la frente esta horrible leyenda de vasallaje: *Luzbel imperat...*

Cristo huye de él. Fijáos en el rostro contraído, atormentado, ictérico, del que envidia. La color es baja, sucia, fúnebre é ingrata de ver; color de bilis y de cera, color de moda, sin embargo, color japonesa. Los ojos no expresan jamás franqueza ni alegría. La mirada torva se eleva ó se esparce con el brillo siniestro del cuchillo que, al impulso de una mano homicida, avanza para matar.

El envidioso no goza un momento de calma, un segundo de beatitud. La Inquisición de la Naturaleza le somete al más atroz de los suplicios. Esclavo de su culpa, bajo su culpa padece, y agoniza y sucumbe. En vez

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

de amar en sus prójimos las cualidades hermosas, los dones privilegiados de Natura, agótase en un odio indefinido é irracional que de la envidia fluye como mezcla de lodo y veneno.

La envidia determina en el hombre la señal más evidente de la *superioridad* del género humano. Con forma de instinto, los llamados animales manifiestan un remedo vago y obscuro de los pecados máximos. El pavo real es la soberbia, el mico la lujuria, el buitre la gula, la urraca la avaricia adquisitiva, el buey la pereza, cualquier felino la ira. Pero ningún animal ha matado á un semejante por envidia de su virtud como Caín mató á su hermano Abel. Esto se hallaba, por superior privilegio, reservado al hombre que, además de ejercer dominio sobre la bestia, la lleva dentro, escondida y agazapada, según José de Maistre. No la domestica completamente, pero la obliga á permanecer en esa actitud, hasta que salta y deja oir el rugido ó descarga el zarpazo. Y el hombre, en resúmen, supera á la bestia, porque es capaz de la envidia.

Envidia .., tristeza del bien ajeno, dicen los definidores. Pero, amados míos, por ventura no tenemos bastante con nuestras tristezas congénitas, crecientes é irremediables? Si todo es hondamente triste, ¿á qué agregar esa otra tristeza de suplemento y de lujo?

Comprendo la emulación que se basa en el deseo de igualar lo bello y lo bueno; pero no la envidia, odiosa manifestación del mal entre los hombres. Aquel bandido de Caín, en vez de matar á Abel, debió proponerse como objeto imitar su virtud.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

La pereza

(Séptimo sermón cuaresmal)

TENTADO estoy de escribir el elogio de la pereza en vez de condenarla, como aquel blasfemo burlón de Erasmo escribió el elogio de la locura; porque físicamente yo también, hermanos míos, soy un reverendo perezoso.

¡Que cómoda almohada para dormir el sueño de la vida! El *dolce far niente* halaga nuestros sentidos é inclinaciones, y desde que fué creado el hombre empezó á sentirse poltrón irreformable. ¿No se ha de suponer que la poltronería de nuestro primer padre Adán contribuyó á la caída sin remedio en la primera culpa? Hubiera sido Adán *más despierto, ménos perezoso de inteligencia*, y otro gallo nos cantara á nosotros, que nos advirtiera, como á San Pedro, *pero con mayor fruto, mediante qui*-quiriquís sucesivos, el peligro de negar la verdad suma y abjurar del deber eterno... Adán, por pereza antes que por curiosidad, mordió la manzana. Si hubiera meditado en las consecuencias de la infracción del divino mandato, no la hubiera mordido.

Toleradme este grano de humorística sal vertido sobre las amarguras de la conmemoración del drama del

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Gólgota. Ni siquiera percibiréis su sabor, pues yo mismo no lo siento en mis secos labios. La pereza nos mata. Abandonémosla con la soberbia, con la envidia, con la ira, con los demás pecados capitales, al pié de la Cruz.

En la pereza se juntan lo nacional y lo regional. Impenitentes perezosos, peninsulares y canarios comenzamos ahora á comprender que la actividad bien empleada nos salvará, así como nos ha perdido la indolencia.

La pasión de Jesús fué mucho más que acción. No solamente trabajó el Justo, sino que luchó, padeció, murió, se sacrificó por el género humano. ¡Argumento sublime contra la pereza!

Arrojemos para siempre la cómoda almohada en que dormimos el sueño de la vida. ¡Arriba, que por donde quiera suena el canto del gallo, mandándonos sustituir todas las negaciones con la afirmación del trabajo bendito y fecundo!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Hoy no escribo

Hay días en que, cuando cojo la pluma, siéntome tentado á dirigirle el famoso apóstrofe de Adelardo López de Alaya:

Me estremezco de pavura,
Al alargarte la mano...

Porque no se me ocurren más que atrocidades. Miro en torno y, observando el sopor sombrío de este pueblo cuya inteligencia y cuya sensibilidad parecen estar definitivamente embotadas, me acuden á la memoria las frases aterradoras de la Escritura: *dejad que los muertos entierren á sus muertos*... Contemplo el espectáculo del mundo y, viendo el mal victorioso en todas partes, se enciende en mí la llama impura de la indignación y de la desesperación. Las negaciones pesimistas cierran el horizonte de mi inteligencia; me envuelve una enorme telaraña gris, y mi pensamiento palpita moribundo como un pájaro cogido en una red.

Soy cordero, y me reconozco, por excepción, felino. La blandura de mi mansedumbre endurécese y truécase en roca erizada de agudas púas. Me sublevo contra las

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

realidades brutales y enemigas que se levantan para cortarnos el paso y para sepultarnos en un valle de lágrimas y tinieblas. Es necesario gritar, protestar, maldecir; no debemos resignarnos, sin lucha, á la inhumanación. ¿Pero, valdrá la pena de que yo diga desenfrenadamente lo que pienso y lo que siento? Si lo dijera, ¿sería escuchado?

Más vale resignarse al suplicio del silencio, ese heroísmo forzoso de los impotentes. La Voz que aquí falta, amenazadora, exaltada, profética, no es mi voz. Mi voz inflamada en ira, se enfría pronto y muere. ¿Qué sacaríamos con encender un candil para iluminar y para derretir todo el hielo del Polo?

La pluma se resiste á hacer su acostumbrada caminata sobre el papel, esa blanca llanura; da brincos rebeldes, se abre, se dobla, gime, oscila, va á romperse... ¿La mojaré en veneno, en hiel, en sangre?

Me la clavaré en mi propio costado, como una espada de dolor.

No, hoy no escribo...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

NOTA

En este tomo he querido recoger y guardar una parte de mis trabajos de prensa: crónicas rápidas, impresiones y notas, comentarios humorísticos ó sentimentales bordados sobre la trama de la vida que nos envuelve, que nos ahoga. Son *la caballería ligera de mi ejército*...

Muchos de esos trabajos corresponden á fechas lejanas algunos, como *La víbora*, escrito con ocasión de un hecho real que noticiaron nuestros periódicos, *El hombre-máquina* y *El hombre sin cabeza*, datan de muchos años; pero en todos puse algo de mí mismo y por eso los exhumo ahora, porque, buenos ó malos, me pertenecen en integridad y querría que no murieran definitivamente. En mi obra de escritor he reflejado, he dejado la esencia de mi alma: mi alma no debe morir.

Hay también en *Especies* cosas inéditas, sacadas de muy adentro, no sólo pensadas en abstracción de toda influencia literaria, sino vividas, intensamente vividas... Cuanto al título, pienso que se justifica de sobra considerando el fondo del libro, donde me he esforzado por señalar *rasgos especiales* de seres, cosas y costumbres; donde he analizado al vuelo de la pluma diversas *especies* de la fauna social y política.

Al publicarlo, no he pretendido más que contemplarme, reconocerme y recordarme; seguir la corriente de mi pensamiento al través de las dudas, los años, los desengaños y el eterno dolor; darme cuenta de que he vivido, de que *la vida no me ha matado*...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Fé de erratas

Página	línea	dice	debe decir
5	16	domésticos	domésticas
111	14	sin percibir	sin poder distinguir
108	25	se disponían	se disponen
154	30	garlocha	garlopa
173	9	vida	vista
181	11	impio	limpio
184	13	afecto	efecto
266	10	sin un brazo	sin brazos

Hay algunas otras erratas de poca importancia, y muchos errores de puntuación.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

INDICE

	Págs.
Los «perfectos»	5
Los sonrientes	9
Un diálogo.	11
La originalidad.	13
«No le digo»	15
El independiente	17
El topo y la estrella	19
¡Venga la tarjeta!	21
Un pescador de caña	23
El hombre átomo	25
Jacobito Percebe	27
Los delcalzos.	29
El sudario.	31
El entusiasmo popular.	33
La escuela... vacía	35
El sabor de la vida.	37
Una cupletista	39
Sólidos, líquidos y gases.	41
La prensa falsificadora	43
Postales electorales	45
El hombre frío	47
Los reyes destronados.	49
Roedores del altar	51
El peso del vacío	53
El salvaje	55
Non cogito, sed sum...	57
El mejor libro	59
El gesto	61
Cosas y personas	63
Robo indirecto	65
La cometa	67

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Págs.

El caballo vencido 69
La ardilla y el cangrejo 71
Degeneración de los símbolos 73
El tímido 75
Contrasentidos 77
El perro y el ruiseñor. 79
Guillermo... Tell. 81
Las rosas y el estiércol 83
Don Patricio Buenafé. 85
El ateo 87
No sè 89
La víbora 91
La nube 93
Brillantes químicos 95
El carro de la Muerte. 97
Un hombre original 99
Un «cine» á distancia. 101
Los trusts 103
El barco fantasma 105
El poema del carbón 107
Un juez modernista 111
Los hombres prácticos 113
Noche y mañana 115
Negro en blanco. 117
Alto silencio 119
Los ingleses 121
Conócete á tí mismo 123
Confirmación 125
Adán y Eva 127
El «Rastacuero» 129
Las tiendas 131
El «reclamo» en Grecia 133
La escarcela romántica 135
Saber escuchar 137
¡Es un romántico! 139
Los dos ciegos 143
La mula ánima 145
El baile de los niños 147
¿Madre?. 149
Los osos 151
Dramático-manía 153
Allí trasito queda 157

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

	Págs.
Las personas decentes.	159
La gimnasia y la política.	161
Mendicidad de amor	163
Tarjetas postales	165
Coronas fúnebres	167
La hermana Agua	169
El labrador	173
El paso de la reina.	175
Los buscadores de la felicidad.	177
Subamos	179
Las coronas	181
El Teide Nevado	183
Nao tembres, terra.	185
El hombre máquina	187
El hombre sin cabeza	189
Ricos, pobres.	193
¡103 años!	195
La palabra de un tonto	199
La «yerbera».	201
El problema manducatorio	205
Lœtitia.	209
El bombo	213
Campestre.	215
El Padre Nuestro del tío Juan	219
Los millonarios yanquis	221
Las princesas amorosas	225
El cometa	229
Los cosacos	231
Reinar después de morir	233
El nuevo paganismo	235
Indiferentes y sensitivos.	239
El Arte y la Fortuna	241
El duelo	243
Satanás-Grisú	247
El rey de reyes	249
¡Qué bárbaro el viento!	253
Gapony.	257
El gran mónstruo	261
Carnes putrefactas.	263
Orejas	265
Los invisibles	269
Cara de Pascua	275

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

	Págs.
Recuerdos de la Orotava.	273
Soñar-Dormir	275
Recuerdos del «Taoro»	277
Páginas místicas	
Yo los perdono	281
Fé, Esperanza y Caridad.	285
El sermón del cura loco	287
Con la cruz á cuestas	289
Los pecados capitales	
La soberbia	293
La avaricia	295
La lujuria.	297
La ira	299
La gula	301
La envidia.	303
La pereza	305
Hoy no escribo	307
Nota	309

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010